

SUMARIO

Editorial

Discípulos y misioneros de Jesucristo

Estudio

Claves de lectura para el documento de participación

Mons. Andrés Stanovnik

Espiritualidad

Leer el evangelio de Marcos para llegar a ser discípulos de Cristo

Damián Nannini

Pastoral

Coincidencias y coordinación pastoral entre “Navega Mar adentro” y “Documento de participación”

Pbro. Enrique Eguía

VIº Encuentro Nacional de Responsables

CEMIN

Teología

El significado teológico del ministerio del presbítero

Pbro. Franco Giulio Brambilla

Estudio

La formación Permanente del Presbítero en los primeros cinco años.

“Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras...”

Pbro. Gustavo Zanchetta

Crónica

III Encuentro de Formación permanente para Presbíteros

Pbro. Damián Bittar

Testimonios

Pbro. Sergio Pablo Beliera

Pbro. Raúl Massini

Pbro. Mario José Taborda

Pbro. Rafael Mercado

Documentos

140 aniversario de la ordenación sacerdotal de José G. Brochero

Comisión permanente de la CEA

Resención

Escritos teológicos-pastorales de Lucio Gera. Del preconcilio a la conferencia de Puebla.

José Carlos Caamaño

Discípulos y misioneros de Jesucristo

El acontecimiento¹ y el tema elegido² para esta V° Conferencia General de Obispos de América Latina y el Caribe, es una oportunidad para crecer en el ardor misionero recuperando una verdadera actitud discipular. La vinculación de discipulado y misión, como una vocación única del cristiano, ayuda a poner de relieve un horizonte fundamental: el servicio a los pueblos desde el Evangelio.

Este servicio a los pueblos debe realizarse en medio de desafíos que son propios de nuestra cultura y nuestro tiempo. Entre ellos, el más urgente, el que surge de esta cultura de la “muerte” expresada en la pobreza, en la injusticia, en los modelos hegemónicos de poder, en las crisis institucionales que provocan conflictos permanentes entre la gente y sus gobernantes, en la falta de respeto por la vida, etc. No llama la atención, entonces, que este “discipulado misionero” esté orientado especialmente a que los pueblos tengan Vida. El evangelio, en Cristo, es mensaje de fecundidad, y debe serlo para los pueblos latinoamericanos.

Comenzamos este número de *Pastores* con un artículo del Mons. Stanovnick, Obispo de Reconquista y Secretario General del CELAM, proponiendo las claves de lectura del *Documento de Participación*, y cómo se fue definiendo el tema de esta V° Conferencia General.

La V° CG ha provocado un renovado interés por el tema del discipulado y la misión. Por este motivo el Pbro. Damián Nannini de la Arquidiócesis de Rosario, Licenciado en Biblia en el Instituto Bíblico de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y nuevo miembro de nuestro Consejo de Redacción, presenta un estudio sobre el discipulado en el evangelio de Marcos.

La V° CG se abre también hacia un horizonte pastoral que deben iluminar las orientaciones pastorales de la Iglesia en Argentina presentadas en “*Navega mar adentro*”. Para no pensar que cada documento es un intento aislado de instalar un tema nuevo, sino, más bien, un modo de enriquecer un tema común que se percibe como prioritario para nuestro tiempo, el Pbro. Enrique Eguía, de la Arquidiócesis de Buenos Aires y miembro de nuestro Consejo de Redacción, nos da su reflexión pastoral en torno a las coincidencias entre los temas de *NMA* y el *DPa*.

El tema de la V° CG nos anima a preguntarnos cómo el presbítero encarna hoy en su vida un modo de espiritualidad y estilo pastoral. ¿Qué significa hoy para el sacerdote ser “discípulo y misionero” en lo específico de su propia vocación? Por eso retomamos el tema de la identidad teológica del presbítero a través del estudio del P. Franco Giulio Brambilla, Profesor de Teología dogmática en el Seminario Mayor de la Arquidiócesis de Milán (Italia) y Presidente de la Facultad Teológica del Norte de Italia, y que tendrá a cargo las exposiciones del próximo Encuentro Nacional de Responsables de Clero (organizado por la CEMIN). Es interesante y novedoso el aporte desde la perspectiva eclesiológica, vinculando los aspectos teológico, pastoral y espiritual con el ejercicio del ministerio diocesano.

También el tema de la V° CG ayuda a iluminar los caminos de la formación permanente del clero. En este sentido el aporte del Pbro. Gustavo Zanchetta, sacerdote de la

¹ La V° Conferencia General se realizará en el Santuario de Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo de 2007.

² “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14,6).”

Diócesis de Quilmes, Argentina, y Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN), ayuda a descubrirlos y resaltarlos.

Un modo concreto de ayudar a crecer como “discípulos y misioneros” ha sido el III° Encuentro–Curso Prolongado de Formación Permanente, que se realizó en Villa Allende, Córdoba, durante tres meses. El Pbro. Damián Bittar de la Diócesis de Villa María, nos presenta la crónica del encuentro al que agregamos varios testimonios de sacerdotes que participaron de esta experiencia.

Finalmente publicamos la Declaración de la 144ª Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina con motivo del 140° Aniversario de la Ordenación Sacerdotal de José G. Brochero.

Claves de lectura para el documento de participación *

Mons. Andrés Stanovnik,
Obispo de Reconquista
Secretario General del CELAM,

Introducción

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (VCG) se propone abordar, a la luz de la fe y de las grandes orientaciones recibidas del magisterio pontificio, principalmente en *Ecclesia in America, Novo Millennio Ineunte, Pastores Gregis* y en *Ecclesia de Eucharistia*, los desafíos nuevos y urgentes que vive la Iglesia en América Latina y el Caribe en la hora actual, para buscar y acordar juntos líneas pastorales que orienten y animen la identidad católica de nuestros pueblos, y den un nuevo y fuerte impulso evangelizador a todo el continente.

Éste es el contexto eclesial en el cual nos movemos con el propósito de identificar aquellos elementos que nos faciliten la lectura, comprensión y utilización del *Documento de Participación (DPa)*. Este Documento es el instrumento más inmediato y universal, a través del cual podemos participar activamente en la preparación de la VCG, que se celebrará en el mes de mayo de 2007 en Aparecida, Brasil. Es un instrumento inmediato porque es el medio que tenemos más "a la mano" para concretar nuestra participación. Y es, a la vez, un instrumento universal porque está disponible para todo aquel que desee familiarizarse con él. El Documento va acompañado de un subsidio pedagógico en forma de *Fichas*, para hacerlo más accesible y didáctico, y ampliar al máximo posible el círculo de participación de los agentes pastorales y de las comunidades.

Hoy es posible acceder a este material a través del portal de la V Conferencia. Allí se podrá encontrar, además, información muy útil acerca de cómo trabajar con el Documento y las fichas. Por su parte, las Conferencias Episcopales de América Latina han hecho publicaciones de este material y lo han enviado a las Iglesias particulares, a fin de que las comunidades y todos los que estén interesados puedan hacer uso del mismo.

Como decíamos, las reflexiones que siguen quieren ofrecer aquellos elementos que faciliten la lectura de dicho material. Cuando decimos lectura, entendemos que se trata de una lectura comprensiva, que nos permita "entrar" en el texto y familiarizarnos con su contenido. Para ello, es oportuno hacer una reflexión sobre las claves que nos ayuden a hacer ese "ingreso", a fin de poder comprender el texto.

Una primera clave es la V Conferencia General. El *DPa* se ubica en ese contexto. Por eso, el primer capítulo de esta reflexión está dedicado a la VCG, como tal, visto en su naturaleza como acontecimiento de colegialidad episcopal. Tratándose de un acontecimiento eclesial, es ineludible que enseguida destaquemos la actitud creyente, como condición necesaria para una adecuada lectura del acontecimiento en sí mismo y, en ese marco, del Documento que ayuda a prepararlo.

Esto nos dispone a detenemos luego en la clave principal. La misma está contenida en el tema de la V Conferencia: "Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida" - "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6). Para introducir esta clave, presentaremos una breve evolución y definición del tema.

* Tomado de Revista *Medellín*. Itepal. CELAM. Vol. XXXII / n. 125 (Marzo 2006), págs. 29-59

La VCG y el tema que nos ha entregado el Santo Padre nos llevarán directamente al *DPa*, para preguntamos de qué estamos hablando cuando decimos *Documento de Participación* y qué alcance le damos al término "participación". Esto pondrá de relieve el método de preparación de la V Conferencia, otra clave importante de lectura, cuyo principal instrumento es el Documento y las fichas que lo acompañan.

En el tercer capítulo entraremos en el contenido del *DPa*, tratando de destacar sus puntos esenciales y sus claves de lectura al interior del texto mismo que, como veremos luego, se encuentran expresados en los títulos que encabezan sus diversas partes.

I. La V Conferencia General: Ejercicio de comunión episcopal

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano remite a las cuatro Conferencias anteriores celebradas en Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), y evoca la memoria de estos grandes acontecimientos eclesiales con un profundo sentido de gratitud a Dios por el medio siglo de historia que lleva esta experiencia de colegialidad episcopal en nuestro Continente y de efectiva y afectiva comunión *cum Petro et sub Petro*.

Esta modalidad colegial se desprende del Decreto Conciliar *Christus Dominus*, donde se afirma que "la misma potestad colegial³ pueden ejercerla conjuntamente con el Papa los Obispos dispersos en toda la tierra, con tal que la Cabeza del Colegio los convoque a una acción colegial o, a lo menos, apruebe o reciba libremente la acción unida de los obispos dispersos, de forma que se constituye un verdadero acto colegial"⁴ (Capítulo 1, n. 4). Luego, en *Apostolos Suos*⁵, se afirma que "la suprema potestad que el cuerpo de los Obispos posee sobre toda la Iglesia no puede ser ejercida por ellos si no es colegialmente, ya sea de manera solemne reunidos en Concilio ecuménico, o dispersos por el mundo, a condición de que el Sumo Pontífice los convoque para un acto colegial o al menos apruebe o acepte su acción conjunta".

A diferencia de una Conferencia Episcopal, la Conferencia General no se concibe si no es convocada por el Santo Padre o acepte su acción conjunta. La pregunta que nos podemos hacer es si esta modalidad colegial, contenida en la doctrina conciliar de la colegialidad, puede algún día constituirse una práctica más frecuente en la Iglesia universal y encontrar una forma canónica permanente. Actualmente, sabemos, que esta modalidad de ejercicio de la colegialidad episcopal no fue asumida en el cuerpo legislativo de la Iglesia. Por eso, es el Papa quien aprueba un Reglamento propio para cada Conferencia General.

En las cuatro Conferencias Generales, fue muy importante la presencia y la palabra orientadora del Santo Padre. Podemos recordar que, excepto la I Conferencia, en todas las

³ Se refiere a la potestad del Colegio de los Obispos.

⁴ Luego de que el Papa Juan Pablo II acogiera favorablemente la petición de celebrarse la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, surgieron algunas observaciones acerca de la vigencia de estas reuniones episcopales. Esas observaciones dieron lugar a una amplia consulta entre los Obispos, lo cual permitió ahondar la naturaleza y finalidad de las Conferencias Generales. Las respuestas que se recibieron valoraban la expresión de esta colegialidad y fundamentaban su vigencia. El citado número del Decreto Conciliar fue aportado por uno de los consultados que describió así la finalidad de estas reuniones: "La Conferencia General del Episcopado tiene un carácter eminentemente pastoral. Los obispos analizan la vida de la Iglesia en sus territorios, descubren los aspectos positivos y negativos, identifican los problemas comunes, y deliberan de común acuerdo sobre las soluciones y líneas de acción pastoral, salvo siempre el derecho de cada obispo en su Diócesis, a menos que algunos puntos importantes, a petición de la Conferencia, sean aprobados por el Santo Padre con carácter de obligatoriedad para todos".

⁵ JUAN PABLO II, *Apostolos Suos*, Carta Apostólica en forma de Motu proprio sobre la naturaleza teológica y jurídica de las Conferencias de los Obispos, Roma, 21 de mayo de 1998.

demás estuvo presente el Papa. Su discurso inaugural marcó profundamente la reflexión de los Obispos. Además, en todos los discursos, incluyendo la carta que envió el Papa Pío XII a los Obispos, reunidos en la I Conferencia General, podemos recoger algunas valiosas expresiones que reflejan la estima y el reconocimiento que los Papas han tenido de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano⁶. Ya en la I Conferencia General podemos recoger expresiones de gratitud y reconocimiento de parte de los Obispos sobre lo que significó la presencia de la palabra del Papa en ese encuentro: "Nos ha sido motivo de sumo consuelo y aliento la generosísima participación que el Augusto Pontífice gloriosamente reinante ha querido tomar en nuestra Asamblea, sobre todo dirigiéndonos las importantísimas letras apostólicas *Ad Ecclesiam Christi*, que constituyeron para nosotros la *Magna Charta* en los trabajos y en las conclusiones de la Conferencia (*Conclusiones*, Río de Janeiro, 4 de agosto de 1955).

Como podemos notar, todo este esfuerzo de comunión fraterna y de corresponsabilidad pastoral, ocurre en profunda comunión con el Santo Padre. Es él quien acoge el propósito de reunirse y el tema que se ha elegido, quien convoca la reunión y sus participantes, quien aprueba, precisa y enriquece el tema propuesto, quien ilumina la reflexión con los Documentos que le ha confiado a la Iglesia sobre las materias que se traten, quien abre la Asamblea y la orienta con su discurso inicial, quien envía a colaboradores suyos y a otros obispos a fin de que participen en la Asamblea y profundicen juntos la comunión con la Iglesia universal, y quien recibe, acoge y da su aprobación a las conclusiones del modo que estima más adecuado, para vigorizar la conducción pastoral con "nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones".

Desde esta perspectiva, podemos traer a colación una bellísima consideración que hace Juan Pablo II en *Pastores gregis* sobre el ministerio pastoral que recibe el Obispo en la consagración y aplicarlo, por extensión y analogía, a la Conferencia General, como cuerpo colegial. Dice el texto: "El ministerio pastoral recibido en la consagración, que pone al Obispo «ante» los demás fieles, se expresa en un «ser para» los otros fieles, lo cual no lo separa de «ser con» ellos. Eso vale tanto para su santificación personal, que ha de buscar en el ejercicio de su ministerio, como para el estilo con que lleva a cabo el ministerio mismo en todas sus funciones. La reciprocidad que existe entre sacerdocio común de los fieles y sacerdocio

⁶ "Después que cada uno de los sagrados Pastores haya realizado el trabajo preparatorio de examinar el presente estado y estudiar los remedios, se reunirán, en fecha próxima, en conferencia general los representantes delegados de las diversas provincias eclesiásticas y de las circunscripciones misioneras de América Latina, para confrontar en común los resultados del estudio efectuado y sacar, de mutuo acuerdo, preciosas conclusiones prácticas conducentes a un más gozoso florecer de la vida católica en el continente entero" (S.S. Pío XII, *Ecclesiam Christi*, n. 4, Río de Janeiro, 29 de junio de 1955).

"Permitid que condensemos brevemente en algunos párrafos lo mucho que tenemos en el corazón, para vuestro momento presente y para vuestro próximo futuro. No esperéis de Nos tratados completos; las reuniones de vuestra Segunda Asamblea General de Episcopado Latinoamericano, que sabemos preparadas con tanto esmero y competencia, abordarán más a fondo vuestros problemas. Nos limitamos a indicaros una triple dirección a vuestra actividad de Obispos, sucesores de los Apóstoles, custodios y maestros de la fe y Pastores del Pueblo de Dios" (Pablo VI, Discurso de Apertura, Medellín, 24 de agosto de 1968).

"La Conferencia que ahora se abre, convocada por el venerado Pablo VI, confirmada por mi inolvidable predecesor Juan Pablo I y reconfirmada por mí como uno de los primeros actos de mi pontificado, se conecta con aquella, ya lejana, de Río de Janeiro, que tuvo como su fruto más notable el nacimiento del CELAM. Pero se conecta aún más estrechamente con la II Conferencia de Medellín, cuyo décimo aniversario conmemora" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, Puebla 28 de enero de 1979).

"En este encuentro eclesial sentimos muy viva la presencia de Jesucristo, Señor de la historia. En su nombre se reunieron los Obispos de América Latina en las anteriores Asambleas -Río de Janeiro en 1955; Medellín en 1968; Puebla en 1979-, y en su mismo nombre nos reunimos ahora en Santo Domingo, para tratar el tema «Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana», que engloba las grandes cuestiones que, de cara al futuro, debe afrontar la Iglesia ante las nuevas situaciones que emergen en Latinoamérica y en el mundo" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992).

ministerial, y que se encuentra en el mismo ministerio episcopal, muestra una especie de «circularidad» entre las dos formas de sacerdocio: circularidad entre el testimonio de fe de todos los fieles y el testimonio de fe auténtica del Obispo en sus actuaciones magisteriales; circularidad entre la vida santa de los fieles y los medios de santificación que el Obispo les ofrece; circularidad, por fin, entre la responsabilidad personal del Obispo respecto al bien de la Iglesia que se le ha confiado y la corresponsabilidad de todos los fieles respecto al bien de la misma" (*Pastores gregis*, 10).

Es muy bella, profunda y clara la relación que plantea el Papa Juan Pablo II con la imagen de la circularidad entre las dos formas de sacerdocio. En esta función circular, el Obispo es un "ser para" los fieles y, al mismo tiempo, un "ser con" ellos. Esto recuerda la feliz expresión de San Agustín "con ustedes soy cristiano, para ustedes soy obispo"⁷. Estos pensamientos nos pueden ayudar a desentrañar elementos muy valiosos para fundamentar e iluminar adecuadamente la participación y corresponsabilidad de los fieles en la preparación de la próxima reunión episcopal en nuestro continente.

Para una lectura creyente del acontecimiento

La fe nos capacita para acoger y entender la V Conferencia como un verdadero don del Amor de Dios a su Iglesia. La respuesta que corresponde al creyente ante tal don es recibirlo con humildad y gozoso agradecimiento, junto con una confiada súplica al Espíritu Santo para que este don sea fecundo para toda la Iglesia y, en particular, para nuestro Continente. La fe se convierte así en una clave fundamental para situarse ante la V Conferencia General y, en concreto, también ante el *Documento de Participación*. La fe nos coloca en las coordenadas más hondas de la comunión y participación, y desde allí dispone nuestro espíritu y nuestra mente para comprender la finalidad de este Documento y realizar los aportes al mismo.

Por eso, el Santo Padre, además de convocarnos para este encuentro, de entregarnos el tema y señalar el lugar donde celebrarlo, nos regala la "Oración para la V Conferencia General de Episcopado Latinoamericano y del Caribe". En efecto, en la *Ficha n.º*, además de las orientaciones generales para el trabajo que allí encontramos, también podemos leer la motivación que se hace sobre la oración para todo el proceso de preparación de la V Conferencia y, desde ya, también para su celebración. En esa ficha se "recuerda que si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el obrero (cf. Sal 127, 1). Por eso, para la fecundidad espiritual de nuestro trabajo, es muy importante que lo abramos y clausuremos con un momento de oración. Para ello, les proponemos invocar la asistencia y la luz del Espíritu Santo en todos nuestros encuentros de trabajo. Oremos también por la V Conferencia General y muy especialmente durante los días de su celebración. Al inicio y al final les recomendamos

⁷ El siguiente párrafo, que corresponde a las Confesiones de San Agustín y donde se refiere al servicio episcopal, encontramos el mismo pensamiento que está resumido en la frase arriba citada: "Por tanto, para decirlo en breves palabras, somos vuestros siervos, siervos vuestros, pero, a la vez, siervos como vosotros; somos siervos vuestros, pero todos tenemos un único Señor; somos siervos vuestros, pero en Jesús, como dice el Apóstol: nosotros, en cambio, somos siervos vuestros por Jesús (2 Cor 4, 5). Somos siervos vuestros por Él, que nos hace también libres; dice a los que creen en Él: si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres (Jn 8,36). ¿Dudaré, pues, en hacerme siervo por Aquél que, si no me libera, permaneceré en una esclavitud sin redención? Se nos ha puesto al frente de vosotros y somos vuestros siervos; presidimos, pero sólo si somos útiles. Veamos, por tanto, en qué es siervo el obispo que preside. En lo mismo en que lo fue el Señor. Cuando dijo a sus Apóstoles: quien de vosotros quiera ser el mayor, sea vuestro servidor (Mt 20, 26), para que la soberbia humana no se sintiese molesta por ese nombre servil, inmediatamente los consoló, poniéndose a sí mismo como ejemplo en el cumplimiento de aquello a lo que los había exhortado" (Sermón 340 A). El concepto "servidor-siervo" de San Agustín ofrece elementos muy importantes para reflexionar sobre la espiritualidad del servicio episcopal desde la perspectiva del discípulo.

especialmente la oración que nos entregó el Santo Padre por la V CG. También podemos agregar otras oraciones que les sugerimos para estos encuentros".

Como decíamos, la fe nos permite vivir la V Conferencia como un verdadero don de Dios. Durante el proceso de su preparación, el *DPA* es un instrumento muy importante y, como tal, también debe ser acogido en la fe como un don de Dios. Sería un error si considerásemos este escrito como mero resultado del esfuerzo humano o como un producto más o menos acertado de las diversas reuniones episcopales que lo precedieron y gestaron. Precisamente el don de la fe le permite al creyente "ver" la presencia y acción del Espíritu Santo, que nos libera de la privatización del acontecimiento y nos coloca en ese misterio de circularidad que se gesta en la comunión y nos abre a la trascendencia. Por eso la mirada contemplativa se distingue por la capacidad de asombro, de gratitud y de alabanza, e invita a la humildad y a la acogida. Por eso está bien decir que hemos "recibido" el *DPA*, puesto que también hemos "recibido" el acontecimiento de la V Conferencia General.

Una verdadera actitud de acogida no se contrapone a una mirada crítica. Al contrario, la dispone positivamente para buscar la verdad y discernir el bien. Disponerse positivamente es tomar como punto de partida una mirada buena sobre la realidad. La bondad, que da lugar a esa "mirada", es propiedad de Dios. Propiedad que Él reveló en la creación y en la redención. Dios Creador tuvo esa mirada: "y vio Dios que era muy bueno". Jesucristo la mantuvo hasta el final: "Padre, perdónalos...". El discípulo de Jesucristo está llamado a "seguirle", aprendiendo a mirar como Él. Este modo de ver acoge, implica, integra, crea comunión, genera solidaridad y supera toda exclusión. Es importante partir con este modo de ver, porque luego cualifica y determina todo el proceso.

El Papa Juan Pablo II, con el paso del milenio, nos invitó a contemplar el rostro de Cristo. Ése es el "punto de partida" al que siempre necesitamos volver para rectificar nuestra mirada. Es precisamente ese punto de partida que nos da la disposición interior y la luz necesaria para ver "desde Dios". El ver de Dios se distingue, como decíamos, por el bien, lo cual no se opone a una profunda "observación crítica". La profundidad crítica de este modo de ver se mide por la bondad. Para ilustrar esto, recordemos las primeras páginas del Génesis y las dos preguntas críticas que Dios dirige al hombre: "¿Dónde estás?" y "¿Dónde está tu hermano?". Estas preguntas surgen de las profundidades de la bondad de Dios. Esta sabiduría de Dios, nos invita a nosotros, imagen y semejanza suya, a aprender de Él su modo de ver y desde esa perspectiva aportar todas las observaciones críticas al *DPA*, que se vieran necesarias y oportunas. Es necesario someter este escrito a la dura prueba del trabajo y de la crítica para purificarlo y completarlo. Pero todo depende del ánimo espiritual que adoptamos para realizar este trabajo y ese "ánimo espiritual" lo da la fe, que nos permite ver con ojos de fe estos acontecimientos.

El Tema de la V Conferencia: evolución y definición

Empecemos recordando los temas de las últimas tres Conferencias Generales y de la Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in America*:

- **Medellín:** "La Iglesia en la actual transformación de América Latina, a la luz del Concilio Vaticano II".
- **Puebla:** "El presente y el futuro de la evangelización en América Latina".
- **Santo Domingo:** "Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana" - "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8).
- **Ecclesia in America:** "Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la Conversión, la Comunión y la Solidaridad en América".

Notemos que el tema de la II Conferencia General se concentra en las relaciones Iglesia-Mundo a la luz del Concilio. En cambio, la III Conferencia General en Puebla da un

paso más y ahonda sobre el tema de la evangelización, es decir, sobre la misión de la Iglesia en el Mundo. Luego, en Santo Domingo, la IV Conferencia General retorna el tema de la evangelización y desde ella reflexiona sobre algunos aspectos fundamentales de su misión en relación con la promoción humana y la cultura cristiana. Aquí es necesario poner atención en la cita bíblica que acompaña al tema: "Jesucristo ayer, hoy y siempre". Esta cita orientó y centró el tema de la Evangelización en la persona de Jesucristo. Este dato es importante, porque unos años más tarde, la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* colocará explícitamente la persona de Jesucristo como razón fundamental de la vida del cristiano y el punto de partida de toda acción pastoral: "camino para la Conversión, la Comunión y la Solidaridad en América".

Cuatro años después de la promulgación de *Ecclesia in America*, cuando se empieza a pensar sobre el tema de la V Conferencia, aparece la pregunta inquietante acerca de la identidad católica y con ella, de la plenitud de la vocación y misión cristianas. Con la inquietud de avanzar en el camino de la nueva evangelización, con la V CG se quiere dar un paso más y llegar con profundidad a la persona que se encuentra con el Señor, llegar al sujeto que responderá a los grandes desafíos de nuestro tiempo. Por eso, el eje fundamental del tema de la actual Conferencia pasa por el sujeto discípulo y misionero, por su profunda experiencia de encuentro con Jesucristo vivo y, desde esa identidad, realizar su vocación y misión para que nuestros pueblos tengan vida en Cristo, la misma que el discípulo y misionero suyo experimenta como "Camino, Verdad y Vida".

Podemos notar la coherencia y progresión que hay en los temas que se trataron en las Conferencias Generales anteriores y con relación al tema de la actual Conferencia: la inquietud sobre la evangelización del continente se mantiene transversal, pero con diversas aproximaciones conforme lo exige cada momento histórico. Con este brevísimo panorama de las cuatro Conferencias anteriores, detengámonos ahora a ver cuáles son los aspectos más importantes en la evolución y definición del tema de nuestra Conferencia.

El tema de la V Conferencia, así como lo conocemos actualmente y que nos lo ha dado el Santo Padre, tiene su propia historia. Después que en la Asamblea Ordinaria del CELAM del año 2001 se propusiera la idea de celebrar una VCG y de haber tenido una acogida favorable por parte del Santo Padre, se inició el proceso de reflexión sobre la temática que debería abordarse. La búsqueda, elaboración y definición del tema fue resultado de un amplio diálogo episcopal, y se ha vivido como un don acogido en la comunión y colegialidad *cum Petro et sub Petro*. Su formulación se fue perfilando progresivamente en varios encuentros episcopales, en todos ellos con un amplio consenso entre los participantes.

El momento determinante para definir la propuesta del tema fue la celebración del 25° Aniversario de Puebla. Con ese motivo se celebró un encuentro de Presidentes de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, la Presidencia y los Directivos del CELAM, con la participación del Cardenal Giovanni Battista Re y Mons. Luis Robles Díaz, Presidente y Vicepresidente respectivamente de la Pontificia Comisión para América Latina. En este marco se logró la primera formulación del tema, que fue luego enriquecida en sucesivos encuentros de obispos. Entonces se aprobó como propuesta el siguiente texto: "Discípulos de Jesucristo, en la Iglesia católica, para evangelizar América Latina y el Caribe, al inicio del tercer milenio". Además, en ese encuentro se identificaron los principales desafíos que justificaban el deseo unánime, expresado por los participantes a este encuentro, de celebrar la V Conferencia. Al mismo tiempo, se esbozaron los primeros contenidos teológico-pastorales para responder a esos desafíos.

El núcleo del tema se centró en el "discipulado" como una propuesta que especifica y profundiza el "encuentro con Jesucristo vivo". Con este término se quería indicar el sujeto al cual evangelizar. Ese sujeto toma su identidad de su relación con Jesucristo. Este tema quiere profundizar la iniciación cristiana, y con ello fortalecer la raíz de la vida cristiana y su

identidad católica. Así mismo, busca fortalecer la identidad de los laicos, de modo que sean coherentes con su fe como constructores de una sociedad más justa y más fraterna, que privilegia las oportunidades y la calidad de vida de los pobres, en un mundo globalizado.

El discípulo de Jesucristo es un discípulo en comunidad. La dimensión eclesial es esencial para comprender de qué discipulado se trata. Por eso, discípulos de Jesucristo en la Iglesia católica. Hoy, ante la proliferación de ofertas religiosas en el mercado de las religiones, cobra una relevancia particular la identidad católica del discípulo y su inserción viva en la comunidad. Desde luego, también para el diálogo ecuménico e interreligioso es fundamental la claridad de las identidades en aquellos que se disponen a compartir entre sí sus riquezas y diversidades.

El discípulo es para la misión. "Es necesario formar cristianos -se trata de los laicos, hombres y mujeres, de las religiosas y los religiosos, los diáconos, los sacerdotes y los obispos- que evangelicen con *nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión*, a fin de que el Evangelio confiera a la vida y a la convivencia humana su sentido pleno, sea realmente el alma de nuestras familias y el fermento de nuestras culturas, y configure los ambientes y las estructuras sociales", se dijo en el encuentro de Puebla, recordando el Discurso de Juan Pablo II y *Ecclesia in America*.

El discípulo de Jesucristo ha de ser misionero "al inicio del Tercer Milenio", en un continente que se consideraba católico y ahora se encuentra en un mundo plural, en el que constata incoherencias de quienes tienen una identidad católica débil y en un mundo en acelerado proceso de globalización, que exige identidades fuertes y capaces de interactuar. Sin embargo, también constata comunidades cristianas como verdaderos lugares de encuentro con Cristo, de oración, formación y solidaridad cristianas y confía en el Señor. Entre los nuevos desafíos reconoce que es necesario superar visiones no trascendentes de la transformación del mundo, rechaza el relativismo moral y el agnosticismo. Siente que es imprescindible impulsar una pastoral que conduzca a un nuevo compromiso con la ética y con el bien común, de modo especial a los católicos que se dedican a la política, a la economía, a la comunicación social y a la empresa. La acción evangelizadora debe tener una influencia más eficaz en el amplio ámbito de los centros educativos y poner en juego todas sus potencialidades en el compromiso con Jesucristo y con el Reino, con nuevo ardor y entusiasmo misionero⁸.

Los que tuvimos la ocasión de participar en la celebración del 25° Aniversario de Puebla, donde se propuso el tema del *discipulado* para la V Conferencia, nos sorprendimos por la unanimidad que suscitó en todos esa propuesta. Luego se la sometió a la consideración de los obispos en reuniones regionales y, finalmente, a las 22 Conferencias Episcopales de América Latina y del Caribe. Estos encuentros volvieron a corroborar unánimemente el tema y aportaron algunos aspectos nuevos. Así, hacia abril de 2005 el tema adquirió la siguiente redacción: "Por el encuentro con Jesucristo, discípulos y misioneros, en la comunión de la Iglesia Católica al inicio del tercer milenio, para que nuestros pueblos tengan vida". Este texto fue presentado al Papa Benedicto XVI a los pocos días de haber iniciado su ministerio de Pastor Universal en la sede de Pedro.

Volviendo al tema, se sabía que esa formulación era muy extensa, pero había la intención de integrar de un modo sintético el contenido básico que se deseaba reflexionar en la VCG. Como se puede observar, el núcleo de esta formulación descansa en el sujeto: "discípulos y misioneros". La preocupación era llegar a una formulación más breve.

Con ese propósito, la XXX Asamblea Ordinaria del CELAM, celebrada en mayo de 2005 en Lima, ha realizado numerosas aportaciones buscando una formulación más breve que sirviera como lema de la VCG. Esos aportes coincidieron básicamente en las tres siguientes

⁸ *Hacia una V Conferencia*, Puebla de los Ángeles, febrero 2004, nn. 7 al 11.

versiones: "Discípulos y misioneros de Jesucristo para que todos tengan vida (Hech 1,8)"; "Discípulos y misioneros de Jesucristo para la vida del mundo"; y "Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos tengan vida".

El 11 de julio de 2005, el Presidente del CELAM Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa comunicaba a los Presidentes de las 22 Conferencias de América Latina y el Caribe la noticia sobre el tema que había decidido el Santo Padre para la VCG, con estas palabras: "Lo hago con mucha alegría, porque puedo enviarles una buena y esperada noticia. El día 7 de este mes, en la audiencia que tuve con el Santo Padre en el Vaticano, me comunicó el tema que aprobaba para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: ***Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" Jn 14,6.***

De esta manera el Santo Padre acogió las conclusiones acerca de la formulación del temario que aportaron las 22 Conferencias Episcopales de América Latina y del Caribe que componen nuestro Consejo Episcopal, y las de nuestra reciente Asamblea Ordinaria, celebrada en Lima. Su aporte precisó y enriqueció la formulación con la inclusión "en Él" y con la cita de Jn 14, 6.

En resumen, los elementos fundamentales de la primera redacción del tema permanecieron invariables: las dimensiones discipular y misionera del creyente que se fundan en la experiencia viva del encuentro con Jesucristo. Las referencias a la pertenencia del discípulo a la Iglesia católica, al momento histórico y al continente latinoamericano pasaron a formar parte de los diversos capítulos del *DPa*.

II. Documento de Participación, ¿de qué estamos hablando?

Metodología de participación en la Conferencia General.

En el contexto de las diversas claves de lectura para el *DPa*, tiene su propia relevancia el método participativo. Como sabemos, las Conferencias Generales son un ejercicio de colegialidad episcopal y la participación es una de sus características. Pudiera parecer anacrónico si dijéramos que en la I Conferencia General se practicó una metodología participativa. Estamos más habituados a reconocer la III Conferencia General como modelo de esa metodología y, con razón, porque fue la primera que implicó más ampliamente a las comunidades eclesiales en la preparación de una Conferencia.

Sin embargo, también en Río de Janeiro podemos reconocer una metodología participativa. No podía ser de otra manera: la participación era un elemento intrínseco al acto colegial que se convocaba. Entonces, el método participativo se ejercía en el ámbito episcopal, como podemos ver en las indicaciones metodológicas que estableció el Papa Pío XII para la preparación de aquella Conferencia: "Después que cada uno de los sagrados Pastores haya realizado el trabajo preparatorio de examinar el presente estado y estudiar los remedios, se reunirán, en fecha próxima, en conferencia general los representantes delegados de las diversas provincias eclesiásticas y de las circunscripciones misioneras de América Latina...".

El carácter participativo está en el origen de estas reuniones episcopales y constituye una nota esencial que las distingue. Por eso, no es difícil reconocer esa práctica en las cuatro Conferencias Generales, aún cuando se haya llevado a cabo con modalidades diferentes en cada una de ellas. A continuación hacemos un breve recorrido a través de las cuatro Conferencias Generales anteriores para hacer notar en cada una de ellas las modalidades propias de

este método. Y al final, también mostramos cómo está planteado el proceso de participación para la V Conferencia.

Medellín

Para preparar esta II Conferencia, se realizaron reuniones generales previas, donde se exponía la reflexión de equipos por áreas temáticas. El resultado de este trabajo se recogió en el *Documento de Base*. El primer proyecto de este Documento se envió a todos los Obispos de América Latina para que, individualmente y en sus Conferencias Episcopales, pudieran someterlo a estudio y corrección.

Puebla

La primera etapa de preparación consistió en Reuniones Regionales de Obispos, con el fin de recibir iniciativas, hacer un elenco de los principales temas que debía considerar esta Conferencia. El material de esta primera etapa fue sistematizado en una Reunión de Coordinación del CELAM, entregándose luego el resultado a una Comisión redactora. Seguidamente, se envió un *Documento de consulta* a las Conferencias Episcopales y a otros organismos e instituciones, en orden a elaborar el *Documento Base*, "que será sólo un Instrumento de Trabajo para la Conferencia de Puebla".

Santo Domingo

Para preparar esta Conferencia se llevaron a cabo dos rondas de Reuniones Regionales. Luego de la primera reunión regional se hizo la Primera redacción del *Documento de Consulta*. Este Documento se estudió en la segunda ronda de Reuniones Regionales, que dio por resultado la segunda redacción, llamada *Instrumento Preparatorio "Elementos para una Reflexión Pastoral en Preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano"*. Luego de conocerse el tema de esta Conferencia entregado por el Santo Padre, se elaboró un nuevo Documento Preparatorio, llamado *Documento de Consulta*, y se lo colocó en manos de las Conferencias Episcopales del Continente "con la seguridad de que mediante su divulgación, estudio y profundización va a significar un nuevo esfuerzo en la preparación de la IV Conferencia".

V Conferencia General

Durante el encuentro de Presidentes de Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe, en el mes de febrero de 2004 en Puebla, se elaboró el primer texto "Hacia una V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe", que contenía una breve motivación y justificación del acontecimiento, la formulación inicial del tema, un elenco de los principales desafíos y un primer adelanto de núcleos teológicos y pastorales, con los cuales se comenzaba a desarrollar el tema y responder a los desafíos.

Ese texto fue luego enriquecido en cuatro Reuniones Regionales de Obispos. Con la incorporación de los aportes de esas reuniones, el texto fue enviado a las 22 Conferencias Episcopales de América Latina, cuyas reflexiones y sugerencias fueron recogidas y sintetizadas en el CELAM y enviadas a la Pontificia Comisión para América Latina. Luego de asumir las observaciones que nos envió dicha Comisión, se hizo la redacción final del texto, así como lo conocemos hoy con el título: "Hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe - Documento de Participación", con el lema: "Discípulos y

misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida" - "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6)".

El *Documento de Participación*, acompañado por un subsidio pedagógico en forma de Fichas, se entregó a las Conferencias Episcopales, para que éstas organizaran el estudio del Documento en los diversos organismos nacionales y en las Iglesias Particulares, con la consigna de lograr una participación lo más amplia posible del Pueblo de Dios.

El Documento y las Fichas: un instrumento de participación

El Santo Padre entregó el tema de la V Conferencia. Las Iglesias de América Latina lo hemos acogido con alegría y ahora estamos empeñados, mediante la animación y coordinación del CEIAM, en reflexionar y realizar nuestros aportes al mismo. El centro del Documento es el tema que nos dio el Papa. Por eso, el Documento es un instrumento, no el único, pero sí el más universal, que facilita el estudio y la profundización del tema. Hay otras actividades, que veremos luego y que complementan la dinámica de participación del Pueblo de Dios en la preparación de esta reunión episcopal.

El *DPa* es un instrumento privilegiado y el que abarca más ampliamente a los actores en esta etapa de preparación de la V Conferencia. Su carácter privilegiado y abarcador se verifica en el proceso de su elaboración. En ese proceso señalamos principalmente dos etapas.

Como lo hemos podido ver más arriba, una primera etapa consistió en identificar el tema y elaborar las razones que lo justificaban para plantear la necesidad de una reunión episcopal de esta envergadura. Esto se logró mediante una amplia participación de todos los obispos de América Latina y el Caribe, a través de las Reuniones Regionales, los aportes de las Conferencias Episcopales y en los diversos encuentros de Obispos del CELAM.

La segunda etapa del proceso participativo es la que actualmente transitamos, que consiste en llevar a cabo la reflexión y elaboración de aportes sobre el Documento en las comunidades locales a lo largo de todo el Continente. Éste es el momento más abarcador y universal de la participación en la preparación de la V Conferencia*.

Al mismo tiempo, como señalábamos antes, en esta etapa están previstos varios encuentros continentales con el objetivo de profundizar el tema de la V Conferencia. En este sentido, el CELAM con la colaboración del Pontificio Consejo para los Laicos está programando un encuentro de movimientos espirituales y nuevas comunidades con el objetivo de recoger sus experiencias como escuelas de formación de discípulos y misioneros.

También se está preparando un encuentro de pastoral mariana junto al Santuario de Guadalupe en México, con el fin de ofrecer a la Iglesia del Continente una instancia de reflexión, orientación, oración y celebración, centrada en el misterio de la bienaventurada Virgen María y su presencia viva en nuestros pueblos, con una especial referencia a su misión como modelo, madre y formadora de los "discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida». La intención de este Encuentro es abrirle caminos a la devoción mariana de nuestros pueblos, gran riqueza que hemos recibido de Dios, de manera que los sacerdotes, los agentes pastorales y todos los miembros del pueblo de Dios sepan cultivada, y ella profundice el vínculo de pertenencia a la Iglesia, y vivifique la vida litúrgica, la formación catequética, la vida comunitaria, la acción misionera y solidaria, la evangelización de la cultura, es decir, todas las dimensiones de la vida cristiana.

* (Nota de la redacción) Los aportes al *DPa*, en esta segunda etapa, debían ser enviados por cada Conferencia Episcopal de América Latina y el Caribe antes del 15 de noviembre. La Conferencia Episcopal de cada país debía reunir todas las contribuciones de las iglesias diocesanas, instituciones, movimientos, etc. y remitirlas al CELAM.

En la misma línea, están programados dos encuentros con un grupo reducido de constructores y animadores de la sociedad; otro de presbíteros; y otro con expertos sobre el tema de la misión. Ya tuvo lugar un encuentro reducido con periodistas católicos de alto nivel acerca de cómo percibían ellos hoy la vida de la Iglesia. Cabe mencionar también los aportes que están realizando el Centro Bíblico para América Latina (CEBIPAL) y el Observatorio a la reflexión sobre el tema de la V Conferencia, ambos organismos del CELAM, con varias ediciones ya publicadas. Mediante estos encuentros y actividades se busca profundizar desde diversas perspectivas el tema de la V Conferencia y editar respectivas publicaciones para enriquecer la preparación de este importante evento episcopal.

Aunque parezca obvio, conviene recordar que la estrategia participativa no es el objetivo que se persigue con la V Conferencia. A través de cada paso en el camino de preparación a este encuentro, se quiere desencadenar, ante todo, un gran proceso espiritual de conversión que se traduzca en una eficaz acción misionera. Por eso, en las *Fichas* se sugiere que cada encuentro de trabajo sobre el *Documento* se introduzca con un momento de oración y se lo viva como una oportunidad extraordinaria de conversión profunda, que lleve a vivir con mayor entusiasmo y coherencia nuestra identidad y misión como católicos, discípulos y misioneros de Jesucristo, para transformar el mundo construyendo el Reino.

Las Fichas de trabajo

Estas fichas fueron elaboradas para acompañar y hacer más accesible el trabajo de reflexión sobre el *DPa*. Son 18 fichas y siguen el orden temático del *Documento*. La Ficha n.0 sirve de introducción a la dinámica del trabajo con las fichas. En esta ficha encontramos los elementos básicos de introducción al *Documento* y las propuestas pedagógicas para el desarrollo de los encuentros de trabajo.

Todas las fichas tienen una estructura muy similar: el título de la unidad temática con referencia a los numerales del *Documento*; un breve resumen del tema que trata en esos numerales; los objetivos que se propone para la tarea; una oración que está en relación inmediata con el tema propio de esa ficha; una propuesta sobre cómo desarrollar el tema; y unas pautas o preguntas para suscitar el diálogo entre los participantes. Los resultados de ese intercambio se enviarán como aportes al *DPa*.

III. Las principales claves de lectura

El encuentro con Jesucristo: identidad, vocación y misión

Nos toca vivir en medio de cambios tan formidables y profundos que comprenden y afectan al ser humano en sus mismas raíces, a sus sentimientos e ideas, a sus valores y a su identidad, a sus leyes y costumbres; en consecuencia, a su memoria y a sus instituciones; en fin, nada de lo que es humano escapa al cambio. En toda época de profundo cambio, la pregunta inquietante que emerge y se instala en el corazón humano tiene que ver con su identidad, su vocación y su misión: ¿quién soy, de dónde vengo, hacia dónde voy? ¿qué es la verdad? ¿quién es el otro? Preguntas en torno a la felicidad, la muerte, el dolor, el sentido de la vida...

Por eso, el primer capítulo del *DPa* se abre con el título "El anhelo de felicidad, de verdad, de fraternidad y de paz", constatando que "en lo más hondo de nuestro ser, hay hambre de amor y de justicia, de libertad y de verdad, sed de contemplación, de belleza y de paz, ambición de plenitud humana, ansias de hogar y fraternidad; deseos de vida y felicidad". En seguida, se afirma que como cristianos no podemos separar esos anhelos de la luz de la fe.

La revelación ilumina los anhelos más profundos que Dios puso en nuestro corazón al creamos a imagen y semejanza suya.

Luego de un breve recorrido por los principales acontecimientos de la historia de la Salvación, el texto nos revela que por el misterio de la encarnación, el Hijo de Dios se hizo nuestro hermano y salvador "pues todas las promesas de Dios se han cumplido en Él". Él sacia nuestra sed de amistad, siendo nuestro hermano y llamándonos no siervos, sino amigos. El nuevo código de la felicidad son las Bienaventuranzas. El acontecimiento que revela definitivamente el infinito Amor de Dios es la cruz gloriosa de Cristo Jesús. La respuesta a los profundos anhelos de felicidad se encuentra en Él. Así, el cristianismo se expandió por la antigüedad como una verdadera explosión de gozo, como una corriente de fe, sabiduría y esperanza, proclamando la verdad sobre Dios y la dignidad del hombre y de la comunidad.

El segundo capítulo completa el primero. En él se reconoce con gratitud la llegada del Evangelio a América Latina y el Caribe. Las dos partes de este capítulo presentan el encuentro con Jesucristo vivo. En la primera parte se reconoce la bendición que recibieron nuestros pueblos por el encuentro con Jesucristo vivo. La presencia de la Virgen de Guadalupe, el ejemplo de quienes plantaron la vida cristiana en nuestros pueblos latinoamericanos, los intrépidos luchadores por la justicia y evangelizadores de la paz, son motivos de gratitud porque a través de ellos se abrió camino en el continente la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Aún cuando "la Evangelización, como tarea humana, está sometida a las vicisitudes históricas, pero siempre busca transfigurarlas con el fuego del Espíritu en el camino de Cristo, centro y sentido de la historia universal, de todos y cada uno de los hombres", recordaba el Documento de Puebla (n. 6).

En la segunda parte de este capítulo, se agradece el signo actual más notable: el crecimiento del número de quienes se encuentran con Jesucristo y se comprometen con Él, por eso reconoce en el título de esta segunda parte una Iglesia viva, fermentada por la experiencia de la gracia de Dios. A continuación, los párrafos dan cuenta de los signos de una Iglesia viva, con una particular gratitud al Papa Juan Pablo II, como hombre de Dios, por su fecundo Magisterio, su testimonio y su presencia en nuestros países. Más adelante se comprueba que la fe en Dios pertenece al patrimonio de nuestros pueblos; crece la vitalidad de la fe en quienes participan en las gozosas celebraciones litúrgicas y en la vida de las parroquias, de sus comunidades de base, de los movimientos eclesiales y de otros itinerarios de iniciación y formación cristiana. Siguen creciendo las manifestaciones de la piedad y la religiosidad populares, el amor a la Santísima Virgen, la devoción al Santo Padre, hay referencias positivas al compromiso de incontables laicos, al abnegado ministerio y formación de los diáconos permanentes, al desarrollo de la pastoral de juventud y vocacional, a los planes pastorales de la familia, de los presbíteros, de la pastoral social y la opción preferencial por los pobres; al esfuerzo por despertar en los pastores y en los laicos el espíritu de comunión, participación y corresponsabilidad; al compromiso creciente con el autofinanciamiento de nuestras Iglesias particulares; a las iniciativas del diálogo ecuménico e interreligioso. Esta constatación de las fortalezas se realiza con un profundo sentido de gratitud y reconocimiento como un don del Amor de Dios que "hemos recibido gracias al espíritu misionero y solidario que nace entre quienes han recibido la gracia de experimentar el encuentro con Jesucristo, vivo Evangelio del Padre, el gran amor a la Virgen María, que nos precedió por los caminos de la fe, la esperanza y el amor y tantos otros dones de Dios".

Estos dos primeros capítulos recogen, por una parte el desafío de las preguntas fundamentales que inquietan hoy al ser humano en medio de una época de profundo cambio y, por otra parte, recrea la memoria cristiana y católica, mediante la cual hemos recibido el anuncio de Jesucristo vivo, verdadera respuesta a los anhelos más profundos que se agitan en el corazón humano.

Por eso, el encuentro con Jesucristo es la clave principal para comprender de qué se trata cuando hablamos de discípulos y misioneros. El encuentro con Jesucristo vivo es la clave principal para comprender la identidad, la vocación y la misión del hombre. Ser discípulo y misionero es responder al llamado de Jesucristo para ir al encuentro con Él y experimentar vivamente que, a partir de ese encuentro, adquieren respuesta los interrogantes más profundos de la existencia humana. Ser discípulo y misionero de Jesucristo es descubrir y madurar en plenitud la identidad, vocación y misión humanas. Ser discípulo y misionero de Jesucristo es la propuesta para vivir en plenitud la condición humana.

Esta clave de lectura nos abre el camino hacia el capítulo central del *DPa*, cuyo título es: "Discípulos y misioneros de Jesucristo", que se nos convierte en la clave central para la lectura del Documento.

Discípulos y misioneros de Jesucristo

Discípulos y misioneros de Jesucristo es la clave central para la lectura del *DPa* y al mismo tiempo el título del tercer capítulo. Hacia él confluyen los demás capítulos buscando una respuesta a las preguntas inquietantes sobre la existencia humana; y desde él parten con una experiencia nueva que ilumina y da sentido a la vida del ser humano. El secreto de la clave central está dado en la experiencia del encuentro con Jesucristo, que transforma al que lo vive en discípulo y misionero suyo. El fundamento del discipulado y la misión es el encuentro con Jesucristo.

Para una mejor comprensión de esta clave de lectura es necesario detenerse en cada una de las cuatro partes de este capítulo: a) Por el encuentro con Jesucristo vivo, discípulos y misioneros suyos; b) Discípulos de Jesucristo; c) Discípulos en comunión eclesial; y d) Discípulos para la misión.

Varios párrafos describen la experiencia del discípulo que se encuentra con Jesucristo, desde el llamado personal que le hace Jesús y la respuesta creyente y amorosa que lleva al discípulo a configurarse con él; esa experiencia lo vincula inmediatamente a una comunidad de fieles, en la que discierne luego cuál es su misión en la Iglesia y en la Sociedad. Más adelante se señala la importancia de vivir con fidelidad el seguimiento del Señor a través de la vivencia sacramental, que consiste en el Bautismo, que junto con la Confirmación y la Eucaristía constituyen los sacramentos de la iniciación cristiana. Una explícita referencia a la Eucaristía, fuente y cumbre del encuentro del discípulo con Jesucristo vivo, y al sacramento de la Reconciliación, mediante el cual por Cristo, nuestro único Mediador y Salvador, renueva por obra del Espíritu Santo la Nueva Alianza, reincorporándolo a la celebración de la Eucaristía y enviándolo nuevamente a ser sal de la tierra y luz del mundo.

En comunión eclesial

La comunión eclesial es una dimensión esencial de la identidad y misión del discípulo. Esta comunión nace del llamado y el amor predilecto de Jesucristo por sus discípulos y crea entre ellos la comunión fraterna. Esta comunión se concreta y visibiliza en la Iglesia, que sigue la voluntad del Maestro, bajo la guía y en espíritu de comunión y obediencia hacia Pedro y los sucesores de los apóstoles.

El discípulo de Jesucristo es un discípulo en comunidad. La dimensión eclesial es esencial para comprender de qué discipulado se trata. Por eso, discípulos de Jesucristo en la Iglesia católica. La época de cambio que nos toca vivir, con sus desconciertos, vacilaciones y ambigüedades nos exige precisar con especial cuidado la identidad católica del discípulo. Ante la proliferación de ofertas religiosas en el mercado de las religiones, cobra una relevancia particular la identidad católica del discípulo y su inserción viva en la comunidad.

Desde luego, también para el diálogo ecuménico e interreligioso es fundamental la claridad de identidades en aquellos que se disponen a compartir entre sí sus riquezas y diversidades. El discípulo madura su vocación cristiana en la comunidad, con un compromiso activo en ella, descubriendo la riqueza y la gracia que encierra ser miembro de la Iglesia Católica. La inserción real en la comunidad y "no poder vivir sin el domingo" es algo que debe distinguir también en nuestro tiempo a los fieles cristianos.

Al inicio del Tercer Milenio

El capítulo cuarto es un esfuerzo por "abrir los ojos a la realidad del mundo y de la Iglesia" desde la perspectiva de fe. Es una lectura creyente de la realidad que se abre a la voz de Dios "que nos habla a través de los acontecimientos y de las situaciones por las cuales atravesamos en nuestro peregrinar". La finalidad a la que tiende esta visión crítica de la realidad, es abordar los desafíos nuevos y urgentes que vive la Iglesia en América Latina y el Caribe en la hora actual, para buscar y acordar juntos líneas pastorales que orienten y animen la identidad católica de nuestros pueblos, y den un nuevo y fuerte impulso evangelizador a todo el continente.

Este capítulo está subdividido en cuatro partes: a) vivimos en medio de los dolores de parto de una nueva época; b) la globalización, un desafío para la Iglesia; c) las esperanzas y las tristezas de nuestros pueblos nos interpelan; y d) los católicos y la Iglesia, también ante otros desafíos.

Este capítulo es un esfuerzo por remar mar adentro de la realidad con toda la complejidad que ello implica. Aquí es importante que señalemos cuál es el espíritu que nos anima al adentrarnos en este campo. Ante todo, es preciso decir que esta mirada parte desde la fe, es decir, es una mirada creyente sobre la realidad. Esta perspectiva no desestima los instrumentos de análisis científico, muy útiles para objetivar los complejos fenómenos de la realidad, sino que los convierte en servicios en la medida que ayudan a comprender esos fenómenos desde la fundamental perspectiva de la fe. Esta perspectiva ofrece una iluminación que va más allá del mero análisis racional de la realidad, que por cierto no lo desconoce, al contrario, lo valora, asume y trasciende. Así, la razón se ve iluminada con la luz de la fe.

Por ello, el creyente que realiza el ejercicio de "ver" la realidad, no puede dejar de verla como creyente. Su experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, su pertenencia viva y activa en la Iglesia, conforman su identidad católica, de tal manera que su ver, juzgar y obrar en ningún momento del proceso pueden prescindir de la luz de la fe. La primera nota que distingue el modo de ver creyente es la acogida. El creyente recibe el mundo, la realidad, como un don, por eso su "ver" es un ver desde su identidad de imagen y semejanza de Dios. El discípulo aprende a ver la realidad en el encuentro con Jesucristo, se esfuerza por mirar el mundo como Él lo mira, de amarlo como él lo ama. El más alto grado de visión crítica de la realidad se adquiere junto al Crucificado. La Mesa de la Palabra y la Mesa de la Eucaristía son para el creyente la escuela donde se aprende a ver la realidad acogiéndola como un don, a discernirla y luego comprometerse a transformarla para que responda al querer amoroso del Creador.

Desde esta perspectiva podemos volver a leer los subtítulos de este capítulo y notar que en sus enunciados se transparenta ese mirar creyente del discípulo. Por ejemplo, comprenderse que vivimos en medio de dolores de parto, es acoger con esperanza el advenimiento de los tiempos nuevos que se manifiestan en tantos fenómenos positivos y, al mismo tiempo, reconocer los dolores como señales que amenazan con ahogar ese advenimiento de vida nueva. Los párrafos que tratan sobre esto son ilustrativos sobre todo por la descripción de los principales fenómenos que caracterizan nuestra época y, entre otros, justifican la realización de la V Conferencia General.

Un apartado propio se dedica a la globalización, como un fenómeno real y complejo, valorado primero en sus aspectos positivos. Sin embargo, "como toda criatura gestada por el hombre, la globalización será aquello que nosotros hagamos de ella". Entonces la mirada crítica sobre este fenómeno parte de "nuestra cosmovisión cristiana que nos aproxima al fenómeno de la globalización desde los criterios fundamentales de la dignidad humana", y ésta se mide por el Amor de Dios, cuya medida es el Amor sin medida manifestado por Cristo Jesús.

"Las esperanzas y tristezas de nuestros pueblos nos interpelan" es otro subtítulo donde encontramos una mirada que reconoce grandes esperanzas en nuestros pueblos, por una parte, y dolorosas tristezas por otra, que continúan agobiando a grandes sectores de pobres en nuestros pueblos, que "retardan e imposibilitan hasta ahora los procesos de integración en Latinoamérica y el Caribe" (n. 139).

Por último, en el apartado sobre "Los católicos y la Iglesia, también ante otros desafíos", "constatamos nuestras propias debilidades". Por ejemplo, se señalan amenazas erosivas al substrato católico de nuestra cultura, "lo que debilita la presencia evangelizadora de la Iglesia y carcome algo medular del patrimonio espiritual y moral de América Latina y el Caribe".

En este apartado se da espacio a un fenómeno relativamente nuevo entre nosotros que se manifiesta en "una mentalidad que en la práctica prescinde de Dios en la vida concreta y aún en el pensamiento, dando paso a un indiferentismo religioso, un agnosticismo intelectual y a una autonomía total ante el Creador". En esa línea se constata "que emerge con renovada fuerza un laicismo militante, que ruega a los creyentes la posibilidad de manifestarse públicamente". La presencia de la Iglesia en el continente ha realizado "desde sus inicios un amplio camino evangelizador", que ha fortalecido la comunión eclesial, ha promovido un diálogo más abierto con el mundo y ha motivado la creciente participación de los laicos en la construcción de la Iglesia y, al parecer en menor grado, en la configuración del mundo mediante su compromiso sociopolítico". En los párrafos siguientes se mencionan otros desafíos que interpelan la responsabilidad, el testimonio y la coherencia cristiana de los discípulos del Señor. También da cuenta de la fuerte disminución del número de católicos en los últimos diez años, entre otros temas, que reclaman un mayor ardor evangelizador y nuevas iniciativas pastorales de parte de los católicos.

Para que nuestros pueblos en Él tengan vida

Éste es el título del último capítulo del *DPa* y completa la segunda parte del tema de la V Conferencia: "Discípulos de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida". Recordemos que pertenece al Papa Benedicto XVI la inclusión "en Él", con lo cual enriqueció la redacción del tema que se le había propuesto. Esa inclusión, más la cita de bíblica "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6), también añadida por el Santo Padre, confiere una consistencia interna muy fuerte a la identidad y la misión del discípulo y misionero. Así como la identidad del discipulado se define en el encuentro con Jesucristo y la inserción viva en la Iglesia, también la identidad de su acción evangelizadora y de su compromiso con la transformación de las realidades temporales según los valores del Evangelio se define en tanto en cuanto se realizan "en Él", con Él y por Él. El compromiso del discípulo para transformar el mundo construyendo el Reino para la vida de nuestros pueblos tiene su fuente, su centro y su culminación en Él.

Aquí viene bien detenerse brevemente en la persona de Jesucristo y en el Reino que fue el centro de su predicación. Podemos observar que el tema de la V Conferencia y su desarrollo en el *DPa*, privilegia ampliamente la persona viva de Jesucristo, la experiencia original y única del encuentro con Él, constitutiva de la identidad y misión del discípulo, pero

casi no aparece el Reino que Él vino a anunciar y a instaurar. Estamos ante una laguna importante en el Documento, que tenemos que subsanar con la tarea de los aportes.

Sin embargo, me permito señalar que la construcción del Reino de Dios, que consiste en la enorme tarea que se propone en el tema: "para que nuestros pueblos en Él tengan vida", es el "Reino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rm 14, 17), es el Reino de Dios que está cerca (cf. Lc 10,9) y el que fuimos enviados a proclamar y construir como discípulos y misioneros de Jesucristo (cf. Lc 9, 2). Este Reino tiene su raíz, fuente y cumbre en el encuentro con Jesucristo y es el fundamento del discipulado y la misión. El Reino sin Jesucristo se vuelve ideología. Jesucristo sin el Reino se convierte en espiritualismo superficial y estéril. Desde esta perspectiva, cobra una importancia determinante la inclusión "en Él" que el Santo Padre colocó en la segunda parte del tema: "para que nuestros pueblos en Él tengan vida".

Puesto que la predicación y construcción del Reino es una consecuencia necesaria del encuentro con Jesucristo vivo, ese encuentro con Él, vivido en la comunión y misión de la Iglesia, en la cual estamos llamados a ser discípulos y misioneros, nos previene tanto de la ideologización como de una falsa espiritualidad.

Hacia la misión continental

La misión continental forma parte del conjunto principal de claves de lectura del *DPa*. La primera propuesta de redacción del tema (febrero de 2004): "Discípulos de Jesucristo en la Iglesia Católica para la Nueva Evangelización de América Latina y el Caribe al inicio del Tercer Milenio", reflejaba la intención de dar un nuevo impulso a la evangelización en el continente. Este deseo inicial fue tomando fuerza en la medida que se avanzaba sobre la reflexión en torno al tema, los núcleos temáticos y los desafíos. Pronto se empezó a hablar sobre una "gran misión continental" que sería convocada en la V Conferencia General.

El texto del tema, tal cual nos lo entregó el Santo Padre, recoge explícitamente la dimensión misionera que quiere distinguir la V Conferencia General: "discípulos y misioneros". La nota evangelizadora del "discípulo de Jesucristo", como aparecía en la primera redacción del tema, quedó más explícita y casi redundante en la expresión "discípulos y misioneros". Es cierto, como señalaban algunos, que ser discípulo incluye por naturaleza la dimensión misionera. Sin embargo, el lenguaje nos permite rescatar y destacar significados que complementan y refuerzan los conceptos. Por eso, es oportuna la expresión "discípulos y misioneros" para no dejar lugar a dudas de que la necesidad del tiempo presente nos exige desentrañar y poner en acción todo el vigor y ardor evangelizador que encierra para el discípulo el encuentro con Jesucristo vivo.

La idea de dar un fuerte impulso a la evangelización del continente no es una originalidad exclusiva de esta Conferencia General. Las Conferencias de Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo, también fueron preparadas y celebradas como grandes acontecimientos orientados hacia la evangelización, buscando cada una responder a los desafíos propios de su tiempo. Sus conclusiones y orientaciones pastorales reflejan el espíritu evangelizador que las distinguía a todas. Sin embargo, en ninguna de ellas se planteó la evangelización del continente en términos de una "gran misión continental". Y en esto consiste la novedad de la actual propuesta sobre una Gran Misión en América Latina y el Caribe, "que los Obispos deseamos convocar en la V Conferencia General, a fin de que nuestra Iglesia tenga realmente ardor misionero", como podemos leer en la Presentación y en la Introducción del *DPa*.

Los tres últimos números del Documento están dedicados explícitamente a la misión continental y, como añadido final, se propone en el Anexo n. 2, a modo de inspiración, un itinerario misionero, con la intención de "recibir aportaciones que se refieran a la metodología

misionera, ya sea confirmando la experiencia expuesta, agregando nuevos elementos, o proporcionando las experiencias de otros caminos misioneros". Como se puede apreciar, no hay una definición preestablecida sobre qué estilo de misión se llevará a cabo luego de la V Conferencia. Lo que sí tiene un fuerte arraigo intencional, es darle un nuevo y fuerte impulso evangelizador al continente.

Conclusión

Para quienes estamos estudiando el *DPA* y trabajando sobre los aportes es indispensable que tengamos presente estas claves de lectura por dos razones. Una razón es más operativa y tiene que ver con la ayuda que éstas nos dan para una adecuada comprensión del texto, para la reflexión sobre el mismo y para la consiguiente elaboración de las aportaciones. Pero el objetivo del *Documento* no se agota en este ejercicio intelectual. Por eso, la otra razón mira al proceso de conversión espiritual de quienes tenemos la gracia de participar en la preparación de la V Conferencia. Esta disposición interior, mientras realizamos la tarea con el *DPA*, nos invita a dejarnos evangelizar, a ser los primeros en sentir la necesidad de que el Señor Jesucristo nos convierta en discípulos suyos y renueve en nosotros el ardor de anunciado vivo a nuestros hermanos.

Como hemos visto, no hay duda de que la clave principal para la lectura del *DPA* está en el tema de la V Conferencia y al interior del tema, destacábamos la expresión "discípulos y misioneros" como los dos elementos esenciales que configuran la identidad de aquel que fue elegido y llamado por Jesucristo e incorporado a la comunidad eclesial para una misión. Su misión, recordábamos, deberá ser un servicio a la construcción del Reino de Dios "para que nuestros pueblos en Él tengan vida". Las otras claves de lectura son como los rayos de una circunferencia que convergen hacia esta clave principal, y en ella se alimentan y dan sentido a los demás temas del *Documento*.

Probablemente el aspecto más novedoso de esta clave principal se encuentra en la expresión "discípulo". Con ella se quiere identificar a todo creyente en Jesucristo, y no exclusivamente a los que fueron "sus discípulos", como comúnmente suele entenderse. En realidad, el empleo de ese término, referido a todos los fieles, ya estaba en uso durante el Concilio Vaticano II⁹ y luego el Papa Juan Pablo II lo ha utilizado con frecuencia desde el inicio de su pontificado¹⁰.

⁹ Sin la pretensión de ser exhaustivos, señalamos sólo unas muestras en qué Documentos del Concilio Vaticano II se utilizó la expresión "discípulo(s) de Cristo (del Señor)": *Ad Gentes*, n. 23; *Dignitatis Humanae*, n. 14; *Lumen Gentium*, n. 10, n. 42; *Gaudium et Spes*, n. 1, n. 88; *Presbyterorum Ordinis*, n. 13; *Unitatis Redintegratio*, Proemio, n. 2.

¹⁰ "Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar" (*Laborem Excercens*, n. 27). "La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la madre de Dios, iniciada con el testamento del redentor en el Gólgota" (*Redemptoris Mater*, n. 45). "El discípulo de Cristo sabe que la suya es una vocación a la libertad" (*Veritatis Splendor*, n. 17).

El párrafo siguiente, de *Veritatis Splendor*, muestra claramente cuál es la llamada y la exigencia del discípulo de Cristo, que en la medida de su fidelidad a Él, se hace "discípulo de Dios": "Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce; pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. Act 6, 1). Por esto, seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cf. Ex 13,21), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cf. Jn 6,44). No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente discípulo de Dios (cf. Jn 6, 45)" (*Veritatis Splendor*, n. 19).

Hay un hermoso texto de la homilía de Juan Pablo II, pronunciada en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe de Ciudad de México, el 27 de enero de 1979, durante la solemne concelebración con los participantes en la Conferencia, donde afirma explícitamente la identidad del cristiano en su condición de discípulo: "¡Salve, Madre de Dios! Tu Hijo Jesucristo es nuestro Redentor y Señor. Es nuestro Maestro. Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos. Somos los sucesores de los apóstoles, de aquellos a quienes el Señor dijo: "Vayan, pues; enseñen a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo les he mandado. Yo estaré con ustedes hasta la consumación del mundo" (Mt. 28,19-20)". Notemos el modo inclusivo de utilizar la expresión "discípulo": "Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos". Con todo, el discipulado, no ha tomado carta de ciudadanía ni en Puebla, ni en Santo Domingo. En su lugar se prefería utilizar los términos testimonio y testigo.

S.S. Benedicto XVI utilizó recientemente las dos expresiones juntas, discípulos y testigos, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. Dijo que esa Jornada "fue un acontecimiento providencial de gracia para toda la Iglesia. Hablando con los obispos de Alemania, poco antes de emprender el regreso a Italia, dije que los jóvenes han dirigido a sus pastores, y en cierto modo a todos los creyentes, un mensaje que es al mismo tiempo una petición: «Ayudadnos a ser discípulos y testigos de Cristo. Como los Magos, hemos venido a encontrado y adorado»" (Angelus, 28 de agosto de 2005).

Creo que vale la pena destacar las dos referencias pontificias al discipulado como invitación inclusiva a ser discípulos: "Salve, Madre de Dios! Tu Hijo Jesucristo es nuestro Redentor y Señor. Es nuestro Maestro. Todos nosotros aquí reunidos somos sus discípulos". "Ayudadnos a ser discípulos y testigos de Cristo".

La V Conferencia General es un ejercicio de colegialidad episcopal y un acto de magisterio, realizado *cum Petro et sub Petro*. En esta perspectiva, podríamos decir que para un auténtico ejercicio de esta colegialidad y magisterio es necesario aprender a ser discípulo. Todos estamos llamados a serlo, pero este llamado nos incumbe de un modo especial a los Obispos, que estamos implicados directamente en la preparación y realización de esta Conferencia General. La colegialidad es un verdadero ejercicio de comunión, con el que nos disponemos a escuchar juntos lo que "el Espíritu dice a las Iglesias". La apertura, escucha y fidelidad en este ejercicio hará más auténtico y fecundo nuestro magisterio.

Por eso, en esta etapa de preparación de la V Conferencia todos los creyentes nos sentimos implicados en estudiar el *Documento de Participación* y realizar nuestros aportes para enriquecer la reflexión sobre los diversos temas que allí se abordan. Por el espíritu que nos anima en esta tarea hacemos nuestra la súplica del Santo Padre: "ayúdenos a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida".

Además, podemos encontrar referencias a la expresión "discípulo de Cristo", dirigida a todo creyente, por ejemplo en *Christi fideles laici, Familiaris consortio, Pastores dabo vobis, Vita consecrata...*

LEER EL EVANGELIO DE MARCOS PARA LLEGAR A SER DISCÍPULOS DE CRISTO

Pbro. Damián Nannini

La proximidad de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano con su lema: "Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida. Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" ha dado lugar a un renovado interés por el tema del discipulado y la misión. Considerando este interés como sumamente válido para la Iglesia de hoy y, dado que siempre es saludable beber en las fuentes, vamos a hacer una presentación del tema del discipulado en el evangelio de Marcos.

1. Algunas cuestiones introductorias:

1.1. ¿Por qué comenzar con el evangelio de San Marcos?

Ante que nada porque fue el primero de los evangelios que se escribió. Y este no es un dato de valor meramente histórico sino también pedagógico. El Card. Martini¹¹ sostiene que la primitiva iglesia tenía una clara conciencia del carácter gradual de la experiencia de fe y que la misma era acompañada por la existencia de algunos "manuales" aptos para introducir las distintas etapas. Entonces propone la sugestiva hipótesis según la cual los cuatro evangelios podrían ser considerados como esos "manuales" aptos para cada etapa. En breve, tendríamos cuatro etapas en el itinerario de maduración cristiana acompañada cada una por un evangelio, a saber: 1) iniciación catecumenal con Marcos; 2) introducción a la vida comunitaria con Mateo; 3) orientación hacia la misión con Lucas; 4) ubicación en la madurez contemplativa con Juan.

Asumiendo esta "hipótesis de trabajo" –como la llama el mismo Martini- no quedan dudas de que debemos empezar por el evangelio de San Marcos

Además, se ha calculado que el 76 % del evangelio de San Marcos refiere hechos donde están presentes los discípulos. Vale decir que el mismo puede leerse casi enteramente desde la clave de la relación de Jesús con sus discípulos¹². De hecho esta relación comienza con el llamado de los primeros cuatro seguidores a la orilla del mar de Galilea en Mc 1,16-20 y se prolonga a lo largo de todo el evangelio para terminar –en el final canónico - con las palabras de envío de Jesús a los Once y con una breve descripción de la misión evangelizadora los mismos (Mc 16,14-20).

1.2. Origen y originalidad del uso del término "discípulo".

¹¹ Esta interesante presentación la tomamos de C. M. Martini, "Iniciación cristiana y teología fundamental. Reflexiones sobre las etapas de la madurez cristiana en la iglesia primitiva"; en R. Latourelle-G. O'Collins (Ed.), *Problemas y Perspectivas de la Teología Fundamental*, Salamanca 1982, 95-102.

¹² Esto es algo aceptado comúnmente por los estudiosos. Tenemos el ejemplo de J. Delorme quien en una obra que tuvo mucha divulgación (*El Evangelio según San Marcos*, CB 15-16, Verbo Divino, Estella 1993, original de 1977) propone tres lecturas del posibles del evangelio de Marcos siendo la tercera y más exhaustiva la hecha en función de la relación entre Jesús y sus discípulos. Estudiosos más recientes y más atentos a la trama narrativa sostienen la misma idea, pero nos invitan a tener en cuenta también la confrontación con las fuerzas no humanas y los conflictos con las autoridades; véase por ejemplo D. Rhoads, J. Dewey y D. Michie, *Marcos como relato*, Salamanca 2002, 105-106.111.

Hay un acuerdo generalizado sobre estos temas por parte de los estudiosos¹³. La palabra discípulo (*mathētēs*) proviene de la literatura griega donde significaba originalmente toda persona que se vincula a otra para apropiarse de sus conocimientos y sus experiencias. Podría traducirse por aprendiz o estudiante. Se relaciona con el verbo griego *manthánō* que designa el proceso a través del cual se alcanza el conocimiento, por tanto su sentido es el de aprender. El uso de estos términos llega al Nuevo Testamento no a través de la versión griega de la LXX donde casi no aparecen, sino del ambiente rabínico, influenciado a su vez por el helenismo. Aquí es habitual el uso de *talmid*, término equivalente de *mathētēs*, derivado del hebreo *lāmad* (que traduce el verbo griego *manthánō*, aprender) y que se reserva para designar a quienes estudian la Torah oral bajo la guía de un *rabbi* o maestro.

Más allá del origen común del vocabulario con el discipulado rabínico, el estilo de la relación maestro-discípulo que establece Jesús es muy diferente. Jesús llama y elige a sus discípulos, mientras que en las escuelas rabínicas eran los discípulos los que elegían a sus maestros. Y los buscaban con la intención aprender una doctrina que les permitiera llegar a ser ellos también *rabbi* o maestros. En cambio los discípulos de Jesús no pueden hacerse llamar *rabbi* y no pueden abrirse de su maestro por cuanto son elegidos para prolongar la misión de Jesús, el único maestro. También las exigencias radicales que implica el seguimiento de Jesús son únicas.

1.3. La relación entre los discípulos y el grupo de los doce

Este es un tema cuya discusión, especialmente respecto al evangelio de Marcos, sigue abierta, y así la dejaremos¹⁴. Sólo informaremos que, más allá de los matices, podemos dividir las opiniones entre quienes piensan que en Marcos "los discípulos" se identifican plenamente con "los doce"; y los que, por el contrario, ven alguna distinción entre estos grupos. Para todos los autores es innegable que en muchos casos "los discípulos" y "los Doce" designan a los mismos sujetos, por tanto se utilizan como términos sinónimos que identifican a un mismo grupo de individuos. Pero al mismo tiempo, como notan otros estudiosos, estas dos expresiones no se encuentran nunca juntas sino que corren paralelas a lo largo del relato, tanto si se refieren a dos grupos diferentes como en 4,10 y 4,34 como si se sustituyen una a otra para designar las mismas personas (14,12.17.32). Y esta variación en el uso nunca viene explícitamente justificada. Tampoco es clara la distinción en cuanto a los roles asignados; salvo el rol de '*enviado por Jesús*' que aparece como exclusivo de "los doce".

El tema no es trivial y la opción tomada tiene sus consecuencias a la hora de actualizar el texto, en particular en relación a las exigencias del seguimiento de Jesús y al ejercicio de la autoridad ministerial confiada por Él. Pero para la aproximación narrativa que seguiremos esta cuestión permanece como secundaria porque la atención está puesta, más que en la identificación "histórica" de los discípulos de Jesús, en la identificación "moral" del *lector ideal o implícito* (el destinatario que tiene en mente el narrador Marcos al escribir) con los discípulos del relato.

¹³ Cf. R. Moreno Jiménez, *El discípulo de Jesús*, Madrid 1970, 9-24; D. Müller, "Seguimiento", en L. Coenen – E. Beyreuther – H. Bietenhard, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento IV*, Salamanca 1994, 175-181; G. Leonardo, "Apóstol/discípulo", en P. Rossano – G. Ravasi – A. Girlanda, *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid 1990, 155-158.

¹⁴ Sin embargo compartimos la posición de J. Delorme, "Les Disciples et les Douze", en *Le ministère et les ministères selon le Nouveau Testament*, Paris 1974, 164-181. Una exhaustiva presentación de las diversas opiniones con un detallado análisis de los textos pertinentes puede verse en J. Mateos, *Los "doce" y otros seguidores de Jesús en el evangelio de Marcos*, Madrid 1982. Valga decir que, aún reconociendo la gran erudición de esta obra, no ha conformedo mucho con sus conclusiones. Una presentación y discusión más breve puede verse en G. Leonardo, "Apóstol/discípulo", en P. Rossano – G. Ravasi – A. Girlanda, *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid 1990, 158-159.

1.4. La opción metodológica

Como opción metodológica vamos a hacer una lectura de este evangelio desde la clave del discipulado y con una aproximación sincrónica. Debemos a los estudios narrativos sobre el evangelio de Marcos, más atentos a lo que dicen y lo que hacen los discípulos dentro de la trama del relato, una renovada y fresca presentación de la imagen de los mismos¹⁵. A su vez, han abierto nuevos caminos de comprensión y actualización del texto al considerar que todo narrador se está dirigiendo a un lector ideal o implícito a quien busca transformar mediante su relato. Nuestra intención primera es rescatar estos aportes. Por tanto, teniendo en cuenta la trama narrativa de Marcos, analizaremos los textos que nos revelan mejor los rasgos fundamentales del discípulo de Cristo y las etapas por la que llegan a serlo de verdad. Al mismo tiempo tendremos especialmente en cuenta las posibilidades de actualización del mensaje del evangelio de Marcos, que consideramos válido para el discípulo/lector de ayer y de hoy.

1.5. La división o estructura del evangelio

En cuanto la división o estructura podemos considerar en el evangelio según San Marcos dos grandes partes. Para hacer esta división se tiene en cuenta que Mc 1,1 ejerce la función de título: “*Comienzo de la Buena Noticia (evangelio) de Jesús, Mesías (Cristo), Hijo de Dios*” y que nos presenta a Jesús primero como Mesías y luego como Hijo de Dios. Ahora bien, en 8,29 Pedro confiesa a Jesús como el Mesías cerrando la primera parte que contiene la actividad de Jesús en Galilea (1,2-8,30). Luego, hacia el final, en 15,39 el centurión declara ante Jesús crucificado: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”, concluyendo así la segunda parte que incluye el viaje a Jerusalén y la pasión, muerte y resurrección de Jesús allí (8,31-16,8).

Para nuestra presentación, si bien aceptamos esta clásica división hecha teniendo en cuenta principalmente los títulos cristológicos y su función de revelación dentro del relato, desde el punto de vista narrativo haremos una pequeña corrección: dividiremos la segunda sección en dos y nos quedan entonces tres partes. Estas son: el *inicio del relato* que narra la actividad de Jesús en *Galilea* y termina con la confesión de Pedro (1,1-8,29); la *mitad del relato* que abarca fundamentalmente el viaje a *Jerusalén* (8,30-10,52); y el *final del relato* que incluye los sucesos en *Jerusalén* (11,1-16,8).-

2. Desarrollo del análisis del relato evangélico

2.1. Primera parte del relato: actividad en Galilea

En la primera parte del relato los discípulos aparecen con una actitud muy positiva y no encuentran mayores dificultades en el seguimiento de Jesús. Hay tres escenas importantes donde Jesús, mediante su palabra, los *forma* como discípulos y misioneros: los llama (1,16-20), los elige o constituye como grupo de los doce (3,13-19) y los envía (6,7-13). Y ante estas palabras de Jesús la respuesta de los discípulos es una inmediata obediencia, sin cuestionamientos ni resistencias: dejan su trabajo y su familia para seguirle; lo acompañan por todos los sitios por donde les deja ir; lo ayudan en distintas circunstancias y salen en misión, a predicar, exorcizar y curar enfermos.

¹⁵ Seguiremos de cerca la exquisita caracterización de los discípulos como "personajes" de la narración que hace D. Rhoads - J. Dewey - D. Michie, *Marcos como relato*, Salamanca 2002, 169-178.

En primer lugar Marcos nos muestra a Jesús que llama a cuatro pescadores para que lo sigan abandonando las redes (1,16-20) sin tener en cuenta la menor preparación psicológica de los mismos ya que es el primer encuentro que tienen. Esta cierta falta de lógica literaria por parte de Marcos estaría justificada por su intención de acentuar la iniciativa de Jesús en el llamado. Jesús los ve trabajando y los llama. Nada parece presuponer esta llamada ni prepararla. Es por pura gratuidad. Otra razón posible de Marcos para presentar desde el inicio la creación del discipulado sería su estrecha vinculación con el anuncio de la llegada del Reino que es esencialmente comunitario y está referido a un pueblo concreto a quien va destinado y que está llamado a aceptarlo y hacerlo visible ¹⁶. Es decir, por cuanto el Reino de Dios es *la comunidad con Dios en la comunidad de los hombres que se han unido a Jesús*, la primera acción de Jesús después de anunciarlo es conformar la comunidad de sus discípulos.

Tenemos aquí entonces el primer rasgo fundamental del discípulo de Cristo: *es un llamado a seguirlo formando parte de su grupo*.

En cuanto a las características de este llamado podemos decir, siguiendo las meditaciones del Card. Martini¹⁷, que la *situación del llamado* es el propio lugar de trabajo, allí donde se encuentra; que la *modalidad de la llamada* es una palabra personal de Jesús; y que el *contenido de la llamada* es una invitación a seguirlo, a vincularse a su Persona ya que les dice "vengan detrás de mí" sin otra precisión que un difuso horizonte misionero: "y los haré pescadores de hombres" (1,17).

La respuesta de los discípulos, que nos sorprende por su prontitud y nos recuerda la de Abram (cf. Gn 12,1-4), también acentúa el carácter personal por cuanto dice el evangelio que "lo siguieron" (1,18) y que "se fueron detrás de él" (1,20).

Esta acentuación de la dimensión de vínculo personal con Jesús al inicio del discipulado puede verse reflejada también en el hecho de que recién en Mc 2,15 se utiliza el término "discípulos" para referirse a los muchos que seguían a Jesús. Hasta entonces se los llamaba por su nombre propio: Simón, Andrés, Santiago, Juan y Leví; o se habla de Simón "y los que estaban con él" (1,36 donde *met' autou* suele traducirse por "compañeros").

En síntesis, el camino del discipulado comienza con un encuentro personal con Jesús que llama a seguirlo. La iniciativa es toda de Jesús quien irrumpe en la vida del hombre en su situación cotidiana, con su trabajo y sus vínculos familiares. La llamada implica una opción radical: dejarlo todo y seguirlo. La exigencia y su respuesta están narradas aquí como afectiva y efectiva: se van detrás de Jesús dejándolo todo.

Particularmente significativos son los versículos que siguen a la vocación de los primeros discípulos y que describen lo que se ha dado en llamar "un día en la vida de Jesús" (1,21-38). Esta presentación responde al interés propio de Marcos quien prefiere mostrar a Jesús obrando con poder y hablando con autoridad, pero sin consignar su predicación. Desde la perspectiva de los discípulos es importante porque pueden observar un día concreto en la vida de Jesús. Y como bien dice F. Oñoro¹⁸, a una persona se la conoce por su agenda, pues

¹⁶ Cf. R. Aguirre, *Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo*, Estella 1998, 57. Más adelante este mismo autor dice: "Si Dios interviene en la historia con un proyecto de humanidad, por algún punto concreto del tiempo y del espacio tiene que comenzar esta transformación. El Reino de Dios no se identifica simplemente con ningún pueblo concreto, pero sí conlleva la dinámica de encarnarse en uno determinado. La responsabilidad de Israel en el Antiguo Testamento y de la Iglesia en el Nuevo Testamento es aceptar el Reinado de Dios y visibilizar la transformación humanizante que supone la aceptación de esta soberanía de Dios", 58.

¹⁷ Cf. C. M. Martini, *Evangelio y Comunidad Cristiana*, Bogotá 1985, 43.

¹⁸ "Planteamiento básico del discipulado a partir del evangelio de Marcos", en *Boletín OSLAM*, Julio a Diciembre 2005, 63.

esta refleja sus valoraciones, es decir, las personas más apreciadas a quienes se dedica tiempo y atención; las actividades que se priorizan; el tiempo que le dedica a la oración y al descanso, etc.

Por tanto, sumamos otro rasgo a la identidad fundamental del discípulo: *ser llamado por Jesús para estar con él, para compartir su vida teniendo un vínculo de tipo familiar* (cf. 3,34-35). Vale decir que los discípulos son ante todo los *testigos y oyentes* de todo lo que Jesús dice y hace, son los que aprenden a ser cristianos compartiendo la vida con Cristo.

La llamada de Jesús a seguirlo vuelve a repetirse, en situación análoga, con Leví (2,13-14). También aquí la respuesta inmediata es el seguimiento personal de Jesús. La novedad está en que la profesión que ejercía Leví al momento de ser llamado, publicano, lo ubicaba claramente en la categoría de pecador, como lo denota el comentario de los escribas fariseos: "¿Por qué come con publicanos y pecadores?" (2,16). La respuesta de Jesús es sorprendente por cuanto justifica el llamado por la condición de pecador: "No tienen necesidad del médico los sanos, sino los enfermos; no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores" (2,17).

Esta frase de Jesús es una invitación hecha a los discípulos para que reconozcan su propia situación de enfermos por el pecado y, por ende, necesitados de la redención de Jesús. El discípulo debe apropiarse este mensaje fundamental de la primera parte del evangelio de Marcos y colocarse humildemente del lado de los enfermos y pecadores. Y para que esta toma de posición sea auténtica el discípulo debe reconocer el mal que habita en su interior (cf. Mc 7,21-23) y creer que sólo Jesús puede sanarlo con su palabra de perdón (cf. 2,15). Estamos ante el primer y necesario paso en el proceso de conversión provocado por la llegada del Reino, tal como rezaba el kerigma inicial de Jesús: "El Reino de Dios está cerca, conviértanse y crean en la Buena Noticia" (1,15), y que va dirigido también a los discípulos.

El mensaje para el discípulo/lector es que, además de ver y oír lo que hace y dice Jesús, debe aprender a ver y oír lo que pasa por su propio corazón enfermo para experimentar allí la redención que obra Jesús. En el horizonte de la futura misión del discípulo esto es fundamental porque aunque no haya sido testigo de lo que Jesús obró en otros en Galilea, sí puede testimoniar lo que el Señor ha hecho en su propia vida.

En el relato de la llamada/institución de los *doce* se profundiza la finalidad *de ser* compañeros de Jesús ("para estar con Él" 3,14a). De hecho en 3,13 dice que Jesús llamó a los que quiso y que ellos "fueron hacia Él (*pros auton*)". No se trata tanto de ir detrás de Jesús, sino de ir hacia Él, de colocarse de parte de Jesús.

Ya en la primera llamada de Jesús a quienes serán la cabeza en la lista de los *doce* aparecía una finalidad misional: ser pescadores de hombres (1,17). Ahora la orientación a la misión se hace más clara ("para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios" 3,14b-15).

Estos dos aspectos del discipulado, estar con Jesús y ser enviado a predicar, son inseparables. Justamente porque han estado con Jesús, porque han compartido su vida y lo conocen personalmente, pueden testimoniarlo. La misión tiene un fuerte carácter de testimonio personal.

Igualmente se refuerza el carácter personal de la llamada al referirse a cada uno de los doce por su propio nombre y a tres de ellos también por su sobrenombre (3,16-19).

En el momento del envío por parte de Jesús *pasarán a ser* los colaboradores asociados a su obra (6,7-13). Es un momento especial por cuanto es la primera vez que Jesús hace

participes a los hombres de su obra. Es de resaltar aquí la continuidad entre la actividad de Jesús y la de sus *discípulos* que se expresa mediante el uso del mismo vocabulario:

| <i>Actividad</i> | <i>Jesús</i> | <i>Los Doce</i> |
|-------------------|-------------------------|-----------------|
| Anunciar | 1,14.39 | 3,14; 6,12 |
| Expulsar demonios | 1,34.39 | 3,15; 6,13 |
| Obrar curaciones | 1,34; 3,10 | 6,13 |
| Enseñar | 1,21; 2,13; 4,1; 6,6.34 | 6,30 |

Junto a estas semejanzas es necesario notar que sólo Jesús enseña con autoridad (1,22) y es comparado al hombre fuerte capaz de vencer a Satanás y su reino (1,12-13; 3,23-27). Y esto porque los *doce* participan de la misión de Jesús a título de enviados o de “apóstoles” como se los llama cuando vuelven a Jesús después de su misión (6,30).

Los *doce*, apóstoles de Jesús, son en Marcos personas históricas instituidas por Jesús mismo para una especial misión y que inauguran un tipo de misioneros gracias a los cuales el anuncio del evangelio continúa después de la Pascua. Este anuncio caracteriza el tiempo de la Iglesia y debe ser recordado por toda la comunidad que es depositaria de las palabras de Jesús. Por tanto, en Marcos el interés por los *doce* va asociado también al interés por la continuidad de la obra a la cual Jesús los asoció pues la misión se funda en la voluntad del mismo Jesús y es una necesidad siempre actual en la Iglesia.

Esta sería la principal enseñanza para el discípulo/lector de Marcos: aprender a valorar la obra de los apóstoles y reconocer la necesidad de continuar esa misión.

En cuanto a la respuesta de los discípulos en esta primera parte del relato se resalta su lealtad, pues lo siguen acompañándolo por todas partes. Pero junto a esta disponibilidad para seguir a Jesús que manifiestan los discípulos, vemos aparecer también las primeras dificultades. En 4,13 Jesús les reprocha su falta de comprensión de las parábolas; por lo que luego, en privado, tiene que explicárselas (4,34). Están también las escenas vinculadas a la barca y al pan donde las dificultades son patentes. Así, luego de calmar la tormenta Jesús reprocha a sus discípulos por su miedo/cobardía y su falta de fe (4,40). De modo semejante, cuando Jesús va caminando sobre el mar, sube a la barca y se calma el viento, el desconcierto de los discípulos llega al extremo (6,51). Aquí el mismo evangelista nos dice cuál es la causa de este estupor: “no habían comprendido el milagro de los panes y su corazón/mente estaba endurecido/embotado” (6,52). Tampoco entienden la enseñanza de Jesús sobre lo impuro y lo puro: “¿Conque también ustedes están sin inteligencia?” (7,18). Con esta expresión Jesús señala que ellos no se distinguen del resto ya que tampoco entienden su enseñanza por más que en privado se la explique.

La manifestación de la falta de fe y de comprensión de los discípulos llega a su ápice cuando discuten en la barca porque en un descuido sólo habían llevado con ellos un sólo pan. Aquí el reproche de Jesús es más extenso y recoge los anteriores: todavía no comprenden ni entienden; tienen el corazón/mente endurecido/embotado; están ciegos y sordos; aún después de los milagros que han visto no comprenden (8,17-21).

Por tanto, esta primera parte del relato nota, especialmente a través de lo que los discípulos *hacen* y *dicen*, que en la respuesta de los discípulos la lealtad en el seguimiento convive con muchas dudas y con muchas expectativas equivocadas. Como bien dicen Rhoads-Dewey-Michie¹⁹: “Los discípulos se esfuerzan por vivir según los términos de Dios,

¹⁹ D. Rhoads - J. Dewey - D. Michie, *Marcos como relato*, 170.

dejándolo todo para seguir a Jesús y siendo capaces claramente de asumir riesgos. Al mismo tiempo, viven según los términos humanos, preocupados por su propia seguridad, estatus y poder".

Podríamos decir que en esta primera etapa la adhesión a Jesús es principalmente afectiva y su seguimiento de Jesús es todavía parcial o superficial, no compromete todo su ser. Están con Jesús; recorren la Galilea y sus alrededores con Él, pero no llegan a comprender su verdadera identidad ni el verdadero alcance de su misión. Al respecto, es muy significativa la expresión de los discípulos después de la tempestad calmada por Jesús: "¿quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?" (4,41).

Si consideramos las palabras de Jesús a sus discípulos en esta primera parte del relato vemos que la respuesta de los mismos no satisface las expectativas de Jesús, quien claramente desea que sus discípulos entiendan, vean y crean. Precisamente para que ellos comprendan y acepten el misterio del Reino es que Jesús les explica en privado sus parábolas y sus afirmaciones, y en esto se distinguen de los que no son discípulos, de los de que están fuera de su círculo íntimo (4,11.34). A estos "de afuera" Marcos (4,12) les aplica las palabras de Is 6,9-10: "para que por mucho que miren no vean, por mucho que oigan no entiendan" para indicar su falta de comprensión, su ceguera.

Ahora bien, los discípulos entienden los signos del Reino porque a pesar de haber visto los muchos milagros que realizó en Galilea no logran interpretarlos correctamente (8,17-20). Entonces Jesús les reprocha su incapacidad para entender que en el fondo implica falta de confianza, no creer firmemente en Él. La frase de 8,17-20 nos dice que para Jesús, después de todo, ellos siguen estando afuera, no han entrado en el misterio del Reino de Dios. Incluso más, a ellos se aplica en 8,18 una cita parecida a la referida a los de afuera: "teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen". Esta expresión la encontramos en Jer 5,21 y Ez 12,2 como denuncias dirigidas por estos profetas al propio pueblo de Israel por su rebeldía. Tenemos también la cita de Dt 29,1-3: "Moisés convocó a todo Israel, y le dijo: Ustedes han visto con sus propios ojos lo que el Señor hizo en Egipto al Faraón, a sus servidores y a todo su país, las grandes hazañas que ustedes mismos han presenciado, y aquellos signos y prodigios admirables. Pero hasta el día de hoy, el Señor no les había dado inteligencia para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír". Aquí el paralelo es mayor con el texto de Mc 8,17-21 por cuanto aparece señalada también la falta de comprensión de la experiencia vivida. La diferencia está en que Moisés más que recriminar al pueblo le hace notar la necesidad de que el Señor conceda inteligencia para entender y ojos para ver. Pero esta diferencia es más bien aparente por cuanto, si bien Jesús no lo dice aquí, en la sección del camino hacia Jerusalén Marcos dejará muy en claro la necesidad de una gracia para ver y entender.

En síntesis, lo que caracteriza a los discípulos según la expresión de sus emociones y sus pensamientos es su falta de entendimiento, su miedo y su falta de fe; notando que para Marcos justamente el miedo y la falta de entendimiento son lo opuesto a la fe (cf. 4,40; 5,36). Podría decirse que el miedo a perder su bienestar les impide entender, los bloquea en su capacidad de comprensión, y esto mismo, les genera más temor. Sólo la fe confiada en Jesús los liberaría del miedo y les permitiría comprender²⁰.

De todo esto el discípulo/lector de Marcos debe aprender que el seguimiento implica esa adhesión confiada en Jesús que es la fe y que sólo a través de la misma llegará a entender el misterio del Reino anunciado por Jesús. Y también debe aprender que la comprensión interior del Reino es esencial para ser discípulo de Cristo. Si no se ingresa por

²⁰ Cf. D. Rhoads - J. Dewey - D. Michie, *Marcos como relato*, 171-173.

la fe en la comprensión del misterio del Reino, se permanece fuera del discipulado. Como señala Martini²¹, esta es la finalidad de toda la catequesis catecumenal de Marcos, el hacer pasar de una situación "de afuera", donde los signos del Reino permanecen enigmáticos y no se alcanza a comprender su sustancia; a una situación "de dentro" que implica una 'inmersión' o participación interior en el misterio del Reino que se hace presente en y por Jesús.

De todos modos, esta primera parte del evangelio de Marcos concluye con una importante confesión de fe: Pedro, en nombre de los doce, reconoce a Jesús como el Mesías (8,27-29). Aquí los discípulos, representados por Pedro, dan muestras de haber entendido algo importante y en esto se distinguen del resto, de los de afuera. Esta confesión tiene el valor de la aprobación de un ciclo lectivo, de haber alcanzado satisfactoriamente una etapa prevista. Pero hay que pasar a la siguiente, la del camino hacia Jerusalén.

2.2. Segunda parte del relato: el viaje a Jerusalén

Inmediatamente después de la confesión de Pedro, Jesús comienza a enseñarles cuál será el destino del Mesías: tenemos el primer anuncio de la pasión (8,31-32). Entonces Pedro, otra vez representando al grupo, pone de relieve su rechazo y hasta su escándalo ante el camino de la cruz. El reproche de Jesús, que lo llama ahora Satanás y le manda volver a ubicarse detrás de Él, nos revela la causa profunda de la incomprensión de los discípulos: "tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres" (8,33).

Entonces Jesús realiza un segundo llamado "a la multitud junto con sus discípulos" (8,34a) presentando el camino de la cruz como paso obligado para todo el que quiera seguirlo (8,34b). Ahora la llamada es a seguirlo por el camino de la cruz. Es un momento clave, de seria opción, por cuanto para seguir siendo discípulo hay que dejarse a sí mismo, a los propios proyectos de realización y salvación personal (8,35-37) y aceptar perder la aceptación social por parte de la "generación adúltera y pecadora" (8,38).

A lo largo del camino a Jerusalén la 'desconexión' entre el modo de pensar y de valorar de Jesús y el de los discípulos aumenta. Ante los otros dos anuncios de la pasión (9,31 y 10,33-34) la reacción de los discípulos sigue estando en el plano meramente humano revelando un corazón mezquino: discuten sobre quien era el más grande (9,33-34); y Santiago y Juan quieren asegurarse los puestos de honor (10,35-40). El texto nos dice claramente luego del segundo anuncio de la pasión que "los discípulos no comprendían esto y temían hacerle preguntas" (9,32). Tampoco entienden la firme postura de Jesús en contra del divorcio, por lo que vuelven a preguntarle cuando regresaron a la casa (10,10-11). Igualmente se sorprenden mucho de que Jesús presente la riqueza como un obstáculo para entrar en el Reino al punto de considerar como imposible la misma salvación (10,23-26).

A este conflicto de valoración habría que sumarle actitudes contrarias al estilo de Jesús como la intolerancia ante uno que expulsaba demonios en el nombre de Jesús y no es del grupo (9,38-40) o el ahuyentar a los niños que la gente acercaba a Jesús (10,13-16).

También durante el camino los discípulos, con cierta presunción en ausencia de Jesús, quieren realizar un exorcismo y fracasan. Teniendo en cuenta las palabras de Jesús en esta

²¹ Cf. C. M. Martini, *Evangelio y Comunidad Cristiana*, 26-27.

escena puede deducirse que el motivo del fracaso de los discípulos es su falta de fe y de oración (9,14-29).

Así, a medida que se van acercando a Jerusalén el evangelio nos señala que Jesús se adelantaba a sus discípulos y que ellos experimentan resistencia en seguirlo pues sus sentimientos eran una mezcla de asombro y de miedo (10,32; cf. 1,27; 4,41; 6,50; 9,32; 10,24).

La novedad cristológica de esta segunda parte del evangelio es que Jesús se presenta como un Mesías sufriente. Su misión la llevará a cabo a través del dolor, del sufrimiento y de la muerte. Esto explica la insistencia en los anuncios de su pasión a los discípulos, que no entienden. La pasión indica un fracaso real aunque no definitivo; el rechazo por parte de su propio pueblo Israel. Pero este camino de la cruz termina bien, termina en la gloria del Padre, tal como lo anticipa en la transfiguración (9,7).

A esta nueva revelación de la identidad de Cristo le sigue en 8,34-38 una segunda llamada de Jesús al seguimiento que aporta novedades esenciales. En primer lugar incluye a los discípulos y a la multitud, por tanto es abierta a todos los que quieran seguirlo. En segundo término es una llamada a la renuncia a sí mismos como expresión de la aceptación del camino de la cruz. Vale decir que en un primer momento lo propio del discípulo es estar con Jesús y predicar a Jesús. A esto hay que sumarle ahora el sufrir y morir por Jesús. También queda más en claro en este segundo llamado la opción libre del discípulo pues Jesús no les dirige en primer término el imperativo "sígueme" sino una oración en condicional: "Si alguno quiere seguir detrás de mí..." (8,34) que termina, ahora sí, con el "sígueme". Este cambio de orden sugiere también que la renuncia está en función del seguimiento, es condición para el mismo. Además la invitación a la renuncia/seguimiento está motivada poniendo en claro las consecuencias de la opción que se tome: salvación o perdición. Dejarse, abandonarse a sí mismo para seguir a Jesús tiene como finalidad aquí la propia salvación.

En cuanto a la respuesta de los discípulos, el relato nos muestra como su seguimiento de Jesús está obstaculizado por la ceguera humana, por la falta de una visión de fe ante el misterio de la cruz. Tal la reacción de los discípulos ante los tres anuncios de la pasión en 8,32ss; 9,32ss; 10,35-41.

Al mismo tiempo es en esta sección donde aparece con claridad que la raíz de esta incomprensión de los discípulos está en el choque entre la novedad del Reino que busca instaurar Jesús y los intereses meramente humanos. Mientras ellos buscan la gloria, Jesús les piden que sean los últimos; mientras ellos entienden el poder en términos de dominio, Jesús lo entiende como servicio; mientras ellos buscan su propia seguridad y bienestar, Jesús les habla de perderse a sí mismos, de renunciar a la búsqueda individualista del propio interés.

Y junto a esta *no comprensión* también aparece como sentimiento dominante en los discípulos el miedo. Pero ahora es claramente el miedo al sufrimiento lo que los lleva a no preguntar, a hacer, en cierto modo, una negación del horizonte de la cruz anunciado por Jesús: "los discípulos no comprendían esto y temían hacerlo preguntas" (9,32). Incluso el relato de Marcos nos sugiere que Jesús se da cuenta de que "los que lo seguían tenían miedo" (10,32), pero lo que hace es repetirles por tercera vez lo que iba a sucederle en Jerusalén: su muerte y su resurrección (10,33-34).

Ante esta situación es evidente la necesidad de una verdadera "conversión intelectual" por parte de los discípulos. En este sentido el Card. Martini opina que la experiencia religiosa fundamental que propone Marcos como evangelio de los catecúmenos es la conversión, pero

entendida aquí no tanto como cambio moral sino como cambio de mentalidad (*metánoia*). Así lo expresa: "Se exige que el catecúmeno llegue a una inversión de sus ideas, a un cambio de horizonte, a una "conversión". Se espera una verdadera transformación del sujeto y de su mundo. El que antes estaba centrado en sí mismo o fijado en una serie de pseudos-valores incluso de tipo religioso, ahora tiene que tomar claramente posición a favor del Dios revelado en Jesucristo²²".

Llegados a este momento, la trama del relato evidencia la contraposición entre las expectativas y exigencias de Jesús y la incapacidad de una respuesta satisfactoria por parte de los discípulos. La salida para este conflicto aparentemente insoluble la encontramos en el mismo relato evangélico si consideramos esta segunda parte del mismo en su conjunto (8,27-10,52).

En efecto, el tema dominante de esta sección es el del *camino* (*hodós* aparece en 8,27; 9,33.34; 10,17.32.46.52). Directamente vinculado con el tema del camino está el del '*seguir a Jesús*', (el verbo *akolouzein* referido a Jesús está presente en 8,34; 9,38; 10,21.28.32.52). Y justamente esta sección del camino concluye con la curación del mendigo ciego Bartimeo (10,46-52), que hace inclusión con la curación del ciego de Betsaida (8,22-26) que está antes de su inicio. Estas curaciones de ciegos tienen un valor simbólico y muestran la auténtica necesidad de que Jesús cure la ceguera, abra los ojos y permita comprender la identidad de Jesús y aceptar seguir por el camino de la cruz.

Especialmente significativa es la escena de Jesús y el ciego Bartimeo pues no hay aquí ningún gesto de curación (cf. 8,23.25; Mt 20,33-34) sino sólo la referencia a la fe que salva. Esto indica que se trata de algo más que recobrar la vista física, se trata del acceso a Jesús y de una unión personal a Él por la fe. El final del relato confirma este sentido profundo: "*Enseguida comenzó a ver y lo siguió por el camino*". El ciego se convirtió en seguidor de Jesús, es decir en discípulo (hay elementos comunes con 1,16-20); y el camino que inicia acompañando a Jesús es el de la pasión. Esta es la preocupación de Marcos, presentarnos una salida al obstáculo que el camino de la cruz representa para todo discípulo de Jesús. Es necesario pedirle a Jesús con fe: "Maestro, que yo pueda ver" (10,51).

De hecho las experiencias vividas por los discípulos junto a Jesús a lo largo del camino les han permitido "ver" lo suficiente como para seguir con Él hasta Jerusalén, aún sospechando lo que allí les esperaba. No han perdido el miedo, por ahora sólo lo han superado. Veremos que pasa en Jerusalén.

2.3. Tercera parte del relato: en Jerusalén

Llegado a Jerusalén Jesús tiene varios encuentros con sus adversarios con quienes discute, mientras que la relación con sus discípulos pasa a un segundo plano aunque siempre están con Él (capítulos 11-12). Solamente ante la vista de la higuera maldecida y ahora seca Pedro se atreve a comentárselo a Jesús. Entonces los discípulos reciben una exhortación a tener fe en Dios, la cual debe manifestarse en la confianza con la que pidan algo al Padre en la oración (11,12-14.20-25).

Luego, en distintas situaciones en torno al Templo Jesús vuelve a la dialogar con sus discípulos. Así, ante la abundante limosna de los ricos comparada con las dos monedas de la humilde viuda en la sala del tesoro, reciben la enseñanza sobre el criterio de valoración que tiene Jesús, quien no mira la apariencia ni la cantidad, sino la totalidad de la entrega (12,41-44). También son los discípulos los receptores del discurso escatológico de Mc 13.

²² "Iniciación cristiana y teología fundamental", en R. Latourelle-G. O'Collins (Ed.), *Problemas y Perspectivas de la Teología Fundamental*, 98

Un cierto protagonismo le concede el relato a "Judas Isacariote", precisando que se trata de "uno de los Doce", quien arregla con los sumos sacerdotes la entrega de Jesús (14,10-11). Y será Jesús mismo quien anunciará esta traición antes de la cena resaltando también que el traidor "es uno de los Doce, uno que se sirve de la misma fuente que Yo" (14,20; cf. 14,43).

Destacan antes de la pasión dos momentos de intimidad y de revelación entre Jesús y sus discípulos. En primer lugar la última cena (14,22-25) donde Jesús les revela el sentido sacrificial y expiatorio de su muerte. En segundo lugar está la escena del monte de los Olivos que sigue a la cena (14,32-42). Aquí Jesús les profetiza su dispersión, mientras que ellos hacen profesión de lealtad. Sus palabras son valientes, pero sus gestos son de fragilidad: no son capaces de velar y cuando llegan los soldados "todos lo abandonaron y huyeron" (14,50).

Durante el proceso ante el Sanedrín reaparece Pedro, quien "lo siguió de lejos" (14,54) y quien con su triple negación antes del segundo canto del gallo (14,66-72) no ha hecho otra cosa que cumplir lo que Jesús le había preanunciado. Interesa notar que en la primera vez Pedro niega uno de los rasgos esenciales del discipulado: estar con Jesús (*metà toū* en 14,67 paralelo del *met' autoū* de 3,14b). Las otras dos veces niega pertenecer al grupo (uno de ellos). Entonces Pedro recuerda y llora.

Luego los discípulos desaparecen todos de escena. Será el final canónico quien los regrese.

En esta última parte del evangelio los discípulos de Jesús son claramente los *doce*, como se precisa en dos circunstancias (11,11; 14,17.20), y hasta el arresto de Jesús el rol de ellos sigue siendo el de *oyentes y testigos de los actos y palabras de Jesús*. Lo llamativo es que en el momento culminante de la pasión los discípulos son reemplazados en su rol de oyentes/testigos por algunas mujeres "que seguían a Jesús y lo habían servido en Galilea y muchas otras que habían subido con él a Jerusalén" (15,40-41). También son mujeres las que están *mirando* donde lo sepultan (15,47); las que van de madrugada al sepulcro y reciben allí el anuncio de la Resurrección y la misión de anunciar a los discípulos que deben ir a Galilea (16,1-7).

Analizando lo que los discípulos hacen y dicen durante la pasión podemos notar que se sienten demasiado seguros de su propia capacidad para ser fieles y leales a Jesús hasta la muerte. Vale citar la respuesta de Pedro al anuncio de su traición por parte de Jesús: "Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré" (14,31a); a la que adhiere todo el grupo: "Y todos decían lo mismo" (14,31b).

Esta disponibilidad al martirio contrasta claramente con la escena que sigue, pues en Getsemaní no son capaces de velar ni siquiera una hora (14,37). La mejor descripción de la situación de los discípulos nos la da en esta escena el mismo Jesús: "el espíritu está dispuesto pero la carne es débil" (14,38). Vale decir que no son concientes de su propia debilidad humana. Ante la proximidad de la muerte el instinto de salvar la propia vida prevalece. Y esta conciencia de la propia fragilidad sólo pueden aprenderla del fracaso, de la huida cobarde ante la cruz. Entonces recordarán que Jesús les había enseñado, con el ejemplo y con la palabra, cuál es el único camino o medio para superar el miedo a la muerte: la oración al Abba-Padre (14,36.38).

En realidad los discípulos no están contra Jesús, salvo Judas, sino que no han podido permanecer con Él. La cruz terminó por apartarlos del seguimiento del Maestro y Señor. Se aplica a ellos lo de la semilla que cae en terreno pedregoso: "son los que, al escuchar la Palabra, la reciben enseguida con alegría; pero no tienen raíces, sino que son inconstantes y, en cuanto sobreviene la tribulación o la persecución a causa de la Palabra, inmediatamente sucumben" (4,16-17).

2.4. Los dos finales del relato: de vuelta a Galilea

No ha dejado de llamar la atención de los estudiosos la brevedad con que trata Marcos el tema de la resurrección de Jesús, pues se le atribuyen al evangelista sólo 8 versículos (16,1-8) mientras que la perícopa siguiente (16,9-20) se considera un añadido eclesial posterior (final canónico). Pero como bien dice el Card. Martini²³, hay que tener presente que toda la iniciación catecumenal que hace Marcos presupone un Jesús Resucitado, vivo y presente porque es el Hijo de Dios (1,1).

El final del evangelio del propio Marcos sugiere una nueva llamada a los discípulos que les debe llegar por boca de las mujeres: "Vayan ahora a decir a sus discípulos y a Pedro que irá antes que ustedes a Galilea; allí lo verán, cómo se lo había dicho" (16,7). Se refiere a lo anunciado en 14,28: "Después que yo resucite, iré antes que ustedes a Galilea". Es de notar que tanto en 14,28 como en 16,7 se utiliza el verbo *proágō*, ir por delante, adelantarse, que aparece también en 10,32: "Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús *marchaba delante de ellos*". Se hace referencia entonces a Jesús, ahora Resucitado, que va delante para que lo sigan hasta Galilea. Se trata de una nueva con-vocación hecha a la comunidad de los discípulos a quienes toca ahora revivir como protagonistas la experiencia de Galilea, es decir, estar con Jesús y misionar junto con Él. Ir a Galilea significaría entonces volver a empezar, reconstruir la comunidad de vida de los discípulos con Jesús, ahora Resucitado, a quien verán. Y siendo Galilea el territorio de Israel más abierto a los paganos podemos suponer que el reunir a sus discípulos/apóstoles allí tendría como finalidad la evangelización de los gentiles.

A nivel narrativo esta orden de volver a Galilea para ver a Jesús sería una invitación hecha al lector para que vuelva leer todo el evangelio desde la nueva luz que brota de la Resurrección de Jesús. Al mismo tiempo, dado que Galilea era el lugar donde los discípulos vivían y trabajaban, se pide al catecúmeno que ejercite su fe para descubrir a Jesús presente en su experiencia cotidiana.

Ahora bien, el evangelio termina diciendo que las mujeres, después de haber recibido el *kerigma*, "no dijeron nada a nadie porque tenían miedo" (16,8). La aproximación narrativa sugiere que este final sin resolver es una invitación hecha al lector para que complete el relato. Los apóstoles huyeron y la mujeres no hablan por miedo, toca al lector la misión de proclamar que ha resucitado²⁴.

En el final canónico (16,9-20) se nos ofrece un resumen de la caracterización de los discípulos a lo largo de todo el evangelio: "los que siempre lo habían acompañado" (16,10); los que no terminan de creer pues tienen el corazón endurecido (16,11.13.14) y los que son enviados a anunciar el evangelio (16,15). Esta renovación del envío, con la novedad de la apertura universal del horizonte misionero más la presencia del Señor que los asiste y confirma la palabra de ellos con milagros, sería la explicitación eclesial de la invitación de volver a Galilea con que concluía Marcos su evangelio.

4. Dos conclusiones:

4.1. Para el lector/discípulo/catecúmeno

²³ Cf. *Evangelio y Comunidad Cristiana*, 109-111.

²⁴ D. Rhoads - J. Dewey - D. Michie, *Marcos como relato*, 197.

Llegados al final de nuestra lectura del relato evangélico podemos preguntarnos qué enseñanzas saca el catecúmeno, como lector implícito o ideal, de esta caracterización de los discípulos que ofrece Marcos. Nos lo dicen sintéticamente Rhoads-Dewey-Michie²⁵: "El narrador ha descrito a los discípulos como miedosos, con poca fe y con poco entendimiento, interesados en salvar sus vidas y preocupados con su propia importancia, pero, no obstante, dejando todo y perseverando en seguir a Jesús. Al final, sin embargo, fracasan en prepararse suficientemente para la muerte en la persecución. Pero el lector va a aprender del fallo de los discípulos. Si los discípulos pueden fallar una y otra vez y Jesús todavía promete ir delante de ellos, el lector puede hacer lo mismo. La idea central de esta presentación plantea preguntas a los lectores: "¿Qué harás cuando te enfrentes a la muerte por Jesús y la buena noticia? ¿Continuarás siendo fiel? ¿Y podrás, si fallas, comenzar de nuevo?".

En este sentido, el duro reproche de Jesús a los once por su incredulidad y obstinación (16,14) parece indicarnos que el camino de la fe sigue abierto hacia delante, que la vida del discípulo es un caminar en la fe que no puede detenerse, que siempre deben seguir luchando por creer.

4.2. Para el lector/discípulo/presbítero

Además del lector ideal o implícito está el lector real o explícito, en este caso un presbítero, que tiene como lectores ideales o implícitos a otros presbíteros. ¿Qué mensaje nos deja?

Ante todo que no es vana retórica afirmar que en la vida cristiana todos somos, de algún modo, siempre principiantes; siempre discípulos catecúmenos. Porque siempre tendremos necesidad de ser redimidos por Cristo. A veces nuestra misión de dispensadores de la gracia puede hacernos perder un poco la conciencia de la necesidad que tenemos de la misma. Pues por más que podamos dominar sus manifestaciones extremas, el mal sigue habitando en nuestro corazón. Esta lectura de Marcos es una invitación permanente a reconocer nuestra condición de "sanadores heridos" (Nouwen).

También nos puede ayudar la lectura de este evangelio de los catecúmenos porque en la vida cristiana tanto lo conquistado como lo regalado puede perderse y hay que volver a empezar. Así, habiendo pertenecido al grupo de los discípulos de Jesús podemos, mediante opciones y actitudes equivocadas, salirnos fuera, volver a pensar y sentir como los "de afuera". En términos actuales hablaríamos de la posibilidad de mundanizarse o secularizarse. El signo de esto será que ya no "sentimos con la Iglesia", sino que asumimos la posición de jueces y la criticamos como si estuviéramos fuera, como si no formáramos parte de ella. A esta altura de las circunstancias nuestra mente se convierte en la medida de todas las cosas, por lo que nuestras ideas se vuelven ideología.

En esta línea compartimos lo que dice el Card. Martini²⁶: "San Marcos supone que el punto de partida de la vida catecúmenal, y de la intimidad de los mismos Doce con Jesús, es reconocer una situación de ignorancia: de un no saber y no entender, de un no ver claramente [...] Es una actitud que debemos suscitar en nosotros cada vez que nos colocamos ante el

²⁵ D. Rhoads - J. Dewey - D. Michie, *Marcos como relato*, 178.

²⁶ *Evangelio y Comunidad Cristiana*, Bogotá 1985, 28.30.- Al respecto dicen D. Rhoads - J. Dewey - D. Michie, *Marcos como relato*, 171-172: "En Marcos, los errores de los discípulos constituyen el recurso literario fundamental con el que el narrador revela lo que Jesús considera necesario para ser discípulo suyo, pues muchas de las enseñanzas de Jesús se muestran durante la corrección de comportamientos y actitudes de los discípulos".

misterio de Dios. Porque solamente con esta actitud es con la que podemos ponernos en atentísima y humilde escucha, listos para percibir lo que Dios quiere comunicarnos".

A partir de los anuncios de la pasión, es casi evidente nuestra identificación con los sentimientos, actitudes e intereses de los discípulos. Ellos nos enseñan lo que hay en nuestro corazón, nuestros deseos profundos de ser más, de tener seguridad y bienestar. No podemos decir que sean pecado, pero sí son obstáculo para seguir a Jesús porque nos quedamos en nosotros mismos y con nuestro modo de pensar y valorar. Es sabido que lo que más cuesta dejar es a nosotros mismos; que la renuncia más ardua es la renuncia a sí mismo. Cuanta búsqueda de nosotros mismos se infiltra en nuestra actividad pastoral sin que nos demos cuenta de ello. Estamos muy ciegos ante la presencia de todas estas expectativas y deseos que brotan de nuestro corazón y pueden sacarnos del camino del Señor, demorar o detener nuestro seguimiento. Y siendo pastores, nuestros desvíos pueden llevar al desvío del pueblo. Más que todos debemos pedirle a Jesús: "Maestro que yo pueda ver".

El miedo, el rechazo y la huida ante "el escándalo de la cruz" es una reacción natural en nosotros como lo fue en los discípulos. El camino de Pedro es también nuestro itinerario espiritual. Qué importante es reconocerse débil y necesitado del Señor. Qué importante es llorar nuestras faltas y seguir confiando en Su amor misericordioso. Qué importante es saber que Jesús sigue confiando en nosotros y por ello vuelve a confiarnos su misión.

En breve, seguir a Jesús es una gracia para toda la vida y por ello siempre seremos discípulos del Maestro. Nuestro lugar es detrás de Él, donde nos lleve, aunque sea hasta la cruz, hasta dar la vida, como Él, por los demás. Entonces llegaremos a ser en verdad, discípulos y pastores.

Coincidencias y coordinación pastoral entre NMA y DPa.

Pbro. Enrique Eguía
Arquidiócesis de Buenos Aires

1. Introducción

La aparición de tantos documentos en la Iglesia parece abrumar a la hora de discernir opciones pastorales a largo plazo y sostenidas en el tiempo. Si uno quisiera ir al ritmo de las propuestas y reflexiones de cada uno de ellos puede terminar sintiendo que a cada momento debe incluir una novedad en la pastoral. O terminar haciendo un camino fragmentado sin logros profundos.

Además, los aportes se suman si uno tiene en cuenta los documentos de la Iglesia universal, latinoamericana, argentina y las opciones diocesanas. La falta de tiempo y de costumbre para la lectura y la reflexión nos pone más lejos todavía de poder descubrir las prioridades que surgen en ellos y realizar una síntesis necesaria para concretarla en caminos pastorales.

Esta sensación podemos tenerla con las propuestas, en pocos años, que aparecen en el conjunto de documentos que forman *Novo Millenio Ineunte* (2001) – *Navega Mar Adentro* (2003) – *Documento de Participación* (2005) – *Deus est Caritas* (2006)²⁷.

En seis años nos hemos encontrado con una Carta Apostólica, que quiere ofrecer un "camino programático" para el Tercer Milenio (no poca cosa). Un documento con orientaciones pastorales para la Iglesia en Argentina, que busca actualizar e impulsar una tarea de comunión pastoral iniciada 14 años antes (LPNE, 1989) siguiendo, ahora, el horizonte marcado por ese mismo "camino programático" para el tercer milenio. La convocatoria y animación pastoral para una V Conferencia General de Obispos de América Latina y el Caribe que quiere, como fruto, poner a la Iglesia latinoamericana en estado de misión, teniendo en cuenta los grandes desafíos culturales y sociales que marcan nuestra realidad. Y, finalmente, una Encíclica del Papa recientemente elegido, donde seguramente define algunos aspectos esenciales con los cuales él quiere marcar su pontificado y su servicio de Pastor de la Iglesia universal.

¿Qué hacer con tanto documento y prioridades propuestas? ¿Por dónde empiezo a la hora de pensar un camino pastoral para la parroquia o la diócesis? ¿Me dejo abrumar por la maraña de textos y termino, como acostumbramos, haciendo "lo que puedo" y "lo de siempre" ("*siempre se hizo así*")? Si a nosotros sacerdotes nos cuesta seguir el ritmo de producción de tantos documentos, ¿cómo hacemos para que los laicos los conozcan y nos ayuden, y nosotros a ellos, a pensar una pastoral orientada por sus propuestas?

Quedan dos opciones: o rendirse de entrada, o buscar y discernir, con la ayuda del Espíritu, aquello que es común y que marca una tendencia que se va enriqueciendo con cada documento. Es decir, no pensar que cada documento es un intento aislado de instalar un tema nuevo, sino, más bien, un intento de enriquecer desde distintas perspectivas un tema común que se percibe como prioritario para nuestro tiempo y nuestra cultura. Allí, en lo común, en lo que unifica sin perder la riqueza de la diversidad, es donde encontraremos el soplo del Espíritu, que como brisa suave nos va indicando dónde poner el acento para evangelizar el mundo de hoy.

²⁷ De aquí en más citaremos de la siguiente manera: NMI, NMA, DPa, DeC.

2. NMI, el marco común para las coincidencias pastorales.

Juan Pablo II propone en NMI un camino programático²⁸ para el tercer milenio. Por eso, sin duda, NMI nos da el marco desde el cual debemos leer el resto de los documentos. Podríamos decir que NMA, DPa y DeC nos ayudan a encontrar matices, hacer opciones y enriquecer la propuesta original de un camino programático pastoral.

Es interesante que Juan Pablo II utilice un lenguaje que hace referencia a lo organizacional o a la gestión: él habla de programa o camino programático. Pero es cierto que no es en orden a una gestión meramente organizacional, sino a un programa de santidad, donde la prioridad la tiene la Gracia. Este programa de santidad nace en la contemplación del rostro de Cristo y se extiende, se encarna y concreta en una "espiritualidad de comunión" que implica reconocer el Don de Dios que "habita" en el corazón del hermano y se expresa en su rostro²⁹. El mismo acto contemplativo del rostro de Cristo es el que se necesita ahora, al contemplar el "rostro de mi hermano" para descubrir el Don con que Dios lo enriquece y me enriquece.³⁰

Aparece entonces un camino interesante de "espiritualidad en la acción". El encuentro con mi hermano es una oportunidad de crecer para encontrarme con el Don de Dios. Al vincularme con los demás yo me vinculo con el resplandor de Trinidad que habite en el otro. Por lo tanto toda relación o vínculo pasa a ser un "lugar" de encuentro con Cristo. La "espiritualidad de comunión" propone entonces "evangelizar los vínculos", transformando toda relación con mis hermanos una oportunidad evangelizadora. En esto Juan Pablo II se detiene proponiendo caminos concretos.³¹

No hay duda que esta propuesta es totalmente oportuna ya que Juan Pablo II soñaba con un nuevo milenio que guiara a la humanidad por caminos de paz y justicia. Los acontecimientos de muertes y guerras inmediatos al comienzo del milenio (los atentados a las Torres Gemelas y a las estaciones de tren de Atocha, España, y la guerra en Irak), sin embargo, no lo llevaron a deponer este horizonte evangelizador, al contrario lo confirma demostrando que hoy más que nunca es necesario transformar los vínculos humanos de odio,

²⁸ NMI n° 42: "Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, queridos hermanos y hermanas, nuestra *programación pastoral* se inspirará en el « mandamiento nuevo » que él nos dio." "Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido *empeño programático*, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, es el de *la comunión (koinonía)*, que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia."

Es interesante la mención que hace la Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine* (por el año de la Eucaristía) del 2004, cuando el mismo Juan Pablo II en el n° 8 hace referencia al objetivo buscado en NMI: "La herencia del Gran Jubileo se recogió en cierto modo en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este documento *de carácter programático* sugerí una perspectiva de compromiso pastoral basado en la contemplación del rostro de Cristo, en el marco de una pedagogía eclesial capaz de aspirar a un «alto grado» de santidad, al que se llega especialmente mediante el arte de la oración."

²⁹ NMI n° 43: "Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión...*"; "significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el *rostro de los hermanos* que están a nuestro lado."

³⁰ NMI n° 43: "Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: *un « don para mí »*, además de ser *un don para el hermano* que lo ha recibido directamente."

³¹ NMI n° 43: "Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como « uno que me pertenece », para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. En fin, espiritualidad de la comunión es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga 6,2*) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias."

guerra, injusticia y corrupción³². Los vínculos y las relaciones entre los hombres deben ser evangelizados para que sean canales de gracia y de amor.

3. NMA: Espiritualidad de comunión en la perspectiva socio-política argentina.

a. La Iglesia argentina responde a una nueva situación político-social

Cuando Juan Pablo II escribe NMI en Argentina vivíamos tiempos de conmoción y crisis social y política. Esta crisis se expresó especialmente en la toma de conciencia de que en nuestra sociedad se habían quebrado todos los vínculos de confianza para poder organizarse en paz y justicia.

Cae el vínculo con las clases dirigentes en el "que se vayan todos", se quiebra el vínculo con las instituciones bancarias, absorbiendo los ahorros de la gente y más aún, lo que tenían para vivir día a día, a través de las limitaciones del "corralito" y la "bancarización". La falta de trabajo provoca crisis en las relaciones laborales y llegan hasta las familias. Ya no hay diálogo social, todo es reclamo y para ser escuchados cualquier medio se puede usar (cortes de calle, cacerolazos, piquetes, etc...)

Son muchos los hombres que al quedarse sin trabajo tiene que modificar el rol en el seno de la familia, siendo en muchos casos la mujer quien lleva adelante el mantenimiento del hogar. La falta de trabajo trae consigo la pérdida de la autovaloración y lleva inevitablemente el reproche del cónyuge. Los vínculos familiares se tornan en muchos casos difíciles y muchas familias se quiebran debido a las nuevas dificultades económicas.

¿Qué puede hacer la Iglesia en estas circunstancias? ¿De qué manera el evangelio se hizo presente en una situación así? Naturalmente la Iglesia, a través de sus parroquias, capillas, laicos, consagrados/as, sacerdotes y obispos buscaron recomponer los vínculos perdidos. Sin relaciones de confianza para buscar el bien común era imposible reconstruir la Nación.

Era necesario que la opción de la Iglesia en Argentina fuera la de reconstruir los vínculos. Y estos en todos sus ámbitos: sociales, políticos, laborales y fundamentalmente familiares.

NMA hay que leerlo desde esta perspectiva. La iglesia en Argentina reconoce que de todas sus acciones pastorales debe priorizar la de "evangelizar los vínculos". Por eso toma el marco programático pastoral de NMI y lo adecua, lo adapta y lo ubica en la realidad argentina. La continuidad en el tiempo del llamado "Diálogo Argentino", más allá de la inicial convocatoria, en plena crisis, del presidente Duhalde, con el asesoramiento de la ONU, es un signo del camino elegido.

Podemos decir entonces que NMA no es un intento aislado de propuesta pastoral, sino la continuidad y la acentuación de matices necesarios para evangelizar la realidad argentina a partir del marco referencial dado por Juan Pablo II para el tercer milenio.

³² Cfr. Carta apostólica *Mane Nobiscum Domine* (octubre 2004), n° 6: "Consideré que esta ocasión histórica (el *Gran Jubileo del Año 2000*) se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así **un panorama que, junto con perspectivas alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre** que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba **muy convencido —y lo estoy todavía, ¡más que nunca!**— de trabajar «a largo plazo» para la humanidad."

b. NMA en la pastoral argentina

Pero ¿cuál fue el camino que hizo NMA hasta el momento? No olvidemos que NMA intenta ser una continuidad de Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización (1989) y por lo tanto ser un instrumento de acciones en comunión para la Iglesia en Argentina.

En primer lugar cabe destacar que, si bien el documento no es conocido ampliamente en todo su contenido, sin embargo marcó a muchas comunidades y a la reflexión teológico-pastoral a partir de un tema: la *espiritualidad de comunión*. El capítulo 1, “*El Espíritu que nos anima*” y los números 83 en adelante, bajo el título “*Hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión*”, fueron trabajados en asambleas parroquiales, encuentros diocesanos, retiros para el clero en distintas diócesis, etc.

De esta manera se fortaleció en la Iglesia un camino que buscó acentuar un estilo o espíritu común, necesario en las comunidades, pero que no se reflejó inmediatamente en acciones comunes. Fue naturalmente más accesible encontrar la comunión en la búsqueda de un estilo o espiritualidad, que encontrar la comunión en acciones prioritarias.

Hay que tener en cuenta que el objetivo principal de NMA no es proponer acciones sino criterios pastorales comunes previos a la realización de cualquier acción. Los criterios son principios orientadores de las acciones que hemos de realizar, y definen un estilo y modo concreto de actuar. En NMA están desarrollados cuatro criterios, propuestos en el Capítulo 4 (Pastoral ordinaria y orgánica. Un camino integral de santidad. Todos sujetos y destinatarios de la tarea evangelizadora. Un itinerario formativo gradual)

Si bien es positivo que el documento haya impactado desde una espiritualidad previa a la realización de acciones (como lo pide también Juan Pablo II en NMI, 43, y lo deja en claro NMA 84) sin embargo es tiempo que esta espiritualidad, desde criterios pastorales comunes, se encarne en acciones concretas que la expresen y la enriquezcan.

El peligro es que crezca una imagen de Iglesia que no tiene proyectos propios, que navega, pero no “mar adentro” sino “a la deriva”, y que sólo se expresa contestando cuestionamientos que surgen en los MCS. Una Iglesia que no mira, ni piensa a largo plazo, sino que está pendiente de la respuesta inmediata a las urgencias del momento.

El desafío que plantea todavía NMA parece ser este: ¿Cómo hace la Iglesia en Argentina para encarnar en acciones una espiritualidad de comunión a partir de criterios pastorales comunes? ¿Cuáles tienen que ser las acciones prioritarias teniendo en cuenta un nuevo escenario político, social y cultural distinto al del 2001-2003? ¿Qué estrategias a largo plazo y sostenidas en el tiempo deben destacarse para que la Iglesia aparezca con proyectos propios y propuestas positivas según sus objetivos (proactivos) y no sólo respondiendo o reaccionando ante los cuestionamientos de turno que vienen del ámbito político social o de los MCS (reactivos)?

c. En la perspectiva de acciones concretas

Como vemos la perspectiva plasmada por Juan Pablo II en NMI toma forma y se concreta de manera diferente en NMA, de acuerdo a las necesidades pastorales propias. Además, la invitación a tener criterios comunes previos a la realización de las acciones y el capítulo llamado “*El Espíritu que nos anima*”, retoma el camino metodológico de NMI: de una espiritualidad a un camino programático.

La propuesta de tener criterios comunes previos a la realización de acciones apunta también a mirar la realidad de la Iglesia en Argentina donde se constata la dificultad para trabajar unidos. Hay que empezar también por “evangelizar los vínculos y las relaciones” en el interior de la misma Iglesia.

Las acciones destacadas centradas en la necesidad de ahondar la comunión, acompañar a todos al encuentro con Cristo y comprometerse más hondamente en la construcción del bien común sobre todo a través de la evangelización de la familia y el ámbito educativo buscan concretar este espíritu de comunión que marcan tanto NMI como el mismo NMA.

En todo esto notamos la natural vinculación que hay entre NMA y NMI. Lejos de ser un documento que se agrega al anterior proponiendo un camino alternativo o un tema nuevo de modo aislado, más bien encontramos que se va sosteniendo y afianzando un camino pastoral (“espiritualidad de comunión”) trazado en NMI pero enriquecido por la perspectiva propia de los desafíos para la Iglesia en Argentina.

4. La V Conferencia General del CELAM.

a. La V CG, ¿implica olvidar NMA?

La aparición del DPa para la V CG, y la invitación de trabajarlo en todas las comunidades y ámbitos eclesiales para realizar aportes, trajo cierta preocupación, al ver que todavía NMA no se había afianzado como documento guía y base de la tarea pastoral en la Argentina. Poner la prioridad ahora en DPa llevaría a darle “muerte natural” a nuestro NMA. El recuerdo de LPNE que tuvo que dar lugar a la novena de años y luego al trienio propuesto por Juan Pablo II para preparar y celebrar la llegada del tercer milenio, era el panorama posible de repetirse. ¿Pasaría lo mismo con NMA?

Sin embargo lejos de temer que un documento “sepulte” al otro debemos, una vez más, dejar que el Espíritu nos muestre los caminos que marcan una continuidad y un afianzamiento de algunas opciones de NMA inspiradas en NMI.

Tenemos que tener en cuenta que DPa y la V CG encuentran su inspiración en el último magisterio de Juan Pablo II y en la perspectiva nueva de Benedicto XVI. Así ha sido siempre con las CG. Todas se han inspirado en el magisterio pontificio del momento.

En Medellín (1968) se encarna para América Latina el magisterio del CV II y el de Pablo VI: *Gaudium et Spes* y *Populorum Progressio* son la fuente de reflexión y la inspiración de la Asamblea.

En Puebla (1979) el punto de partida es también el magisterio de Pablo VI: *Evangelii nuntiandi* y el desafío evangelizador en América Latina.

En Santo Domingo (1992) la celebración de los 500 años de la evangelización del continente, que ya en 1983 había llevado al pedido de Juan Pablo II de una “nueva evangelización..., en su ardor, en sus métodos y en su expresión”, marcan el tono de la reflexión y el tema de la Asamblea. Otra vez el magisterio pontificio ilumina el encuentro.

Por eso no es difícil pensar que con La V CG sucederá lo mismo. NMI, considerado el testamento pastoral de Juan Pablo II estará como telón de fondo desde una doble perspectiva: una eclesiología de comunión y una espiritualidad de comunión, enmarcada en un nuevo contexto cultural, la globalización.

Entonces, si NMA y la V CG surgen de la misma fuente o tienen como fondo el mismo magisterio pastoral, habrá que ir recorriendo el camino de preparación a la misma de la mano de NMA. Una vez más, la V CG no es un quiebre para la pastoral en la Argentina, no es un obstáculo que interrumpe un camino que todavía se está iniciando con NMA, no es tampoco un “enemigo” de NMA que lo va hacer olvidar, es por el contrario una nueva oportunidad para enriquecer las opciones asumidas y darles forma definitiva con el agregado

de algunos matices, entre ellos dos fundamentales: la perspectiva del agente evangelizador (“discípulos y misioneros”) y el compromiso a un estado de *misión permanente*.

b. Coincidencias pastorales entre NMA y DPa

Es interesante encontrar las coincidencias que hay entre NMA y el DPa para que veamos que es posible entenderlos como aspectos enriquecedores de un mismo camino.

En el DPa encontramos los temas de NMA, que pueden darle continuidad a las opciones de la Iglesia en Argentina y al mismo tiempo enriquecerlas. A primera vista se puede decir que los temas de la V CG no se contradicen ni se oponen a NMA, por lo que pueden unirse y enriquecerse.

Teniendo en cuenta las acciones propuestas a lo largo de NMA y de otros documentos del Episcopado argentino, y sus coincidencias con el DPa, podemos hacer una síntesis presentando cuatro grandes núcleos, y una invitación misionera propuesta por el CELAM:

I. Hacia una mayor comunión eclesial.

- *NMA, N° 71: Para lograrlo (una pastoral orgánica) se requiere **activar, potenciar y enriquecer las estructuras de diálogo y participación en cada Iglesia particular, que produzcan planes donde todos se sientan incorporados**. Destacamos aquellos organismos eclesiales previstos en el derecho: los Consejos Presbiterales, los Consejos Pastorales y de Asuntos Económicos, y demás estructuras constituidas para favorecer la actividad pastoral. Con el auxilio de Asambleas del pueblo de Dios y, también, mediante oportunos Sínodos diocesanos, u otras formas de consulta y participación, deseamos buscar el proyecto de Dios para nuestras Iglesias particulares. Invitamos a todas las fuerzas apostólicas: parroquias, comunidades religiosas, colegios y universidades, instituciones, asociaciones, movimientos, grupos y organizaciones laicales, a sentirse llamadas a hacer su aporte, integrándose activamente en la pastoral orgánica de la diócesis, desde su identidad y función específicas.*
- Agregamos aquí la necesidad de trabajar en una pastoral vocacional en orden al ministerio sacerdotal. Y también la tarea de acompañamiento a los presbiterios, con caminos de Formación Permanente que tengan en cuenta las diversas áreas de la vida sacerdotal.
- *NMA, N° 72: Para asegurar la vitalidad de esta pastoral ordinaria y orgánica sobre todo hemos de **retomar con energía el proceso de la reforma y conversión de nuestras parroquias**.*
- *NMA, N° 87: Es necesario, además, **crecer en el sentido de pertenencia a la Iglesia particular** con sus diversas estructuras de comunión organizada, donde se realiza y manifiesta la Iglesia universal. Para adelantar en este camino de comunión eclesial, es imprescindible una sabia planificación y programación pastoral que sume, integre y brinde orientación coherente a tantos esfuerzos que se vienen realizando en las Diócesis del País. Del mismo modo, aspiramos también a crecer en la pastoral orgánica tanto a nivel regional como nacional.*
- El Capítulo I del DPa “*El anhelo de felicidad, de verdad, de fraternidad y de paz*” presenta los anhelos más profundos del corazón del humano, entre ellos el de una verdadera “comunión” para crear comunidades fraternas (N° 17). También se menciona como signo de esperanza en el Capítulo II, N° 34, n, “*el esfuerzo que hacen muchas Iglesias particulares por despertar en los pastores y en los laicos el espíritu de **comunión, participación y corresponsabilidad**, manifestado en incontables*

comunidades eclesiales de base y en los ministerios laicales, como asimismo en la multiplicación de los consejos pastorales –diocesanos, parroquiales, sectoriales y de otras comunidades–, en los que los laicos asumen la misión de fortalecer la Iglesia en sus diferentes niveles.”

II. Itinerario catequístico gradual y permanente.

- *NMA, N° 79: Insistimos en la necesidad de una auténtica pedagogía de la santidad que la presente como un ideal atractivo, posible con la ayuda de la gracia, en cada momento de la existencia personal. Así se **promoverá un itinerario de formación permanente** para la maduración de la fe.*
- *NMA, N° 92: Ante esta realidad de fragilidad espiritual, cada vez más acentuada, tenemos que **poner un particular empeño para que, mediante un vigoroso anuncio del Evangelio, ningún bautizado quede sin completar su iniciación cristiana**, facilitando la preparación y el acceso a los sacramentos de la Confirmación, la Reconciliación y la Eucaristía.*
- *NMA, N° 97. a): Será necesario **implementar caminos de seguimiento evangelizador a los padres que llevan sus hijos a bautizar**, y afianzar las diversas formas de catequesis familiar.*
- *NMA, N° 97. b): Destacamos como **decisiva acción pastoral el procurar que ningún educando egrese de nuestras instituciones sin una conveniente cosmovisión cristiana: sin haber interiorizado un amor y una fe firmes en Jesucristo, junto a un activo sentido de participación y pertenencia a la Iglesia, unidas a un compromiso personal y solidario para construir una Patria de hermanos.***
- *NMA, N° 97. c): El itinerario catequístico ha de **impulsar la presencia de los laicos en la acción política y en las diversas estructuras de la vida social.***
- El tema de la V CG, “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. –Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida-.”, permite ubicar las propuestas de la V CG en relación con el compromiso de NMA hacia un **itinerario catequístico permanente**.

El Capítulo III, “Discípulos y misioneros de Jesucristo”, trata el tema ampliamente.

*N° 44: “Mientras mantenemos las grandes metas de las Conferencias Generales anteriores con relación a la Nueva Evangelización, vemos necesario dar un paso más y llegar con profundidad a la persona que se encuentra con el Señor, **llegar al sujeto que responderá a los grandes desafíos de nuestro tiempo.**”*

Y relaciona la necesaria comunión eclesial con la formación del discípulo. Dice el N° 69: “Una comunidad unida, sacramento de comunión con Dios y entre los hermanos, es normalmente la condición necesaria **para la formación del discípulo**. La maduración en el seguimiento de Jesús requiere de comunidades eclesiales que se esfuerzan cotidianamente, a partir de la renovación de la Nueva y Eterna Alianza en cada Eucaristía, en ser casa y escuela de comunión y solidaridad.”

III. Urgencia de una Pastoral Familiar orgánica.

- *NMA, N° 97. a): La Nueva Evangelización requiere destacar la centralidad de la familia y **desplegar una pastoral familiar** que sirva de ayuda en la fragilidad, a la vez que anime programas y proyectos en orden a una acción preventiva y educativa.*
- *NMA, N° 86: La espiritualidad de comunión requiere de espacios originales e instituciones creativas, donde se eduque en la convivencia humana, con un estilo cordial*

y respetuoso. En primer lugar, la casa de familia, cuando sus miembros viven la fe cristiana, se convierte en pequeña Iglesia doméstica. Por tanto, **una pastoral ingeniosa y oportuna, que anime a las familias a perseverar en su vocación educadora**, garantiza la mejor escuela para iniciar a los hombres en el arte superior de la comunión en la Iglesia y en la sociedad. Para esto, también la pequeña Iglesia doméstica, como la gran Iglesia, tiene necesidad de ser evangelizada continua e intensamente

- Resolución N° 11 de la 89ª Asamblea Plenaria. Estrategia evangelizadora: Se encomienda a la Comisión Episcopal de Pastoral Familiar que, convocando a quienes sea necesario (v.g. otras Comisiones Episcopales, peritos, etc.), **elabore una propuesta de estrategia evangelizadora a favor de la vida**, integrándola a la acción pastoral ordinaria de nuestras Iglesias particulares.

- “Familia, comunión de amor, tarea de todos”, 86ª Asamblea Plenaria, nov. 2003.

N° 5: Reconocemos, sin embargo, como comunidad eclesial y particularmente como pastores, las deficiencias en la atención y acompañamiento de las familias. Persuadidos de la inestimable importancia de la familia, **queremos subsanar esas deficiencias con una pastoral orgánica** que la revalorice, y en ello comprometer lo mejor de nuestros esfuerzos para atenderla y ayudarla siguiendo las orientaciones del documento "Navega mar adentro".

- En el Capítulo IV del DPa, “Al inicio del Tercer Milenio”, donde son mencionados los desafíos culturales, se presenta la tarea de trabajar por la familia como lugar natural de vínculos y relaciones auténticas.

N° 99: “Lentamente relacionamos la salud psicológica y espiritual de los hombres y de la sociedad con su entorno físico, social y espiritual. Difícil tarea, cuando las personas se encierran en su yo, y olvidan su naturaleza relacional. Tal vez por eso mismo, se comienza a promocionar **una auténtica “ecología humana”**. Percibimos que ella se hace del todo necesaria en **la familia**; más que nunca en esta hora en que muchas personas viven procurando tan sólo su propio bien y su autorrealización, sin desarrollar la gratuidad de ser un don para los demás. La familia sufre los embates más fuertes de la historia. No se le reconoce su imprescindible valor para los individuos y para la vida social y religiosa; si bien “la familia es una escuela del más rico humanismo” (GS 52). Es más, tampoco se le reconoce como fruto del matrimonio.”

IV. El bien común de la patria. Conocimiento y difusión de la DSI.

- NMA, N° 74: Por otra parte, todo camino integral de santificación implica un compromiso por el bien común social. Se trata de **presentar el anuncio de Jesucristo, Señor y Salvador, con valentía, audacia y ardor testimonial, integrando mejor en la acción pastoral la opción por los pobres, la promoción humana y la evangelización de la cultura**. Nunca hemos de disociar la santificación del cumplimiento de los compromisos sociales.
- NMA, N° 88: Un lugar privilegiado donde la Iglesia se hace casa y escuela de comunión es Caritas. Al unir en su acción, de un modo indisoluble y estable, las exigencias de la asistencia, la promoción y la evangelización, es la organización de la caridad eclesial que expresa de modo concreto el amor preferencial a los pobres y es agente de transformación en la sociedad. **En la medida que canalizamos nuestra solidaridad efectiva de modo orgánico e institucional, hacemos más cierta la expresión: «Caritas somos todos».**
- NMA, N° 97: c) Se requiere el **conocimiento y la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia**, inculcada en las nuevas circunstancias históricas del país, como uno de los

elementos constitutivos de la Nueva Evangelización. Existen, pero es necesario renovar los esfuerzos para multiplicar la organización de cursos, jornadas, publicaciones de diversos niveles, grupos de estudio y otras iniciativas prácticas, tendientes a la divulgación y conocimiento de la doctrina social.

- *Carta pastoral del Episcopado Argentino sobre La Doctrina Social de la Iglesia. “Una luz para reconstruir la Nación”³³. N° 5. “Queremos, simplemente, mostrar la organicidad de los principios y valores que sustentan esta Doctrina, y proponer a la reflexión algunas situaciones y cuestiones. Y ello para estimular a todos a estudiar la Doctrina Social de la Iglesia, analizar con su luz algunos aspectos de la situación del País, y, en conjunción con la propia ciencia y experiencia, aplicarla al momento presente. Y, de este modo, trabajando junto con todos los hombres de buena voluntad, encontrar caminos concretos que contribuyan a la reconstrucción del tejido social, afianzar el sentido de pertenencia a la Nación y acrecentar la conciencia de ser ciudadanos.”*
- En el DPa este tema es ampliamente trabajado en distintas partes. Lo menciona como un desafío del discípulo de Cristo en el capítulo III. Y también en el capítulo IV, en los desafíos de este Tercer Milenio dentro del marco del amanecer de una nueva época. Aquí aparecen mencionados: la globalización (n° 112-123), la persistencia de la pobreza (n° 126), las reformas educativas (n° 128), la crisis de las instituciones políticas de representación (n° 133), la corrupción pública y privada (n°135), la droga y el narcotráfico (n° 137), etc.

*N° 86: “Especial atención merecen los grupos que animan y deciden la dirección que toman nuestros países en materias de educación, de economía, de trabajo, de arte, de comunicaciones y de política: los así llamados **constructores de la sociedad**. Sobre todo ellos están llamados a desechar estructuras marcadas por el pecado y a trabajar por un nuevo orden social más justo, equitativo e incluyente.”*

V. Gran Misión Continental.

- DPa N° 173: *“Interesan asimismo todas las experiencias que puedan ayudarnos a impulsar **una Gran Misión continental** cuyo tema sea el de esta V Conferencia General. Ella quiere ser un paso decisivo de un proceso de vivificación y conversión, de comunión fraterna y de un vigoroso despertar misionero. La Iglesia de nuestros países quiere ser realmente y en todas las circunstancias una Familia de Dios misionera.”*

Para no multiplicar el vocabulario ya instalado, podemos sintetizar estos núcleos de acuerdo a las acciones destacadas de NMA en el Cap.V³⁴. Allí tenemos la invitación a ser casa y escuela de comunión, la necesidad de acompañar a todos bautizados al encuentro con Cristo y la construcción del bien común desde la perspectiva de la familia y la educación. A estas acciones destacadas de NMA habría que agregarle la invitación a un compromiso misionero.

5. La novedad propuesta por Benedicto XVI

³³ “La Doctrina Social de la Iglesia. Una luz para reconstruir la Nación.” *Carta pastoral del Episcopado Argentino*, 11 de noviembre de 2005.

³⁴ En el Cap. V “Acciones destacadas” se proponen tres: Hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión. Acompañar a todos los bautizados hacia el pleno encuentro con Jesucristo. Iglesia servidora para una sociedad responsable y justa.

En medio de este camino nos encontramos con la aparición de la primera Encíclica de Benedicto XVI. Aquí también nos podríamos asustar al pensar que surgirían propuestas distintas que llevaran el camino anterior a su término. Sin embargo el tema mismo de la Encíclica (“Dios es amor”) nos tranquiliza, ya que no hace otra cosa que acentuar y enmarcar más todavía las opciones pastorales de su predecesor poniéndolas en diálogo con la cultura y el mundo contemporáneo.

Una espiritualidad de comunión no es otra cosa que un camino para hacer visible la caridad como modo de vida. Si Juan Pablo II invitaba a mirar en el otro el don que Dios le regaló, Benedicto XVI agrega la necesidad de organizar la caridad como don que la Iglesia puede entregarle al mundo, dividido por discordias y guerras. Una caridad que no va contra el “eros” sino que se plenifica en el “ágape”.

Así es como debemos leer este documento. Nos ofrece el marco teológico para entrar en diálogo con el mundo cuyos vínculos y relaciones hay que sanar y evangelizar.

6. Conclusión.

Si al comenzar este escrito presentábamos la posible reacción frente a tantos documentos como un temor de perdernos en una maraña de textos y propuestas excluyentes unas de otras, que llevarían a una dispersión o fragmentación pastoral, hemos notado que hay un cauce unificador entre todos ellos. Allí está el Espíritu que nos debe impulsar. La actitud debe ser entonces enriquecer las opciones y propuestas con distintas perspectivas que profundizan el camino elegido.

La “espiritualidad de comunión”, parece ser el contenido unificador para este tiempo pastoral. Esto implica trabajar sobre los vínculos y relaciones rotas para crecer en mayor comunión familiar, eclesial, social y política, buscando recrear el bien común. Una espiritualidad de comunión que nace en la contemplación del rostro de Cristo y se hace programa pastoral, organizándose desde la caridad. Una espiritualidad de comunión que no cae en el riesgo de “mirarse el ombligo” porque está impulsada permanentemente hacia la misión en una doble perspectiva: como testimonio (“*miren como se aman*”) y como actitud (“*vayan por todo el mundo...*”). Una espiritualidad de comunión que necesita agentes evangelizadores que se sientan verdaderamente “discípulos y misioneros”.

Lejos de dispersarnos o fragmentarnos en distintas opciones pastorales los últimos documentos en su conjunto (NMI – NMA – DPa – DeC) nos ayudan a definir un camino pastoral para este tiempo y cultura actual.

“La formación permanente del presbítero en los primeros cinco años de ordenación, en clave del tema de la Vº Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe”

“Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”³⁵.

Pbro. Gustavo Zanchetta

I. Introducción

Con estas palabras, pronunciadas por el obispo en la liturgia de la ordenación sacerdotal³⁶, quiero iniciar esta reflexión sobre la formación permanente durante el primer quinquenio de vida ministerial enmarcándola en el espíritu de comunión eclesial que vivimos en esta preparación hacia la Vº Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

Considero que esa expresión de la liturgia de la Iglesia define con claridad el *itinerario* de la vida presbiteral en el cual, bajo la acción del Espíritu del Señor y su santa operación, vamos haciéndolo vida en el seno de la Iglesia, pueblo de Dios, desde donde se comprende y explica el sentido de nuestro ministerio (cfr. LG 10). Así, vamos *conformando* toda nuestra persona con el misterio de la cruz del Señor. Y por ello, la formación permanente la definiremos, en primera instancia, como aquel sendero que durante toda la vida hemos de recorrer los sacerdotes si queremos ser fieles al don y al misterio de nuestra propia vocación.

Precisamente el tema de la Vº Conferencia General de nuestros pastores nos motiva a que pensemos en profundidad la temática de la formación permanente de los presbíteros en clave de *discipulado* y de *misión*³⁷. Así pues, el Cardenal Francisco Errázuriz Ossa, presidente del CELAM, nos recuerda en la presentación del Documento de Participación que “somos discípulos y misioneros de Jesucristo cuando nuestro testimonio y nuestra misión evangelizadora se realiza verdaderamente por Él, con Él y en Él, que es nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida”³⁸.

Desde esta perspectiva, entonces, centrar la mirada en el primer quinquenio de vida presbiteral y reflexionar sobre lo que significa en concreto la formación permanente no será otra cosa que ir a la raíz misma de la vocación sacerdotal (cfr. PO 3). Allí convergen el llamado de Cristo Sacerdote y Pastor de su pueblo y la respuesta libre y generosa de los discípulos que han escuchado y han querido ser dóciles y disponibles porque han descubierto, como el Apóstol, que “nuestra capacidad viene de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una nueva Alianza, no de la letra, sino del Espíritu” (2Co 3,6).

Así pues, para ser fieles a esa primera inspiración del llamado de Dios, se nos pide a los sacerdotes latinoamericanos que en el contexto actual *reavivemos* el don recibido, como invita Pablo a Timoteo, y lo sepamos traducir en gestos y palabras que expresen nuestra caridad pastoral. Para ello, y poniéndonos en marcha hacia la Vº Conferencia General, se ve conveniente para la vida y ministerio del presbítero “profundizar todavía más el camino

³⁵ Ponencia presentada en el Seminario-Taller sobre el Presbiterado en América Latina. El mismo se llevó a cabo en Panamá, del 25 al 31 de marzo de 2006, organizado por el CELAM, en preparación a la Vº Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Brasil, 2007.

³⁶ Pontifical Romano I, Buenos Aires 2005², p. 123.

³⁷ CELAM, *Fichas de trabajo para suscitar aportes al Documento de Participación de la Vº CG*, Nº 17.

³⁸ CELAM, *Documento de preparación hacia la Vº Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, pp. 6-7, Buenos Aires 2005.

espiritual como discípulo y misionero de Jesucristo, para poder configurar su vida cada vez más al estilo y a las características de Jesús, el Señor y Maestro, que lavó los pies a sus discípulos (Jn 13,12-15)³⁹.

II. La formación permanente en los primeros cinco años de ministerio presbiteral⁴⁰

El Papa Juan Pablo II nos ha marcado en *Pastores dabo vobis* no sólo un itinerario a recorrer sino el espíritu mismo de la formación permanente en conformidad con lo que el Apóstol recomienda encarecidamente al discípulo: *No descuides el carisma que hay en ti, que se te comunica por intervención profética mediante la imposición de las manos del colegio de presbíteros. Ocupate de estas cosas; vive entregado a ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Vela por ti mismo y por la enseñanza; persevera en estas disposiciones, pues obrando así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen* (1Tim 4,14-16).

El apóstol pide a Timoteo que *reavive*, o sea, que vuelva a encender el don divino, como se hace con el fuego bajo las cenizas, en el sentido de acogerlo y vivirlo sin perder ni olvidar jamás aquella *novedad permanente* que es propia de todo don de Dios – que hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5) - , y, consiguientemente, vivirlo en su inmarcesible frescor y belleza originaria.

Pero este *reavivar* no es sólo el resultado de una tarea confiada a la responsabilidad personal de Timoteo, ni es sólo el resultado de un esfuerzo de su memoria y de su voluntad. Es el efecto de un dinamismo de la gracia, intrínseco al don de Dios: es Dios mismo, pues, el que reaviva su propio don, más aún, el que distribuye toda la extraordinaria riqueza de gracia y de responsabilidad que en él se encierran” (PDV 70).

De aquí surge lo que podríamos llamar una *actitud primaria* para abordar el tema de la formación permanente; la necesidad de considerar el valor de la misma a partir de la experiencia fundante de la propia vocación. Porque es desde las primeras resonancias del llamado de Dios, como hemos señalado precedentemente, donde se puede comprender con claridad un itinerario de vida que permanentemente requiere ser alimentado, renovado, revisado y ofrecido como don de Dios para todos los hombres.

La experiencia fundante es esa piedra de toque en la fe del discípulo donde se encuentra el cimiento que sustenta toda su vida ya que convergen en el mismo la gratuidad de la llamada, que es desafiante y prometedora, y la libre respuesta del hombre que se atreve a “dar razón de la esperanza” (1Pe 3,15).

También expresaba con claridad el Papa Juan Pablo II que no se puede concebir la formación permanente de los sacerdotes como un proceso cerrado en sí mismo sino en continua apertura a lo que el Espíritu de Dios va suscitando y a la vez exigiendo en el ejercicio del ministerio, y señala: “Los padres sinodales han expuesto la razón que muestra la necesidad de la formación permanente y que, al mismo tiempo, descubre su naturaleza profunda, considerándola como *fidelidad* al ministerio sacerdotal y como *proceso de continua conversión*. Es el Espíritu Santo, infundido con el sacramento, el que sostiene al presbítero en

³⁹ ibídem, N° 74.

⁴⁰ Esta etapa se ubica, generalmente, entre los 25 y los 35 años de edad. No abordaremos en este trabajo el caso particular de las llamadas “vocaciones adultas”, cuyo tratamiento exige algunas consideraciones especiales.

esta fidelidad y el que lo acompaña y estimula en este camino de conversión constante. El don del Espíritu Santo no excluye, sino que estimula la libertad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser. Es, pues, amor a Jesucristo y coherencia consigo mismo. Pero es también un acto de amor al pueblo de Dios, a cuyo servicio está puesto el sacerdote” (PDV 70).

Conviene, entonces, resaltar que el don y el misterio de la vida del presbítero se expresan y se comprenden desde la *caridad pastoral*, entendida como aquel *principio interior* y *virtud* que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor. Se trata de la participación de la misma caridad pastoral de Jesucristo: don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo deber y llamada a la respuesta libre y responsable del presbítero (cfr. PDV 23).

Como sugiere Mons. Juan María Uriarte, Obispo de San Sebastián y un gran animador de la formación permanente, “todo en la vida del presbítero está ordenado a la caridad pastoral. En otras palabras, las diversas opciones o actividades del presbítero deben constituir bien una condición previa para la caridad pastoral, bien una consecuencia de la caridad pastoral, bien un estímulo para la caridad pastoral, bien algo, que sea coherente con la caridad pastoral, bien, al menos algo positivamente compatible con la caridad pastoral. No puede haber nada en la vida de un presbítero que sea incompatible con la caridad pastoral”⁴¹.

Y entonces concluimos precisamente ubicando la formación permanente en íntima relación con este principio interior que se traduce como don y tarea ya que el “*alma* y la *forma* de la formación permanente del sacerdote es la *caridad pastoral*: el Espíritu Santo, que infunde la caridad pastoral, inicia y acompaña al sacerdote a conocer cada vez más profundamente el misterio de Cristo, insondable en su riqueza (cfr. Ef 3,14ss) y, consiguientemente, a conocer el misterio del sacerdocio cristiano. La misma caridad pastoral empuja al sacerdote a conocer cada vez más las esperanzas, necesidades, problemas, sensibilidad de los destinatarios de su ministerio, los cuales han de ser contemplados en sus situaciones personales concretas, familiares y sociales.

A todo esto tiende la formación permanente, entendida como **opción consciente y libre que impulse el dinamismo de la caridad pastoral** y del Espíritu Santo, que es su fuente primera y su alimento continuo” (PDV 70).

III. La continuidad entre formación inicial y permanente

Avanzando en nuestra reflexión se impone establecer esta relación integral entre formación inicial y permanente ya que ambas constituyen momentos de un mismo itinerario vocacional que, progresivamente, y no exento de dificultades, va *conformando* la identidad del presbítero en su totalidad. *Pastores dabo vobis* advierte que “precisamente porque la formación permanente es una continuación de la del seminario, su finalidad no puede ser una mera actitud, que podría decirse, *profesional*, conseguida mediante el aprendizaje de algunas técnicas pastorales nuevas. Debe ser más bien el **mantener vivo un proceso general e integral de continua maduración**, mediante la profundización, tanto de los diversos aspectos de la formación – humana, espiritual, intelectual y pastoral – como de su **específica orientación vital e íntima, a partir de la caridad pastoral y en relación con ella**” (PDV 71).

⁴¹ URIARTE, J. M., *Ministerio presbiteral y espiritualidad*, San Sebastián 2003⁵, p. 60.

Este proceso gradual y progresivo se refiere, naturalmente, a las cuatro dimensiones fundamentales de la vida del presbítero según nos orienta *Pastores dabo vobis*. A continuación nos detendremos a examinarlas a la luz de lo que venimos reflexionando sobre la formación permanente de los presbíteros jóvenes en América Latina en los encuentros de Pastoral Presbiteral promovidos por el Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM⁴².

III. 1. La dimensión humana de la formación sacerdotal

En su relación con la Diócesis y en concreto con las comunidades a las que ha sido enviado el neopresbítero, como así también con el obispo y el presbiterio, es necesario un conocimiento profundo y una serena aceptación de sí mismo que le permita y lo abra a comprender y aceptar a los demás, con una permanente actitud de apertura, escucha y diálogo con todos. Por eso, el sacerdote enriquece su propia humanidad y la hace más auténtica y transparente, en un creciente y apasionado amor al hombre (cfr. PDV 72).

En esta etapa primera de la vida ministerial es cuando se verifican con más claridad algunos pilares que marcarán al presbítero durante toda su vida, como son el entusiasmo, la sinceridad, la creatividad, la apertura, el equilibrio afectivo para vivir su vocación celibataria (cfr. PDV 29) y una gran capacidad para insertarse en la cultura de su tiempo y discernir las luces y sombras de la misma a la luz del Evangelio y la vida de la Iglesia (cfr. EN 19-20; EA 70). Es el inicio de una vida nueva, soñada, esperada y rezada, que empieza a hacerse realidad con toda su fuerza y energía.

También es cierto, y se ve con preocupación, que los primeros años de ministerio suelen, en muchos casos, estar marcados por una cierta inmadurez afectiva, un activismo desorganizado, poca capacidad para administrar el tiempo y una personalidad frágil y vulnerable ante las adversidades o las dificultades de la vida. A esto se suma la tendencia al autoritarismo en desmedro del trato amable y la capacidad de escuchar a los hermanos y dialogar con ellos.

III. 2. La formación del presbítero en su dimensión espiritual

Cuando se refiere a este punto, el Papa Juan Pablo II insiste sobre el valor de cuidar el don recibido ya que se trata del Espíritu de Dios que ha consagrado al sacerdote configurándolo con Jesucristo Cabeza y Pastor. Y esto trae como una consecuencia inmediata: ese vínculo intrínseco y misterioso debe ser asimilado y vivido de un modo personal. Esto implica plena conciencia y libertad de respuesta para vivir la comunión de amor que el Señor ha generado en el momento de la ordenación. Y esa respuesta de amor ha de traducirse en la asimilación, por parte del sacerdote, de los sentimientos y actitudes de Jesucristo (Flp 2,5). Al respecto, recuerda el Papa lo que decía San Carlos Borromeo a sus sacerdotes: “¿Ejerces la cura de almas? No olvides por eso el cuidado de ti mismo, y no te entregues a los demás hasta el punto de que no quede nada tuyo para ti mismo. Debes tener ciertamente presente a las almas, de las que eres pastor, pero sin olvidarte de ti mismo” (cfr. PDV 72).

Una mirada sobre lo que vamos viviendo en los últimos años nos permite afirmar que en el llamado *clero joven* hay una conciencia del don recibido y un deseo muy marcado de

⁴² Cfr. DEVYM - CELAM, *Reaviva el don de Dios*, Bogotá 2003, pp. 185-300.

compartirlo en forma entregada y generosa. No obstante también se verifica una notable falta de *mística* y una integración suficiente entre identidad sacerdotal y actividad pastoral, lo cual pone en tensión la vivencia y el ejercicio del ministerio.

Por ello, la formación permanente de los jóvenes presbíteros tiene delante de sí el desafío de ayudar a consolidar en ellos su identidad y misión a partir de una profunda interiorización de la palabra de Dios. Luego habrá que saber acompañar el desarrollo de la disponibilidad para el servicio, a la manera de Jesús, buscando una experiencia personal de Dios, a través de la oración. Esto consolidará sin dudas el ejercicio vivencial de la confianza en Dios y facilitará el aprendizaje continuo de vivir sencillamente, con capacidad de desprendimiento y espíritu misionero⁴³.

III. 3. La dimensión intelectual de la formación

Pastores dabo vobis señala en este punto que “la perseverancia en el estudio teológico resulta también necesaria para que el sacerdote pueda cumplir con fidelidad el ministerio de la Palabra, anunciándola sin titubeos ni ambigüedades, distinguiéndola de las simples opiniones humanas, aunque sean famosas y difundidas. Así podrá ponerse de verdad al servicio del pueblo de Dios, ayudándolo a dar razón de la esperanza cristiana a cuantos se la pidan (1Pe 3,15)” (PDV 72).

Al respecto se constata en nuestras Iglesias particulares un clero joven despierto y con buena capacidad de diálogo con los hombres y la cultura de hoy, al tiempo que con capacidad para hacer una lectura crítica de las realidades actuales. También se verifica, en algunos casos, una actitud superficial e indiferente frente a la realidad, poca lectura, carencia suficiente de información general y actualizada, y poca habilidad para análisis serios de coyuntura⁴⁴.

III. 4. El aspecto pastoral de la formación permanente

Esta dimensión del proceso formativo es iluminada por *Pastores dabo vobis* desde la *caridad pastoral*, entendida como “un don y un deber, una gracia y una responsabilidad, a la que es preciso ser fieles, es decir, hay que asumirla y vivir su dinamismo hasta las exigencias más radicales. Esta misma caridad pastoral, como se ha dicho, empuja y estimula al sacerdote a conocer cada vez mejor la situación real de los hombres a quienes ha sido enviado; a discernir la voz del Espíritu en las circunstancias históricas en las que se encuentra; a buscar los métodos más adecuados y las formas más útiles para ejercer hoy su ministerio” (PDV 72).

La experiencia de los últimos años nos señala que los jóvenes sacerdotes van asimilando con toda su fuerza el ideal de pastor que *da su vida por las ovejas* (Jn 10,11). Esto le permite sugerir respuestas y saber acompañar los problemas de la gente contribuyendo a construir una Iglesia dinámica que esté realmente comprometida con el hombre y especialmente con los pobres, de cara a los profundos desafíos del mundo de hoy. También es cierto que, a veces, no logran articular su actividad pastoral en una unidad de vida, lo cual genera, en no pocos casos, un activismo desenfrenado que agota físicamente y ahoga espiritualmente⁴⁵.

⁴³ Cfr. BOLETÍN OSLAM, N° 42, p. 31.

⁴⁴ Cfr. DEVYM - CELAM, *Reaviva el don de Dios*, Bogotá 2003, pp. 188 – 195.

⁴⁵ *ibidem*

Por eso se insiste en que la formación permanente ha de colaborar para que el neopresbítero sepa insertarse en la comunidad donde desempeña su ministerio. Habrá que ayudarlo para que sea sensible a la problemática que vive su comunidad y participe solidaria y corresponsablemente con el propio obispo y sus hermanos sacerdotes, laicos y consagrados.

IV. Criterios y líneas de acción para consolidar la formación permanente en esta etapa

Llegados a este punto conviene puntualizar algunas líneas fundamentales en este proceso personal y eclesial que denominamos *formación permanente* a fin de cuidar y reavivar este don de Dios, que es la vocación al presbiterado, y ofrecerlo generosamente en servicio a nuestro pueblo (cfr. DMVP 71).

La formación permanente se ha de instrumentar en una acción pastoral concreta que podemos denominar *pastoral presbiteral*. La misma será una acción conjunta y orgánicamente planeada a partir del obispo de la diócesis, su consejo presbiteral y aquellos colaboradores inmediatos que, trabajando en equipo, promuevan una praxis eclesial en favor de la persona del presbítero, ayudándolo y acompañándolo a vivir con alegría y esperanza su ministerio, como así también a superar en comunión fraterna las dificultades y momentos de crisis⁴⁶.

En este sentido será bueno dejar en claro que, si bien es el propio presbítero el responsable en la Iglesia de su formación permanente (Cfr. PDV 79), se trata de una responsabilidad de toda la Iglesia particular, bajo la guía del obispo, la que tiene el cometido de estimular y cuidar la formación permanente de los sacerdotes (Cfr. PDV 78), y que adquiere una relevancia capital para los presbíteros en sus primeros años de ministerio.

Es muy importante insistir en que, si bien el obispo es ayudado por su consejo presbiteral y por otros sacerdotes en el acompañamiento de la vida de los presbíteros, hay un rol de paternidad pastoral que resulta indelegable e insustituible⁴⁷. Al respecto encontramos en la exhortación apostólica *Pastores gregis* la siguiente afirmación: “El afecto especial del obispo por sus sacerdotes se manifiesta como acompañamiento paternal y fraterno en las etapas fundamentales de su vida ministerial, comenzando ya en los primeros pasos de su ministerio pastoral. Es fundamental la formación permanente de los presbíteros, que para todos ellos es una *vocación en la vocación*, puesto que, con la variedad y complementariedad de los aspectos que abarca, tiende a ayudarles a ser y actuar como sacerdotes al estilo de Jesús” (PG 47).

El obispo, entonces, como buen pastor, buscará estar cerca para conocer a sus hermanos presbíteros, para comprender sus historias, sus vidas, sus deseos, ansias, bloqueos y limitaciones. Igualmente será bueno que los sacerdotes que colaboran con el obispo en este ejercicio de acompañar a otros hermanos, constituyan un equipo que se dedique especialmente a la formación permanente en la propia diócesis, promoviendo distintas instancias que faciliten una instrumentación planificada y orgánica (cfr. DMVP 81-86).

Entre estos medios hay uno que conviene subrayar y para lo cual habrá que disponer de personas idóneas y con gran experiencia de vida y ministerio presbiteral: *la dirección o*

⁴⁶ Cfr. BOLETÍN OSLAM, N° 46, pp. 4 – 11.

⁴⁷ Cfr. BOLETÍN OSLAM, N° 42, p. 32.

acompañamiento espiritual. Se trata, como señala *Pastores dabo vobis*, de un medio clásico que no ha perdido nada de su valor, no sólo para asegurar la formación espiritual, sino también para promover y mantener una continua fidelidad y generosidad en el ejercicio del ministerio sacerdotal (cfr. PDV 81).

Y pensando concretamente en los primeros cinco años de ministerio quiero hacer presente una reflexión que ofreció Dom Anuar Battisti, arzobispo de Maringá, Brasil, en el Encuentro de Pastoral Presbiteral realizado en San Pablo en septiembre del 2004: “Estos primeros años son la base de inserción en la que se afirma y solidifica el ejercicio de la misión y el sentido de pertenencia al presbiterio. Es la fase de los primeros éxitos y fracasos. Momento para consolidar algunas actitudes, donde se deben armonizar las dimensiones esenciales de su proyecto de vida. Uno de los grandes riesgos de esta etapa es que saliendo del seminario, el neopresbítero se sienta prontamente *saciado*, quedando de esta manera indiferente a la necesidad de ayuda en el proseguimiento de su formación”⁴⁸.

Por eso es fundamental saber acompañar estos primeros pasos donde, por una parte, sea el presbiterio la *familia sacramental* donde el neopresbítero encuentre cauces de vida y se sienta contenido en el afecto, la confianza y la ayuda fraterna (cfr. PDV 74). Por otra, no es menos relevante la urgencia de que el presbiterio, a través de sus mecanismos propios de comunión, ayude al propio obispo a discernir los primeros destinos pastorales y su posterior seguimiento.

En este sentido en muchas diócesis existen *referentes* que en nombre del pastor de la diócesis acompañan a los sacerdotes cercanamente. No obstante, como ya se ha señalado, nunca podrán suplir el rol de la *paternidad sacramental* que el obispo ejerce como Jesús, Buen Pastor.

Finalmente, considero oportuno recordar que en la formación permanente, especialmente en los primeros años, existe una instancia de crecimiento, maduración y discernimiento que no es otro que las comunidades a las que es enviado el sacerdote a vivir su ministerio. Será en ese *contacto vital* con el pueblo de Dios en donde los presbíteros, junto a otros consagrados y laicos, descubran espontáneamente una instancia de formación que es la vida eclesial delineada desde la *espiritualidad de comunión*⁴⁹. Por eso resultan tan importantes los primeros destinos ya que habrá que buscar una inserción pastoral que favorezca un clima formativo de permanente relación y apertura al don que Dios nos hace en su pueblo.

V. Conclusión: el desafío de la formación permanente para toda la vida

A modo conclusivo me parece oportuno señalar que, de cara al acompañamiento que cada Diócesis busca concretar para los sacerdotes en sus primeros años, quede muy clara, como ya se ha mencionado precedentemente, la relación de mutua complementariedad entre la formación iniciada en el seminario y el proceso formativo que abarcará distintas etapas en la vida del presbítero.

En *Pastores dabo vobis* se enfatiza que “la formación permanente es un deber, ante todo para los sacerdotes jóvenes y ha de tener aquella frecuencia y programación de encuentros que, a la vez que prolongan la seriedad y solidez de la formación recibida en el

⁴⁸ Cfr. BOLETÍN OSLAM, N° 45, p. 16.

⁴⁹ Cfr. NMI 43-45.

seminario, lleven progresivamente a los jóvenes presbíteros a comprender y vivir la singular riqueza del *don de Dios* – el sacerdocio – y a desarrollar sus potencialidades y aptitudes ministeriales, también mediante una inserción cada vez más convencida y responsable en el presbiterio, y por tanto en la comunión y corresponsabilidad con todos los hermanos.

Si bien es comprensible una cierta sensación de *saciedad*, que ante ulteriores momentos de estudio y de reuniones puede afectar al joven sacerdote apenas salido del seminario, **ha de rechazarse como absolutamente falsa y peligrosa la idea de que la formación presbiteral concluya con su estancia en el seminario**” (PDV 76).

Esta relación entre formación inicial y permanente no es simplemente operativa ni puramente pedagógica. Se trata más bien de un *enfoque* desde el cual se articula un proceso formativo que en distintos momentos de la vida del presbítero reclama las respuestas propias de todo itinerario vocacional.

Por eso considero muy acertado el planteo de continuidad que sobre este tema ofrece el P. Amedeo Cencini, sacerdote canosiano italiano que tanto contribuye a la formación sacerdotal y religiosa en la actualidad.

Reflexionando acerca de los desafíos de la formación permanente con relación a los jóvenes presbíteros en sus primeros pasos de vida ministerial, la perspectiva que plantea el P. Cencini es referirse a una *actitud* a formar desde el seminario y que habrá de cultivarse toda la vida, pero con especial atención en los primeros tiempos: la *docibilitas*⁵⁰. Se trata de una actitud que nace de la libertad del sujeto para dejarse educar y acompañar por otros, por la vida misma, aprendiendo de la experiencia. Es una iniciativa inteligente, vivaz, profunda, propia del espíritu sapiencial.

Por ello la *docibilitas*, a diferencia de la *docilitas*, que sería un término con un sentido menos eficaz, pasivo, y de acogida dócil y obediente, es el término y la mediación entre la formación inicial y la permanente. Es decir, la formación inicial tiene el desafiante cometido de formar en la persona del futuro presbítero esta actitud.

Y entonces, la formación permanente cobrará sentido en la medida en que acompañe un proceso ya iniciado donde se ayude a hacer crecer la *docibilitas* que se irá afianzando en el sujeto como libertad inteligente y coherencia interior y ayudando a la persona a descubrir sus inconsistencias⁵¹.

Entiendo que esta actitud que nos propone el P. Amedeo Cencini, en el ámbito de la formación humana, es la *llave* que nos permitirá, en un futuro próximo, cultivar en nuestras Iglesias particulares un amor mayor y una pasión por el acompañamiento de la vida y el ministerio de nuestros sacerdotes. Amor y pasión que se hacen más indispensables en los primeros años para afianzar nuestra entrega a Dios y a su Pueblo Santo con la suficiente lucidez para cuidar el don recibido y no lamentarnos por haber omitido gestos concretos y palabras oportunas.

Si la formación permanente logra cultivar en estos primeros pasos de sacerdocio una *docibilitas* que se traduzca en entusiasmo por la propia vocación, habremos acertado porque

⁵⁰ Cfr. CENCINI, A., *Los sentimientos del Hijo*, Salamanca 2000, pp. 193 – 201.

⁵¹ Cfr. REVISTA PASTORES, N° 30, Buenos Aires 2004, pp. 12 – 23.

facilitaremos que el Espíritu del Señor y su santa operación lleve a buen término la obra que Él ha comenzado en nosotros.

Con las palabras del Apóstol quiero terminar esta reflexión que simplemente intenta ser una puerta que se abre a un mundo de posibilidades sobre el cual tenemos y queremos involucrarnos con seriedad y responsabilidad: “No nos dio el Señor a nosotros un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza. No te avergüences, pues, ni del testimonio que has de dar de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero; sino, al contrario, soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio, ayudado por la fuerza de Dios, que nos ha salvado y nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia que nos dio desde toda la eternidad en Cristo Jesús” (2Tm 1,7-9).

GUSTAVO OSCAR ZANCHETTA *

* Sacerdote de la Diócesis de Quilmes, Argentina. Actualmente es el Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN), y Director del Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros.

SIGLAS – ABREVIACIONES

| | |
|-------------|--|
| LG | Constitución dogmática <i>Lumen gentium</i> |
| PO | Decreto <i>Presbyterorum ordinis</i> |
| PDV | Exhortación apostólica <i>Pastores dabo vobis</i> |
| EN | Exhortación apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i> |
| DMVP | Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros |
| PG | Exhortación apostólica <i>Pastores gregis</i> |
| NMI | Carta apostólica <i>Novo millennio ineunte</i> |

III Encuentro Formación Permanente para Presbíteros

Villa Allende 15/5 –27/7 2006

Pbro. Damián S. Bitar
Diócesis de Villa María

El 15 de mayo de 2006, 25 sacerdotes de 16 diócesis del país, comenzamos a vivir el III Encuentro de Formación Permanente para Presbíteros, organizado por la CEMIN en la Casa de las Hnas. de “Ntra. Sra. de la Consolación”, situada al pie de la sierras chicas, en la localidad de Villa Allende, provincia de Córdoba.

Mons. Ricardo Faifer, Obispo de Goya y miembro de la CEMIN nos dio la bienvenida y presidió la Misa de apertura. Luego de dos jornadas de ambientación e integración con dinámicas y trabajos en grupos animadas por la Psicóloga Social Carola Blacksley, iniciamos los Ejercicios Espirituales predicados por el P. Raúl Troncoso, de la diócesis de Azul, quien a mitad del curso nos volvió a acompañar en un día de retiro y tuvo a su cargo el cierre con tres jornadas de espiritualidad a fin de afianzar en Cristo todo lo recibido durante este tiempo de gracia.

Durante el *primer mes*, en el que se buscó acentuar la dimensión espiritual, nos acompañaron el P. Damián Nanini (Arq. De Rosario) desarrollando el tema “Vivir de cara al Padre”-con una fuerte acentuación bíblica -, el P. Miguel D’Anibale (Dioc. De San Isidro): “La presidencia de la Eucaristía”-acentuación litúrgica- y los Jesuitas Angel Rossi y Diego Farés con el tema “El discernimiento espiritual”.

Durante este mes tuvimos una experiencia muy enriquecedora: conocer la obra iniciada por el sacerdote redentorista Francisco Lucchese: un hogar de niños, adolescentes y jóvenes que hoy alberga, como una gran familia, a más de 500 personas. Conocimos también la inmensa parroquia de la ciudad de Argüello, ubicada entre Villa Allende y Córdoba, realizamos una visita guiada al Monasterio de las Monjas Carmelitas en el centro de la ciudad capital que culminó con un exquisito almuerzo en casa de los familiares del P. Horacio Alvarez, Vicario Gral. de la Arq. de Córdoba que por tercer a vez brindan a los participantes del curso este gesto fraterno. Por último, el domingo de Corpus celebramos la Misa en la ciudad de Carlos Paz y recorrimos algunos lugares del Valle de Punilla.

En el *segundo mes* se trató de acentuar la dimensión humana de la F.P. Aquí nos acompañaron el P. Horacio Alvarez desarrollando el tema “El sacerdote. Identidad personal y función pastoral”, el P. Gustavo Irrazabal (Arq. de Buenos, Aires.) con el tema “Vida teologal”, el P. Hugo Santiago (Dioc. de Rafaela y coordinador del curso) con el tema “La mediana edad y la unificación espiritual en la vida del presbítero” y el P. Alvaro Gonzalez (Arq. de Santiago, Chile) con un taller de formación “psicológico-espiritual y vida afectiva”.

Durante estos meses, tuvimos dos fines de semana libres para retornar a nuestras diócesis y visitar las comunidades parroquiales, familiares y amigos.

La última etapa del curso trató de acentuar la dimensión pastoral y la continuidad de la F.P. Aquí nos iluminaron Mons. Angel Rovai (Obispo Auxiliar de Córdoba.) quien expuso el tema “Evangelización de la cultura”, el Profesor Dr. Alejandro Bonett sobre “Doctrina Social de la Iglesia” y el P. Enrique Eguía Seguí (Arq. de Buenos. Aires.) junto a la Sra. Carola Blacksley sobre “Espiritualidad de comunión, fundamento de la pastoral de la Iglesia Particular” (NMA). Por su parte, Mons. Carlos Franzini (Obispo de Rafaela y Presidente de la CEMIN) desarrolló el tema final sobre la “Continuidad de la Formación Permanente.”

En estos días recibimos la visita del Arzobispo de Córdoba, Mons. Carlos Nañez quien presidió la Eucaristía y compartió con nosotros la cena.

La Misa de clausura, el día 27 de julio, estuvo presidida por Mons. Carlos Tisera (Obispo de San Francisco e integrante la CEMIN). Luego del almuerzo, nos despedimos

retornando a nuestras diócesis con el corazón lleno de gratitud al Señor y a la Iglesia por este tiempo en el que reavivamos el don recibido por la imposición de manos el día de la ordenación; valoramos el don del llamado al sacerdocio y el deseo de servir al pueblo de Dios que se nos ha encomendado.

Es digno de destacar la esmerada atención de las Hnas de la Consolación y el personal de la casa, los momentos de silencio dedicados a la oración personal como así también las cálidas tardes otoñales en las que se compartieron caminatas, partidos de fútbol y paseos por las sierras de Córdoba.

¡Ojalá que en mayo de 2008 este sereno lugar reciba al cuarto grupo de sacerdotes argentinos en un nuevo curso de Formación Permanente!

Testimonios

P. Sergio Pablo Beliera*
Diócesis de San Isidro

Queridos hermanos sacerdotes:

La previa al Curso

¿Quién es capaz de dar testimonio? Se puede preguntar uno. Me experimento muy pobre y a la vez muy agradecido. Porque a fin de cuentas dar testimonio es experimentar que uno ha recibido mucho, mucho más de lo esperado. Es experimentar “*te basta mi gracia*” en la propia historia que el mismo Dios Amor ha iniciado en cada uno.

La primera gran experiencia fue la de la preparación previa al Curso. Y la primera de estas gracias fue la de la invitación del Obispo a realizar esta experiencia “*como el cierre de una etapa y el inicio de otra*”. Especialmente su convicción de que esto era bueno para mí y que era de Dios. En segundo lugar, el reconocimiento en mí, del deseo de una experiencia de renovación interior en el ardor inicial de la llamada al sacerdocio, justo en el año en que me preparo a cumplir los primeros 20 años de sacerdocio. Hacía tiempo que deseaba un espacio, pero no podía definir como tendría que ser. Y este ofrecimiento lo definió. En tercer lugar fue importante, el largo tiempo de preparación personal y comunitario que pude hacer, ya que el obispo me hizo la invitación con 9 meses de anticipación. Eso hizo posible el acompañamiento de mi comunidad parroquial, que recibió esto también como una gracia y un desafío de madurez. Fue impresionante la responsabilidad de los laicos en su compromiso y en su espíritu comunitario. Y ayudó mucho la buena disponibilidad de sacerdotes para cubrir las necesidades de la comunidad en mi ausencia. Todo esto me hizo llegar muy mentalizado de la experiencia que emprendía y a la vez muy libre para recibir la propuesta que Dios me hacía a través de su Iglesia. Un plus de motivación lo ponía el hecho de que esta fuera una experiencia a nivel nacional, con sacerdotes de distintas diócesis del país.

Ya en el Curso

Bajo la consigna paulina de “*reaviva el carisma de Dios que está en ti*” (2 Tim 1,6) la Conferencia Episcopal Argentina a través de la Comisión Episcopal de Ministerios, nos ofreció un itinerario espiritual que nos permitiera sumergirnos en la hondura de nuestra llamada a la fe y al ministerio sacerdotal en la iglesia diocesana, en la mitad de la vida. De esta manera se nos brindó la posibilidad de un tiempo centrado en el encuentro vivo con Jesús, que nos permitió reelegirlo a Él que nos llamó, con una elección puramente suya, y que por eso necesita ser renovada y consolidada cada vez desde la gratuidad. Juntos fuimos elaborando el sentido de esa pertenencia a Él hoy. En lo personal, que Él siga siendo hoy mi motivo, ya que mi corazón y mi vida toda son para Él, que provocó en mí una revolución interior hace ya 27 años, que me conmueve cada vez más por su gratuidad. Él comenzó conmigo una experiencia de encuentro en el amor “*hasta el extremo*”, una experiencia de la propia pobreza e indignidad, una experiencia de comunicar a los otros y que los otros participen de esa experiencia de amor evangélico, una experiencia de arriesgarlo todo por el sentido del Evangelio –el más maravilloso y extraordinario de todos los sentidos que conozco-, una experiencia de fe para poder elegir y superarme desde su mirada, una experiencia de una llamada desconocida y seductora siempre... Como diría Moisés al contemplar, en su encuentro con Dios, la zarza ardiente: “*voy a observar ese grandioso espectáculo*”... El encuentro con Dios es para mí el más grandioso de todos los espectáculos.

* pbrosergiobeliera@parroquialamerced.org

Lentamente fuimos entrando los 25 sacerdotes, en el misterio de la Palabra que Él nos entregó en un silencio insondable y que solo en un silencio insondable puede ser recibida, como nos decía sabiamente el P. Raúl Troncoso.

Fue también un tiempo de reposada y profunda reflexión, de análisis compartido y de un dejarse llevar por las propuestas de cada predicador, que nos fueron conduciendo desde la dimensión espiritual a la humana y de allí a la pastoral.

Pero también fue un tiempo de una desafiante fraternidad sacerdotal. La verdad que fue una importantísima experiencia de vida en común, de tolerancia y servicio mutuo, especialmente de hermandad y amistad sacerdotal, donde la escucha, las charlas compartidas en distintos ámbitos y los momentos de esparcimiento fueron construyendo un vínculo fuerte y gustoso. Fue una gracia de hermandad descubriéndonos unos a otros, de tantas experiencias diversas y de tan distintas situaciones pastorales. Nos enriquecimos mutuamente y cada uno se fue con mucho más amigos de los que tenía.

Después del Curso

La vuelta fue empezando lentamente en cada síntesis y en cada compromiso de cada semana. Pero llegó un día en que me encontré en mi comunidad parroquial, a la que extrañé y de la que sé que formó parte como hermano en la fe y servidor de los misterios de Dios. Fueron importantes y gratificantes todas las manifestaciones de afecto sincero y sentido que me han demostrado y que tanto bien nos hace a cada uno para poder vivir esta experiencia. En segundo lugar, volver al punto de partida en esta experiencia: el diálogo con mi obispo y con los hermanos del presbiterio diocesano. Compartiendo con ellos lo vivido y lo por vivir. A la vez, dejar que el Señor nos manifieste y encontrar de manera permanente el ritmo de la fe, de la entrega y del cuidado de uno mismo es una ocupación continua y desafiante, en la que gustosa y trabajosamente me veo involucrado cada día. Y hacer memoria de tantas experiencias vividas en aquellos tres meses anima y alienta. Ahora los llamados por teléfono, los mails, las cartas y por que no unas visitas son la expresión de algo que está dentro de nosotros y que compartimos hondamente 25 sacerdotes.

Mi agradecimiento público a Mons. Jorge Casaretto, mi obispo, y a la Comisión Episcopal de Ministerios, en la persona de Mons. Carlos Franzini, que nos brindó esta oportunidad, y a cada uno de los sacerdotes y laicos que nos guiaron en esta experiencia de renovación integral. Es bueno experimentar que, cada vez que un miembro de la Iglesia crece, toda la Iglesia crece. Estoy convencido de que esto traerá más y mejores frutos en todos nosotros.

Me han pedido el testimonio acerca de mi experiencia en el Curso de Formación Permanente (CFP) para Sacerdotes en Villa Allende (Córdoba) organizado por la CEMIN. Debo decirles que tengo 41 años de edad y 10 años de Sacerdocio, por lo cual estaba experimentando en mí la necesidad de un “espacio o tiempo” para re-encontrarme con el Señor que 20 años atrás me había seducido y conquistado y poder recapitular mi vida presbiteral en el misterio Pascual de Cristo.

La invitación para participar en este CFP me la hizo mi Obispo, quien estando el tanto de mi búsqueda y conociéndome bien, me hizo la propuesta; allí aparece en mí un deseo de “no innovar”, una especie de estar acomodado en mi Comunidad, en mis tareas pastorales parroquiales y diocesanas, que me hacía pensar: ¿para qué el CFP? Fue un tiempo de lucha interior, de tires y aflojes. Percibía en mi interior sin embargo, como Moisés, las ganas de “ir más allá del desierto” (cf. Ex. 3, 1), no como un espacio físico sino como la actitud personal de ser capaz de desprogramarme de la monotonía para traspasar la frontera de las propias seguridades.

Así llegué Al CFP: no tan convencido que fuera lo que estaba necesitando, pero a la vez deseando un encuentro con el Señor. La batalla interior se acentuó, mi incomodidad era notable, no me hallaba y al tercer día de estar allí, el 17 de Mayo, tomé la decisión de volverme del curso; armé el discurso para el Director del Curso, para mi Obispo y para mi Comunidad Parroquial y me fui a la Capilla a ponerle un ultimátum al Señor: “o me das luz sobre lo que me pasa, sobre esta incomodidad o me voy”. Y la luz llegó en ese mismo instante: allí se hizo notorio a mi inteligencia y a mi corazón que el Padre era el que me estaba buscando y yo me estaba queriendo escapar de su mirada; Él ardía en deseos de encontrarse conmigo y una chispa me la había comunicado a mí; Él había con su providencia, allanado el camino para que yo llegara hasta esa instancia, no era yo que había organizado las cosas. Desde ese momento no tuve durante los dos meses y medio del curso la más mínima duda que ese era mi lugar.

Esta ha sido la certeza fundamental y fundante que, desde distintas experiencias, todos los participantes del curso hemos experimentado: el Padre nos buscó, nos llevó a ese lugar... gratuitamente nos permitía gustar de su presencia, de su amor.

Y en esa clave, la GRATUIDAD amorosa del Padre que me regalaba este espacio, viví el CFP: aprovechando las clases con los profesores que nos aportaron su sabiduría; disfrutando de la convivencia con los demás 24 Sacerdotes, enriqueciéndonos desde las distintas experiencia personales, comunitarias y diocesanas; gustando de la oración compartida y la Eucaristía diaria concelebrada; asombrándonos ante las búsquedas personales y diocesanas de fidelidad al proyecto de Dios; animándonos a compartir nuestros logros y fracasos, nuestras heridas y dolores y llorando juntos la experiencia lacerante del pecado y la miseria en nuestras vidas; gozar de momentos de pastoral y de esparcimiento juntos; viajar todos hasta la tumba del Cura Brochero para pedirle fidelidad al ministerio como él lo vivió. En fin una experiencia de mutua acogida y de compartir la vida.

Creo que el CFP me ha fortalecido muchísimo en la experiencia de ser amado gratuitamente y ha acentuado la capacidad de dar amor. Por esto que les comparto y muchos detalles más, estoy convencido que el CFP ha sido para KAIRÓS, un tiempo de visita que el Padre nos ha regalado.

Llegó también el tiempo de regresar a mi Comunidad, a mi Diócesis, y me iluminó otra vez lo que Dios le dice a Moisés, después de haberle revelado su nombre y haberle abierto su corazón “Ahora ve. Yo te envío a mi pueblo...”(Ex. 3, 10); regreso con la absoluta certeza de ser enviado habiendo gustado antes la experiencia del encuentro, de haber sido

renovado “por gracia de Dios” en ser testigo de su presencia en el mundo, en la historia, en la Iglesia; con las ganas de ayudar a los hombres y mujeres de este tiempo, haciéndome compañero de camino, a gustar de la presencia del Padre en sus vidas.

Quiero finalmente, en nombre de todos los Sacerdotes participantes, dar gracias al Padre por regalarnos este Kairós, a la Iglesia por la intuición y concreción del curso, a los Obispos de la CEMIN y a todos los Sacerdotes, Religiosas/os y Laicos que nos han acompañado, enseñado, servido y regalado su tiempo, sabiduría y experiencia de vida.

Quiera Dios que este tipo de experiencias sean cada vez más frecuentes y especialmente más aprovechadas por los Obispos y Sacerdotes de nuestra Iglesia en Argentina.

Gracias y que el Señor les retribuya.

Pbro. Mario José Taborda
Arq. de Paraná. Entre Ríos

Tengo 48 años y casi 22 de ejercicio del ministerio sacerdotal como cura diocesano de Paraná.

Recibir la invitación a participar del Curso de Formación Permanente, fue para mí la respuesta de Dios y su Iglesia a mi necesidad personal. Hacia tiempo deseaba “poder parar”. Esto no era algo frío y calculado sino una enorme necesidad. Ahora, después de haber celebrado este curso puedo decir con mayor claridad, COMPRENDIÉNDOME, qué significa “PARAR”. Entiendo además que resulta muy difícil para uno solo, hacer este alto en el camino.

Cuando estamos en la tarea pastoral pertenecemos, casi siempre, al “grupo de los indispensables”.

Esto significa que, de alguna manera, mi vida tiene un antes y un después. Este curso es una gracia, un don incalculable, que manifiesta de un modo concreto, el profundo sentido que la Iglesia Madre tiene de la persona y el sacerdote.

Yo hoy me siento amado y valorado por mi Iglesia. Y digo esto porque, sin saber cómo, arrastraba tristezas y desilusiones, broncas, impotencias, insatisfacciones y soledades, y todo esto referido a mi Iglesia. Luchaba contra mi deseo de aislarme (algunas obligaciones me mantenían relacionado), pero todo era siempre forzado, con cansancio y agobio, sintiendo demasiado el peso de lo negativo, con una fe voluntarista y obligada. El problema era que yo creía comprender pero en realidad no comprendía; creía aceptar la realidad pero me desbordaba.

Había oración, pero esa oración no me daba ni la claridad suficiente, ni las fuerzas y todo se caía. Muchas veces me pregunté porqué era tan amargo el camino. Además sentía que había dado mucho, demasiado para los demás y no me sentía retribuido. ¡Qué pesado se hace el tener que caminar sintiendo siempre el peso de las responsabilidades!

¿Vale la pena seguir así el camino? Pero, por otro lado... “nadie cambia de caballo a mitad del río...” Tengo la sensación de haber vivido demasiados años en la “pastoral del hacer”, mostrando que era capaz. Hoy, después de 22 años de ministerio, comprendí una vez más y mejor la invitación de Jesús a sus discípulos: “vengan conmigo a descansar”.

El Curso de Formación Permanente es una invitación que deber ser escuchada. Creo que el sacerdote necesita volver a mirar su interior para encontrar allí todo. Pero no puede hacerlo solo. Toda la vida se desarrolla por el don de los demás; no hay otra manera. Yo pude comprender que la Iglesia me ama como nadie y esto no es un sentimentalismo pasajero; esto es una convección que Jesús te regala en la experiencia íntima de la oración del Curso de Formación Permanente.

Lo mejor que le puede pasar a un cura es poder orar sin tiempos ni urgencias, poder meditar la palabra, ejercitar la escucha, dejarse amar, reconciliar y despertar en esa oración. Eso pasó en este curso. Por solo esto, me animo a decir que hubo un antes y un después en mi vida.

Otra de las cosas hermosas fue el conocer y compartir con hermanos sacerdotes de todo el país. Esto es una riqueza que solo puede ser aprovechada en un ámbito como el Curso de Formación Permanente. Siempre estamos con otros, pero no siempre podemos valorarnos, escucharnos, disfrutar de las potencialidades y de la originalidad del otro; de su vivencia pastoral, de sus cruces, de sus carismas, de su mística, de su historia, de su vocación. Para eso hace falta un tiempo, un lugar, un espacio creado para que nazca y florezca esta realidad.

Compartir la Eucaristía todo este tiempo, cada día, entre sacerdotes, nos hizo fuertes. Convivir fue también una prueba. Hubo que tolerar, comprender, aceptar y por fin, agradecer al Señor por el otro. Creció nuestra mirada de fe.

Esto nos entrenó en saber involucrarnos, sincerarnos, abrir muchos corazones, sin miedo de ser juzgados ni señalados. Comprendimos que Dios nos mira siempre como hijos, como proyecto señalado y acariciado cada día.

La iluminación de las distintas áreas o disciplinas fue enormemente positiva. Hubo quienes nos brindaron la riqueza de su saber y de su reflexión, de su oración y de su sabiduría. Nos permitieron ver desde otro punto de vista lo que creíamos sabido y gastado de tanto uso o abandonado de tanto no uso.

La reflexión, el estudio, el recuperar el sabor de la lectura, el ejercicio de la Lectio Divina, el ejercicio del diálogo a partir de nuestra interioridad, el poder encontrar amigos...

En fin, esto y mucho más es el Curso de Formación Permanente.

Gracias y siempre gracias.

Pbro. Rafael Mercado.
Diócesis de Iguazú. Misiones.

Tuve la dicha y la gracia de hacer esta experiencia del Curso de Formación Permanente en Villa Allende, Córdoba. Fue para mi un espacio de gratitud y fortalecimiento en mi vida sacerdotal. Después de haber recorrido ya 11 años de ministerio sacerdotal.

Tengo la certeza de que Dios es infinitamente misericordioso para conmigo, por eso en primer lugar quiero agradecer a Dios por regalarme esta oportunidad, me siento muy mimado por Él.

También agradecer a la Iglesia por brindarme este espacio, de parar en la vida y repensar en muchas cosas que hace a la vida humana, espiritual y pastoral.

Gracias a este Curso de Formación Permanente, uno tiene la posibilidad de conocer a tantas personas, hermanos sacerdotes de distintos puntos del país, con nuestra manera de ser y en donde uno puede crecer en la amistad y hermandad.

Rescato muchos momentos de gratitud que hemos vivido durante estos casi tres meses de curso. Necesitamos de estos momentos porque los sacerdotes somos de carne y huesos, nos cansamos, sentimos los golpes de la vida, estamos heridos y golpeados por muchas situaciones del quehacer cotidiano. En este Curso sentimos mucho el apoyo, el aliento y el consuelo de muchas personas, y esto nos ayuda para fortalecer la propia vida en el llamado a la vida consagrada a Dios.

Nuestro compromiso de apoyar y hacer gustar a otros hermanos sacerdotes a que puedan tener la experiencia de participar de la misma.

Simplemente gracias de corazón.

La Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN) de la CEA

está organizando para el próximo mes de julio el VIº Encuentro Nacional de Responsables de Clero, destinado a los obispos y a los presbíteros que colaboran más directamente con ellos en la “pastoral sacerdotal”

El tema previsto para esta oportunidad es “**La identidad teológica del Presbítero**”. En los anteriores encuentros se trabajó sobre temas relacionados a la formación permanente (sus características, sus etapas, su vínculo con la formación inicial, etc.) y también se abordó la dimensión humana de la formación permanente. Para estos encuentros se ha contado siempre con el valioso aporte de distintos disertantes, entre ellos: Mons. Carmelo Giaquinta; Mons. José María Arancibia, el Pbro. Carlos Galli; Mons. Juan María Uriarte; el P. Amedeo Cencini; etc. Para este Encuentro se ha invitado al **P. Franco Giulio Brambilla**, Profesor de Teología dogmática en el Seminario Mayor de la Arquidiócesis de Milán (Italia) y Presidente de la Facultad Teológica del Norte de Italia. Así mismo se contará con el aporte de profesores de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina.

La CEMIN considera que puede ser de gran provecho para obispos, presbíteros encargados de la “pastoral sacerdotal” y formadores de seminarios reflexionar sobre la rica teología del Ministerio Ordenado que he dejado el Concilio Vaticano II, teología aún bastante desconocida, sobre todo en sus implicancias eclesiológicas, espirituales y pastorales. Además, en alguna medida, muchas de las situaciones que a menudo nos duelen y preocupan en la vida los presbiterios diocesanos suele estar ligada a una insuficiente (o errónea) teología del Ministerio Ordenado. Por medio de este Encuentro **la CEMIN quiere ofrecer un espacio de reflexión y diálogo**, con la esperanza de que este ejercicio ilumine y ayude a quienes tienen la hermosa y desafiante responsabilidad de “pastorear a los pastores”.

A continuación se publica un artículo del P. Brambilla en el que desarrolla la temática que se le ha pedido que presente en el próximo Encuentro. De esta manera nuestros lectores podrán familiarizarse con su temática y quienes participen del mismo podrán tener un adelanto de un tema vasto y complejo.

El significado teológico del ministerio del presbítero

Franco Giulio Brambilla
Seminario di Venegono

Premisa

En los últimos veinte años del siglo XX se ha notado un cierto movimiento en el panorama teológico referido al ministerio ordenado. Nuevas formas de búsqueda, pero sobre todo un cambio en la situación eclesial, han vuelto a encender el debate sobre el presbítero. Ha sido puesta a prueba la relación entre ministerio y comunidad, en particular la comunidad local.⁵² Todo esto ha encontrado en el Sínodo de los Obispos de 1990 y en la sucesiva Exhortación Apostólica Pastores dabo vobis, un punto de reflexión y de convergencia.⁵³ Querría recordar dos volúmenes que tienen el valor de recoger una abundante reflexión sobre nuestro tema: el primero promovido por la Conferencia Episcopal Italiana⁵⁴, y el segundo que recoge la extensa y excelente reflexión sobre el presbítero de un maestro de teología⁵⁵. Sería pretencioso recoger en síntesis este riquísimo material. Me parece, sin embargo, que esta reflexión está atravesada por una intuición común. Es posible, por lo tanto, hacer una síntesis de la misma. La tesis que emerge de allí es al mismo tiempo simple e iluminadora: *la identidad teológica del ministerio como servicio a la fe es la verdad de su ejercicio pastoral y de su vivencia espiritual*. La clarificación teológica del ministerio ordenado en la Iglesia ilumina su valor pastoral-espiritual.

De aquí deriva el recorrido de mi breve contribución, que se articula en tres etapas: 1) La identidad teológica del ministerio ordenado; 2) La figura pastoral del ministerio ordenado; 3) El ejercicio del ministerio diocesano como forma de vida espiritual. Los tres aspectos, teológico, pastoral, espiritual, aparecen de este modo entrelazados en el hilo de una única reflexión. Este recorrido teológico exigiría ser colocado en el desafío del cambio civil y cultural en el cual la Iglesia se ha encontrado en el postconcilio. La crisis y respectivamente el volver a tomar conciencia del ministerio es mirada en transparencia con el destino de la Iglesia y su relación con la sociedad⁵⁶.

1. La identidad teológica del ministerio ordenado

⁵² He ilustrado el sentido de la discusión en F.G. BRAMBILLA, "La teología del ministerio: statu Della ricerca", in *Il prete. Identità del ministero e oggettività Della fede*, Glossa, Milano 1990, 51-112. Para un estudio más profundo recomiendo las reseñas donde he analizado profundamente la bibliografía: ID., "Nuove prospettive nella teologia del ministero", *RivCilt* 68 (1987) 726-740. Recomiendo estos aportes para el análisis crítico de las perspectivas presentadas aquí.

⁵³ Referido al tema del Sínodo, indicamos: "Identità e formazione del sacerdote", *Communio* 112 (1990) 5-139; D TETTAMANZI (a cura di), *La formazione dei sacerdoti nelle circostanze attuali*, Logos, Roma 1990. Se puede ver también: A RAUCH P IMHOF (hrs.), *Das Priestertum in der einem Kirche. Diakonat, Presbyterat und Episkopat*, Kaffke Verlag, Aschaffenburg 1987; G. RHEINBAY, *Das ordentliche Lehramt in der Kirche. Die Konzeption Papst Pius XII. Und das Modell Kart Rahners im Vergleich (=Trierer Theologische Studien 46)*, Paulinus Verlag, Traer 1988; P. HOFFMANN, *Priesterkirche (=Theologie zur Zeit 3)*, Patmos, Dusseldorf 1989; G. MARTELET, *Theologie du sacerdote. Deux mille ans d'eglise en question. T. III: Du schisme d'Occident a Vatican II*, Cerf, Paris 1990; H. BARTH, *Einender Priester sein. Allgemeines Priestertum in ökumenischer Perspektive*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1990.

⁵⁴ F. BROVELLI – T CITRINI (a cura di), *La spiritualità del prete diocesano. Atti dei Seminari e Convegni 1979-1989*, Glossa, Milano 1990, pp. 475.

⁵⁵ G.MOIOLI, *Scritti sul prete*, Glossa, Milano 1990, pp 325. Véase también la lúcida contribución de T. CITRINI, "Il 'prete' secondo Giovanni Moiola", *La Scuola Católica* 119 (1991) 3-35.

⁵⁶ Cfr. Sobre este tema está el relato de G. COLOMBO, en el aporte que lleva el mismo título de la convención en *Il prete. Identità del ministero e oggettività Della fede*, 13-50

El debate teológico postconciliar referido al presbítero “con cura de almas” ha seguido sustancialmente dos aspectos.

El primer aspecto ha puesto a prueba la relación ministerio-comunidad. Sobre todo provocaron la reflexión situaciones particulares de carácter pastoral: la importante falta de clero en ciertas regiones de Europa y América; algunas prácticas del ministerio en el contexto de comunidades alternativas; la experiencia de las comunidades de base en América Latina. Estas situaciones pastorales que han estimulado la discusión acerca de la legitimidad teológica de tales experiencias del ministerio ordenado han sido tal vez el frente más ruidoso y combativo, pero las soluciones propuestas no siempre han hecho progresar la comprensión teológica del ministerio ordenado y sobre todo resultaban demasiado problemáticas bajo el aspecto práctico.

El segundo aspecto ha retomado la reflexión teológico-dogmática acerca del presbítero. Particularmente en los últimos veinte años se señalan algunas publicaciones de diverso valor sobre teología del ministerio ordenado. El análisis de estos intentos hace surgir una cuestión decisiva: se trata de superar la falsa alternativa entre deducción cristológica y fundamentación eclesiológica del ministerio ordenado. El aporte de la discusión me parece valioso porque ha propuesto una comprensión del ministerio ordenado que, no obstante colocarlo en un contexto eclesiológico, muestra su fundamento en la voluntad del Señor Jesús.

Evidentemente no es posible aquí desarrollar el análisis puntual del debate, pero se puede indicar al menos el sentido del problema y sus conclusiones.

1.1 En lo referente a la relación *ministerio-comunidad* tal vez estamos frente al aspecto más discutido en el último período del siglo XX. Se ha hablado de un “giro” en la consideración del presbítero⁵⁷. La cuestión parece restringirse a un ámbito más determinado respecto a los años precedentes: la relación entre ministerio y comunidad. Es evidente, sin embargo, que la discusión se refiere a la naturaleza misma de la Iglesia derivada de Cristo.

De modo esquemático en esta orientación se pueden individuar dos elementos comunes: *el interés práctico* que motiva la reflexión teológica y la propuesta de nuevas figuras del ministerio; la connotación *eclesial* del ministerio visto preferentemente como una “función” para la edificación de la comunidad. De estos elementos el debate ha hecho derivar dos corolarios teológico-prácticos; el derecho de la comunidad a la Eucaristía y el derecho a tener un ministerio que la presida. Esta dimensión del pensamiento es por demás problemática, debido a que sostiene que si los criterios de admisión resultan demasiado selectivos – entre éstos tienen importancia sobre todo el celibato y la prohibición del sacerdocio a las mujeres – es necesario superarlos en favor del derecho de la comunidad a tener un presidente. Este modo de comprensión postconciliar ha subrayado el ministerio como servicio a la comunidad y a su misión, en referencia al Obispo⁵⁸. Tal acentuación, de todos modos, ha puesto a la luz el lazo que une el ministerio con la Iglesia Local.

⁵⁷ Cfr. Ad es. J. GALOT, “Un nuevo ministero sacerdotale?”, *CivCatt* 133 (1982) 2: 117-28; A. MARRANZINI, “Teologia del Sacerdozio dopo il Vaticano II”, *Aserenas* 28 (1982) 111-54; U. RUH, *Im Spannungsfel von Gemeinde und Amt*”, *Herkorr* 39 (1985) 130-33.

⁵⁸ Sobre el decreto del Vaticano II cfr. R. WASELYNCK, *Les pretres. Elaboration du decret “Presbyterorum Ordinis”* de Vatican II, Cerf, Paris 1968; P.J. CORDES, *Sendung zum Dienst*, Frankfurt 1972; tr. It. *Inviati per servire. Presbyterorum Ordinis: storia, esegesi, temi, sistematica*, Piemme, Roma 1990.

Sin embargo, en la orientación teórica⁵⁹, la relación se invierte: no va más del ministerio a la comunidad sino de la comunidad al ministerio. Y la noción de “comunidad” aparece fluctuante entre un concepto eclesiológico y una figura sociológica⁶⁰. De aquí deriva el doble derecho de la comunidad a la Eucaristía y a su presidente. Pero las figuras de comunidad son por demás variadas debido a visiones eclesiológicas e intereses pastorales y terminan por decidir acerca de la cualidad y de la necesidad del ministerio.

La conclusión respecto de esta orientación es más bien crítica: el nexo entre comunidad y ministerio debe articular la relación pero también la diferencia específica del ministerio respecto de la Iglesia/comunidad. La “diferencia” del ministerio con relación a los otros miembros de la comunidad es puesta ciertamente al reparo de aquella que se define retóricamente una concepción “sacral” del presbítero. Pero esto exige que se retorne al discurso en sus términos propiamente teológicos. La “diferencia eclesiológica” del ministerio ordenado debe ser pensada como un momento necesario de la constitución de la comunidad cristiana, como lugar del culto espiritual y, por lo tanto, de la figura cristiana de la fe. Es un “momento” que forma parte de la constitución de la Iglesia y que se comprende dentro de la misma.

1.2. El segundo aspecto del debate sintetiza algunos ensayos⁶¹ que presentan un *replanteo sistemático de la teología del ministerio ordenado*. La línea teológica más acreditada hasta hace no mucho tiempo era aquella que se remontaba hasta la raíz cristológica del ministerio ordenado. En tal óptica la razón que justifica el ministerio en la Iglesia puede ser sólo la voluntad de Cristo, profeta, rey y sacerdote, representado en la misión de la Iglesia. La relación Cristo-Iglesia es desarrollada mediante una transposición de las funciones salvíficas de Cristo a la Iglesia. Esta derivación del ministerio de la voluntad de Cristo es después desarrollada con diversas acentuaciones: según se privilegie la función “sacerdotal” en referencia a Cristo sacerdote o la función “pastoral” sobre el fundamento de Cristo, cabeza y pastor⁶².

En este modo de proceder no está en discusión la *legitimidad* de trasponer las funciones de Jesús al presbítero y respectivamente a la Iglesia, sino la *modalidad* con la cual es pensada

⁵⁹ Los autores recordados son E SCHILLEBEECKX, L. BOFF, J. MOINGT, H. KUNG, P. SCHOONEMBERG, C. DUQUOC (cf la documentación en mis artículos citados en el n. 1). Cf el número 3 de 1980 de “Concilium” titulado: Il diritto di una comunità ecclesiale ad un presidente: 393-358 con las contribuciones de Schillebeeckx, J.B. Metz, S. Dianich, H. Waldenfels, N. Greinacher, H.-J. Vogels.

⁶⁰ Para la ambivalencia del término “comunidad” en la comprensión del ministerio, véase J.RATZINGER, ¿“diritto della comunità all’eucaristía? La ‘comunità e la cattolicità Della Chiesa”, in Elementi di teología fondamentale, Morcelliana, Brescia 1986, 203-19: allí se desarrolla la historia del concepto de “comunidad”, sobretudo en el período moderno (207-214)

⁶¹ Cfr. Los textos más significativos de esta propuesta: S. DIANICH, “Il prete a che serve?, Paoline, Roma 1978, retomado y ampliado en “Teología del ministerio ordinato. Una interpretazione eclesiológica, Paoline, Roma 1984; B.D. MARLIANGEAS, Clés pour une théologie du ministère. In persona Christi. In persona Ecclesiae, Cerf, Paris 1978; G. GRESHAKE, Priestersein. Zur Theologie und Spiritualität des priesterlichen Amtes, Herder, Freiburg 1982 (tr. It., Essere preti. Teología e spiritualità del ministero sacerdotale, Queriniana, Brescia 1984); G. MARTELET, Deux milles ans de l’Eglise en question. Crise de la foi, crise du prete, Cerf, Paris 1984; tr, it., Teología del sacerdote. Dumila anni di chiesa in questione, Queriniana, Brescia 1986.; A.FAVALLE, “Il ministero presbiterale. Aspetti dottrinali, pastorali, spirituali, LAS, Roma 1989.

⁶² Bajo este aspecto se pueden recordar: J. RATZINGER, “Zur Frage nach dem Sinn des priesterliche Dienstes”, GuL 41 (1968) 347-75; A. FAVALE – G. GOZZELINO, “Il ministero presbiterale, ElleDiCi, Torino 1972; B.D. MARLIANGEAS, Clés pour une théologie du ministère. “In persona Christi. In persona ecclesiae”, Cerf, Paris 1978; H.U.V. BALTHASAR, Gli stati de vita del cristiano, Jaca Book, Milano 1985 (or. 1977), 217-335.

esta trasposición⁶³. La misión de la Iglesia, y en ella del ministerio ordenado, no puede pensarse como una prolongación que va “más allá” de Cristo y lo “supera”: su misión se hace actual a través de la acción del Espíritu. La “representación” del ministerio no debe, por lo tanto, expresarse en el sentido de una multiplicidad de funciones que sustituyan la unicidad absoluta de Cristo pastor. La dificultad emerge sobretodo cuando se quiere precisar el sentido del concepto de “representación”. A veces la noción es desarrollada con la utilización de metáforas bíblicas: se trata de volver a transcribir la secuencia pastor-greg y apóstol-comunidad en la de ministro-Iglesia. Otras veces el discurso parte de la afirmación de Cristo cabeza/señor y se prolonga en el tema de la autoridad necesaria para construir la Iglesia como cuerpo⁶⁴. En todos los casos, la derivación cristológica de la naturaleza del ministerio tiene dificultad para indicar los criterios por los cuales la analogía del pastor (cabeza) puede pasar de Cristo al ministerio ordenado. La comprensión del ministerio en torno a la analogía “pastoral”, ampliamente utilizada en el magisterio conciliar y postconciliar, tiene indudablemente una amplia base bíblica, pero debe ser precisada en el pasaje de Cristo a los apóstoles y de los apóstoles a los ministros de la Iglesia. En particular, la derivación del ministerio de Cristo corre el riesgo de olvidar la temática del sacerdocio común y universal de los fieles con el cual se entiende significar que la misión salvífica de Cristo se continúa en la misión de la Iglesia toda.

Por otra parte, el intento de explicación eclesiológica del ministerio parece señalado por una inexorable incapacidad para dar razón de la “diferencia” del ministerio ordenado; no han faltado intentos positivos⁶⁵ en este sentido, pero el resultado no ha sido plenamente convincente.

En conclusión, me parece que en la raíz de este debate hay una falsa alternativa: la tendencia a contraponer fundamentación cristológica y comprensión eclesiológica del ministerio ordenado. En el origen de las discusiones hay un vicio metodológico: se tiende a “hipostasiar” a la Iglesia con respecto al misterio de Cristo. Si de hecho Cristo y la Iglesia son de algún modo considerados separados el uno del otro, es evidente que el ministerio, debiendo ponerse en el interior de estos dos polos, resultará casi dividido entre dos instancias que no son fáciles de acordar. Por otra parte no es suficiente referirse a la misión del Espíritu como término medio para unir los dos momentos del problema. De este modo no se logra comprender la *especificidad teológica* del ministerio ordenado respecto de la común derivación que toda la Iglesia tiene de Cristo.

La conclusión crítica que se puede sacar de este segundo aspecto del debate es la siguiente: es necesario mostrar la especificidad del ministerio o indicar la modalidad con la cual éste media entre el momento apostólico originario y el tiempo post-apostólico de la Iglesia. Por eso es decisivo retomar la cuestión teológica. Esta se puede expresar en estos términos: ¿porqué existe y debe existir en la Iglesia un ministerio ordenado y porqué se ha constituido en tal a través de un “sacramento”?

⁶³ Sobre el triple munus, cfr. Las reconstrucciones de L. SCHICK, *Das Dreifache Amt Christi und der Kirche. Zur Entstehung und Entwicklung der Trilogien*, P. Lang, Frankfurt – Bern 1982; A. FERNANDEZ, *Munera Christi et munera ecclesiae. Historia de una teoría*, Ed. Univ. Navarra, Pamplona 1982.

⁶⁴ Cfr. H.U. V. BALTHASAR, “Gli stati di vita”, 217-30

⁶⁵ H. LEGRAND, “I ministeri Della Chiesa locale”, in “Iniziazione alla pratica Della teologia, Queriniana, Brescia, 1986, Vol. III, 185-283; or.: “Les ministeres de l’Eglise locale”, in *Initiation á la pratique de la théologie, Dogmatique II*, Cerf, Paris 1983, Tome III: 181-273; S. DIANICH, *Teología del ministerio. Una interpretazione eclesiológica*, Paoline, Roma 1984. G. GRESHAKE, *Essere preti. Teologia e spiritualità del ministero sacerdotale*, Queriniana, Brescia 1984 (or 1982)

2. La figura pastoral del ministerio ordenado

Una pista ulterior de búsqueda puede ser reconocida en el análisis de la figura pastoral del ministerio ordenado. En particular la investigación sobre el presbítero diocesano ha producido un esfuerzo de búsqueda interesante. Me parece oportuno señalar la búsqueda promovida por la *Comisión episcopal del Clero* de la Conferencia Episcopal Italiana por su significado respecto de nuestro tema⁶⁶. La cuestión se presenta sobre todo como el problema de la espiritualidad del presbítero diocesano, pero la reflexión se ha trasladado indicando que el ejercicio del ministerio es “lo que da valor” a la existencia del presbítero.

2.1. Ante todo esta búsqueda teológica quiere precisar la *figura histórica del ministerio ordenado*. Esto no significa anticipar las eventuales modalidades efectivas del mismo, las cuales quedan abiertas a la creatividad práctica, sino que quiere precisar las condiciones de posibilidad. Es este el avance teológico más interesante de la investigación sobre la figura del presbítero diocesano.

La *figura histórica del ministerio ordenado* refiere a la Iglesia en su globalidad como misterio de comunión y sujeto histórico. La comprensión de la naturaleza del ministerio no puede reducirse a la relación que éste tiene con la Iglesia como “misterio de comunión” solamente. Esta tendencia involutiva está presente también en mucha literatura postconciliar en la cual se expresa una especie de reabsorción de la subjetividad histórica de la Iglesia en una general y a veces genérica noción de “comunión”. En particular la categoría de “pueblo de Dios” ha estado sujeta a un proceso de ocultamiento, tal vez debido a su uso a veces distorsionado⁶⁷. En todo caso, una eclesiología complexiva no puede oscurecer el carácter histórico de la Iglesia y por lo tanto, una teología del ministerio ordenado no puede no referirse a ello.

La peculiar figura histórica del ministerio se define como dedicación a la Iglesia en su calidad de sujeto histórico. La afirmación presupone evidentemente una eclesiología de la Iglesia local, cuya configuración es difícil y está siempre amenazada por repetidos intentos de concebir a la Iglesia local como una subdivisión administrativa de la Iglesia universal. No es posible aquí tratar con profundidad la tensión entre Iglesia local e Iglesia universal, pero creo que negativamente hablando, no se puede más ignorar la calidad teológica de la Iglesia local (entendida como pueblo de Dios reunido en torno a la Eucaristía y presidida por el Obispo) y, positivamente, será necesario poner a la luz que la lógica que une lo uno a lo múltiple deberá superar una impostación cuantitativa, para pensar la unidad *dentro* de la pluralidad de las Iglesias locales en comunión entre sí y con la Iglesia universal. En esta óptica el ministerio ordenado se realiza de modo propio en la dedicación a la Iglesia en su calidad de “signo real”

⁶⁶ Cfr. CEI, *Spiritualità del presbítero diocesano*, oggi. Seminario di Studio promosso dalla Commissione Episcopale per il Clero, Roma, 30-31 marzo 1979, Pro Manuscripto, pp. 51; *La spiritualità del presbítero diocesano oggi*. Atti del Convegno Nazionale promosso dalla Commissione Episcopale Italiana per il Clero in collaborazione con la Commissione Presbiterale Italiana, Roma, 3-6 novembre 1980, AVE, Roma 1981, pp. 168: gli atti del secondo convegno si trovano in *Per una ricerca dell'identità pastorale del ministero presbiterale*, in COMMISSIONE PRESBITERALE SICILIANA (a cura di), *Eucaristia e problema di vita dei sacerdoti, oggi*, Roma 13-16 febbraio 1984, Pro Manuscripto, 115-168; *La vita spirituale del presbítero diocesano oggi. Problema e prospettive*. Atti del 3° convegno organizzato dalla Commissione Episcopale del Clero Della CEI in collaborazione con la Commissione Presbiterale Italiana, Roma 24-27 gennaio 1989, C. Eucaristico, Ponteranica (Bg) 1989, pp. 204. Este precioso material está resumido en F. BROVELLI . T. CITRINI (a cura di), *La spiritualità del prete diocesano*. Atti dei Seminari e Convegni 1979-1989, Glossa, Milano 1990, pp. 475.

⁶⁷ Cfr. G. COLOMBO, “Il ‘Popolo di Dio’ e il ‘ministero’ Della Chiesa nell’eclesiologia post-conciliare”, *Teologia* 10 (1985) 97-169.

de la salvación destinada a todos los hombres. Esto encuentra su propia realización simbólica cuando no sólo se lo une genéricamente a la Eucaristía sino a la Eucaristía celebrada en una Iglesia local.

Por eso el ministerio ordenado se expresa en la figura “típica” del Obispo y de su presbiterio entendido como ministerio colegiado. De aquí deriva la imagen propia del acontecer histórico del ministerio y el criterio de unidad de su ejercicio: la dedicación a la comunidad como tal. Naturalmente, porque se trata de una realización simbólica singular, se abre el espacio para otras figuras analógicas no sólo en la línea de los demás grados del ministerio (obispo, presbítero, diácono), sino también de otras figuras históricas que amplían de algún modo la concentración simbólica del ministerio en torno a la comunidad local (religiosos, institutos, etc.). Pero esto deberá suceder respetando la analogía y no prefigurando una suerte de indistinto *ens commune* del ministerio ordenado, que se aplica en diversa medida a las diferentes figuras ministeriales sin que se indique en las mismas también una jerarquía de valor en el orden histórico. Ciertamente, es sabido que la historia de la Iglesia presenta formas diversísimas de figuras del ministerio, pero sin un criterio no se podrán solucionar los conflictos, ni se podrán determinar las formas espúreas o históricamente condicionadas por situaciones límite. Para dar lugar a estos “casos” la teología no puede diluirse en un discurso sin criterios y sin referentes.

2.2 En segundo lugar, la concentración de la figura del presbítero diocesano en torno a la caridad pastoral como “valor guía de una experiencia presbiteral diocesana” ha exigido una clarificación de la noción de *caridad pastoral*⁶⁸. La repetición de la expresión ha corrido el riesgo de un uso inflacionario, pero sobretodo fue sometida a una comprensión reductiva. Por un lado, la expresión ha sido comprendida como perfección personal (en la línea de la caridad virtud) sin que ésta tuviese una relación con el ejercicio del ministerio. Por otro lado, tal concepción se ha transformado a veces en el slogan que ha justificado una praxis del ministerio hilvanada sobre parámetros de una santidad personal sin relación con las condiciones objetivas del ministerio, sin dejarse, por lo tanto, interrogar por el mismo.

La clarificación de la categoría “caridad pastoral”, por la falta de un pasado patrístico y teológico y su tardía inserción en los documentos conciliares, postula la necesidad de una precisión que la sustraiga al uso nominalista. El teólogo G. Colombo ha intentado clarificar el tema. En el contexto de la doctrina general de la gracia, la caridad pastoral entendida como caridad sobrenatural, aparece en la vida del presbítero como una determinación particular de la relación a Cristo mediante el Espíritu. Bajo este punto de vista la caridad –*et quidem* la caridad pastoral – no puede ser contrapuesta o simplemente agregada a la fe, salvo que se introduzca la dicotomía escolástica que atribuye la fe y la caridad respectivamente a las facultades de la inteligencia y de la voluntad en el hombre. En realidad si se recupera la originaria unidad neotestamentaria, la fe y la caridad (también la esperanza) son cualidades globales del hombre justificado, es decir del hombre en comunión con Cristo. De este modo las virtudes teologales describen características totales del hombre en Cristo y funcionan iluminándose recíprocamente.

Consecuentemente la caridad pastoral, en cuanto determinación del ministerio sacerdotal, cualifica la existencia creyente del presbítero y se relaciona con la vida de fe. De esto deriva la superación del dualismo o de la separación entre vida de fe-caridad y ministerio del

⁶⁸ Cfr. Sobre esto G. COLOMBO, “Fare la verità del ministero nella carità pastorale”, in *La spiritualità del prete diocesano*, 306-321; F. BROVELLI, “l’atto pastorale del presbitero come atto educativo alla fede”, in G. SALDARINI (a cura di), *Il presbitero educatore*, Centro Ambrosiano/Piemme, Milano/Casale Monferrato 1989, 102-128.

presbítero: “en el presbítero el camino de la caridad (sobrenatural)...y el camino del ministerio tienden a coincidir. En conclusión en el ejercicio del propio ministerio y no fuera de éste el presbítero encuentra las razones y los motivos de la propia santificación”⁶⁹. Como se ve, la clarificación del concepto de caridad pastoral está en el interior del discurso referido a la figura del presbítero diocesano. Pero la coincidencia objetiva entre santificación personal y ministerio presbiteral que expresa el sentido de la gracia del ministerio, no se realiza mecánicamente o automáticamente, sino según las leyes del don de la gracia que apela a la respuesta libre del hombre.

Por ello entre la caridad pastoral y el correcto ejercicio del ministerio presbiteral no existe automatismo de modo que cada acción del presbítero sea un buen ejercicio del ministerio por el hecho mismo de que sea puesta con dedicación y generosidad. La cualidad “pastoral” de la dedicación al ministerio exige que ésta sea medida con el criterio del “buen” ejercicio del ministerio, al servicio de la Iglesia, es decir de la Iglesia como “signo” del anuncio del Evangelio dirigido a cada hombre. Por tanto se puede afirmar: “la ‘caridad pastoral’ no expresa un automatismo sino una posibilidad y una exigencia a la vez, la posibilidad-exigencia que la santidad del presbítero sea aquella derivada...*directamente* del compromiso ministerial y no casualmente surgida en ocasión del ministerio presbiteral”⁷⁰. La conclusión es por lo tanto una precisión acerca de la figura del presbítero diocesano: la caridad pastoral tiene como criterio la verdad del ministerio.

3. El ministerio diocesano como forma de vida espiritual

Una tercera pista interesante concierne a la reflexión sobre la *espiritualidad* del presbítero diocesano⁷¹. Lo que caracteriza esta investigación es el esfuerzo de profundizar *la figura espiritual del presbítero diocesano*, es decir del presbítero “con cura de almas”. A esta reflexión ha contribuido mucho el teólogo milanés G. Moiola⁷². Me parece que su contribución puede ser recogida en torno a dos intuiciones:

⁶⁹ Cfr. G. COLOMBO, “Fare la verità del ministero”, 312

⁷⁰ Ivi, 313-314

⁷¹ La literatura dedicada a este argumento es enorme: confróntese A BARRUFFO, “Sulla spiritualità del presbítero”, *CivCatt* 140/3 (1989) 501-507; MINISTERO. CAPRIOLI, “Unità e armonia Della vita spirituale. In margine al n. 14 del *Presbyterorum Ordinis*”, *Ephemerides Carmeliticae* 33 (1981) 91-123; Id., “I presbiteri, ministri del popolo di Dio. Traiettorie conciliare e contenuto dottrinale del n. 4 del Decreto *Presbyterorum Ordinis*”, *Teresianum* 34 (1983) 121-145.307-334; A. FAVALE, *Spiritualità del ministero sacerdotale*, LAS, Roma 1985, pp. 176; B. FRALING, “musen Priester Vorbild sin? Überlegungen zum ethos des kirchlichen Amtes”, *TuG* 70 (1980) 97-116; V. GROLLA, “La vita spirituale dei presbiteri di fronte a nuovi problema”, *RCIt* 70 (1989) 257-272; R GUERRE, *Spiritualità del sacerdote diocesano*, Ed. Mazziana, Verona 1989 (or. Bras. 1987); MINISTERO HEBRAIZ, “Espiritualidad sacerdotal. Líneas de respuesta a un reto de la gracia sacerdotal”, *Revista de espiritualidad* 43 (1984) 95-127; P. RABITTI, *Il prete. L'uomo Della carità pastorale. Note sulla spiritualità del prete diocesano*, Dehoniane, Bologna 1980.

⁷² La presentación frecuente del tema ha producido una abundante reflexión: “Temi Maggiore per una spiritualità del clero diocesano”, *La Scuola Cattolica* 91 (1963) 469-495; 2 Per un orientamento bibliografico sulla spiritualità del clero diocesano”, *ivi* 91 (1963) 531-536; “Concilio Vaticano Secondo e spiritualità del clero diocesano. Riflessioni e problema”, *Presenza Pastorale* 39 (1969) 454-475; “Sul ministero presbiterale come ideale di vita” *Communio* n° 4(1972), 3-11; “Per una ripresa di coscienza Della sacramentalità dell'ordine sacro”, in *Sacerdote nello Spirito*, Triuggio, 1973, 149-166; “Sacerdozio del Nuovo Testamento e ideale di vita nella storia Della spiritualità cristiana”, in *Sacerdote nello Spirito*, 167-184; “Dogmatica e storia nella ‘definizione’ del ministero presbiterale”, in *Chiesa per il mondo, II. Fede e prassi*, EDB, Bologna 1974, 89-96; “Parlare ancora, oggi, di ‘spiritualità’ sacerdotale?”, *RivCIt* 65 (1984) 162-167. I precedenti contributi, insieme ad altri, sono stato raccolti in G. MOIOLI, *Scritti sul prete*, Milano, Glossa, 1990, pp. 325 (d'ora in poi citerò da questa raccolta, con il titolo del contributo)

3.1 El punto de partida es ante todo “la conciencia de que el ser presbítero diocesano es una *figura de valor cristiano*, realizando la cual el presbítero mismo se realiza como ‘hombre espiritual’⁷³. Era necesaria una paciente reconstrucción de la “figura de valor” del presbítero diocesano como auténtica posibilidad de vida espiritual. El fruto esencial del recorrido pasa a través del hecho de subrayar la “diocesanidad” como referente para la forma de vida del presbítero. La diocesanidad se identifica en la peculiar relación entre el presbítero y el obispo al servicio de una determinada diócesis. A principios de siglo XX, por ejemplo en la obra del cardenal Mercier, la figura espiritual del presbítero no se podía pensar todavía en relación con el obispo en términos de sacramento. El modelo dionisiano de la misión jerárquica del obispo aportaba el encuadre que daba los contornos espirituales al *servitium dioecesis* del presbítero. La incardinación era de este modo releída dentro del esquema jerárquico dionisiano, que no obstante ser dirigido hacia la grey, permanecía más en relación al Obispo que a la Diócesis o Iglesia particular. La separación entre misión jurisdiccional-pastoral propia del Obispo y sacramento del orden propio del presbítero en referencia a la Eucaristía, no lograba todavía producir una visión sintética de la figura espiritual del presbítero.

3.2 Sólo con el Concilio⁷⁴ la “diocesanidad” del presbítero recibe una iluminación convincente: ante todo mostrando cómo la referencia del presbítero al Obispo se enraíza en la común “derivación” del sacramento del orden; en segundo lugar la diocesanidad es releída como “dedicación” estable, con el Obispo y en referencia a él, a esta Iglesia y en esta Iglesia. De hecho dos factores influyeron en este sentido: la recuperación de la centralidad y de la prioridad de la Iglesia local respecto a todo otro componente de la misma; la dimensión colegial de la diocesanidad del “presbítero” de modo que debe ser pensado como “collegium”. Precisamente la referencia a la Iglesia local como horizonte inclusivo de las restantes distinciones permitía integrar después otras modalidades de servicio estable a la Iglesia y la apertura a la Iglesia Universal. La bondad de esta recuperación fue también confirmada con más claridad porque para expresar la figura del Obispo y del presbítero se toma el modelo agustiniano, el cual entraba en dialéctica con el modelo dionisiano y sus sucesivas interpretaciones.

La ventaja esencial de esta reflexión bajo el punto de vista teológico se puede expresar en una doble perspectiva: la que privilegia el horizonte comprensivo de la misión de la Iglesia y en particular de la iglesia local para definir al presbítero; la que recupera la relación al Obispo en el marco de un “único presbiterio” visto como un “collegium” bajo el fundamento del sacramento del orden. De esto deriva la instancia de repensar el sacramento del orden en relación a la nueva visión eclesiológica e integrar también la figura del Obispo para determinar la especificidad del ministerio sobre la base de un mismo origen sacramental.

Es más, la referencia del presbítero al Obispo es esencial para repensar la figura del presbítero. Ciertamente la relación no podrá ser descrita simplemente en términos de “derivación” o de “dependencia”, ni la “superioridad” del Obispo podrá ser considerada como una reserva de funciones entendida en un sentido cuantitativo. La relación que en términos propios es Obispo-presbiterio, no puede quitar consistencia al ser del presbítero. La diferencia se da precisamente en la diversa referencia a la Iglesia local. Si la afirmación propiamente dogmática no puede ir más allá, las posteriores precisiones positivas de la relación pueden ser

⁷³ Cfr. G. MOIOLI, “Linee storiche”, in *Scritti sul prete*, 195.

⁷⁴ Cfr. G. MOIOLI, “Concilio Vaticano II e spiritualità del clero diocesano”, in *Scritti sul prete*, 91-112; “Linee storiche”, in *ivi* 210-220. Nella stessa linea G. COLOMBO, “La spiritualità del Presbitero diocesano nella prospettiva della teologia dogmatica”, in *La spiritualità del presbitero diocesano*, 249-267.

sólo “el resultado de una seria búsqueda teórico-práctica, que compromete juntamente al obispo y al presbítero”⁷⁵ dentro de un mismo presbiterio.

Conclusión

El debate cuyos pasajes más importantes hemos extractado, ha tenido el mérito de consolidar algunos elementos que fueron madurando en la reflexión de los últimos años del siglo XX. Nuestra reconstrucción sintética ha querido recoger esta rica reflexión, llevando a la madurez la semilla precedentemente sembrada. La teología ha contribuido significativamente al discurso teológico, pastoral y espiritual del ministerio y ha alcanzado un punto que no tiene retorno. Naturalmente esta búsqueda exige ser profundizada, pero puede ser serenamente propuesta como un cuadro interpretativo de la actual situación eclesial del ministerio ordenado. La clarificación conceptual de las perspectivas teológico-prácticas del ministerio contribuye a consolidar la motivación objetiva y el carácter personal del servicio que el presbítero presta a la Iglesia. Por que ser presbítero es servir a la comunidad como lugar en el cual se custodia y realiza la relación con el Señor como un signo que es ofrecido a todos, entonces las cuestiones referidas al presbítero involucran la imagen de la Iglesia. El cuidado de esta imagen, de modo que sea signo transparente y significativo, es fundamental para que el ministerio ordenado adquiera esa evidencia personal, sin la cual no puede ser propuesto a los demás de modo convincente. Juntamente debe encontrar las razones y los caminos para ser figura de vida cristiana persuasiva, en el contexto armónico de las vocaciones eclesiales y de los ministerios cristianos. Las ulteriores cuestiones – que permanecen – deben ser leídas rigurosamente bajo el punto de vista que hemos evocado: las determinaciones de una espiritualidad diocesana, la referencia al obispo y a la Iglesia local, la colaboración en el cuerpo presbiteral, la racionalización del trabajo pastoral, nuevas formas de vida común o personal, el ejercicio del ministerio (palabra, celebración, guía de la comunidad) como modos del ser creyente, la posibilidad compatibilizar competencia “ministerial” e inclinaciones personales, la integración cordial y firme de las condiciones existenciales del ministerio ordenado⁷⁶, son todas cuestiones que deben todavía ser profundizadas pero sin volver a discutir la visión de conjunto, sino aportándole la riqueza que cada elemento confiere a la misión del presbítero. Es esto lo que enseña la búsqueda de aquellos que se han dedicado con pasión a la reflexión teológico espiritual referida al presbítero. Este patrimonio no debe ser desperdiciado sino que puede ser la base de lanzamiento para descubrir nuevos horizontes del ministerio. Siempre que se esté convencido que esa mirada competente y ese servicio desinteresado para la misión de la Iglesia es un don precioso del Señor que debe ser asumido por todos.

⁷⁵ Cfr. G. COLOMBO, “La spiritualità del Presbitero diocesano”, 310ss; G. MOIOLI, “Dogmatica e storia nella ‘definizione’ del ministero presbiterale”, in *Scritti sul prete*, 182ss.

⁷⁶ Véase sobre este tema las pistas que da T. CITTINI, “Il ‘prete’ secondo Giovanni Moioli”, 33-35

140° ANIVERSARIO DE LA ORDENACIÓN SACERDOTAL DE JOSÉ G. BROCHERO

Declaración de la 144ª Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina (23 de agosto de 2006)

El próximo 4 de noviembre se cumplirán 140 años de la ordenación sacerdotal del Venerable José Gabriel del Rosario Brochero. Por este motivo los Obispos de Argentina queremos recordar y celebrar esta figura sacerdotal que refleja de modo particular el rostro de Cristo sacerdote, profeta y pastor de su Pueblo.

El Cura Brochero nació el 16 de Marzo de 1840 en un paraje llamado “Carreta Quemada” en las cercanías de Santa Rosa del Río Primero (Pcia. de Córdoba) siendo bautizado al día siguiente de su nacimiento en la Parroquia de Santa Rosa. A los 16 años entró al Seminario Mayor de Córdoba “Nuestra Señora de Loreto” en donde recibió su formación sacerdotal y en las aulas de la Universidad de Córdoba cursó sus estudios filosóficos y teológicos. Fue ordenado presbítero el 4 de noviembre de 1866 por el Obispo José Vicente Ramírez de Arellano y preside su Primera Misa en la Capilla del Seminario el 10 de diciembre, festividad de Nuestra Señora de Loreto. Fue nombrado Prefecto de Estudios del Seminario y se inició en la vida pastoral en la Catedral de Córdoba. En 1869 se recibió de Maestro en Filosofía por la Universidad y en noviembre de ese mismo año el Obispo lo destinó a Traslasierra a hacerse cargo del Curato de San Alberto y más tarde es nombrado Párroco de Villa del Tránsito (actualmente Villa Cura Brochero) desde donde desplegó su intenso ministerio pastoral. Murió leproso y ciego en esa Villa el 26 de enero 1914, a los 74 años de edad.

Un rasgo típico de su larga trayectoria como párroco fue la presentación del Evangelio mediante un lenguaje vívido y cercano a la comprensión de la gente sencilla. Su preocupación estuvo en iluminar la vida de sus fieles a partir de la Palabra de Dios atento siempre a las circunstancias concretas de la vida de los mismos. Durante sus cabalgatas y viajes se entregaba también a la oración silenciosa y continua de donde más tarde brotaría su predicación. Sus ratos largos orando delante de la Eucaristía como así también su amor y devoción a la Santísima Virgen María, le dieron esa profundidad que es propia de la palabra que brota de la contemplación y que luego se expande en la acción apostólica.

Convencido de que los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola eran un medio excelente para llevar a sus fieles a Dios, se convirtió en un gran propulsor de los mismos. A tal fin construyó con sus fieles una Casa de Ejercicios en donde llegaron a darse tandas hasta de 800 participantes cuyo fruto más notable e importante fue el cambio de vida de muchísimos hombres y mujeres. Estos "baños del alma"⁽¹⁾, como denominaba a los Ejercicios Espirituales ignacianos, lo llevó a predicarlos también en otras partes del país (Santiago del Estero, Tucumán) y a los presos de la Penitenciaría de Córdoba⁽²⁾.

En cada una de las etapas de su vida sacerdotal, el Cura Brochero se interesó también por la promoción humana de sus fieles, la enseñanza, los caminos, el ferrocarril. Su corazón sacerdotal se volcó siempre en el servicio hacia los más necesitados. Por esta razón, estuvo dispuesto a golpear todas las puertas y a buscar a todos aquellos que puedan darle una mano a fin de conseguir los medios temporales necesarios para que sus feligreses alcanzaran una vida más digna y cristiana. Sus gestos sacerdotales procedían del amor de Cristo Pastor que busca al hombre necesitado de paz y de perdón, de justicia, de verdad. Todo aquel que reclamaba su

presencia sacerdotal (particularmente los enfermos y moribundos cuya atención normalmente requería el recorrido de decenas de kilómetros a caballo) hallaron en él al ministro de Dios siempre dispuesto a servirles hasta el fin: “Yo me felicitaría si Dios me saca de este planeta sentado confesando y predicando el Evangelio.”⁽³⁾ Brochero conoció también el dolor de las pruebas en su intensa vida apostólica: críticas e incomprendimientos de algunos sacerdotes, religiosas y fieles; indolencia de algunos gobernantes ante sus pedidos de colaboración (particularmente su sueño irrealizado del ferrocarril) y finalmente su lepra y su soledad, en las que descubrió de manera impensada la fecundidad de su entrega como sacerdote.

Mirando su vida hallamos reflejado un ejemplo viviente para todo sacerdote y un ejemplo concreto y profético de lo que nuestro pueblo anhela ver realizado en sus pastores. Ya lo señalaba un periodista en un artículo escrito en un diario cordobés en 1887:

"Es un hombre de carne y huesos: dice misa, confiesa, ayuda a bien morir, bautiza, consagra la unión matrimonial, etc. Y sin embargo es una excepción: practica el Evangelio. ¿Falta un carpintero? Es carpintero. ¿Falta un peón? Es un peón. Se arremanga la sotana en donde quiera, toma la pala o la azada y abre un camino público en 15 días, ayudado por sus feligreses. ¿Falta todo? ¡Pues él es todo! y lo hace todo con la sonrisa en los labios y la satisfacción en el alma, para mayor gloria de Dios y beneficio de los hombres, y todo sale bien hecho porque es hecho a conciencia. Y no ha hecho solamente caminos públicos: Ha hecho también una buena Iglesia. Ha hecho, además, un gran colegio... ¡y todo sin subsidio de la Provincia, sin erogación por parte de los miembros de la localidad! Lo ha hecho todo con sus propias garras! ¿Milagro? No. La cosa es muy sencilla. Es cuestión de honradez y voluntad. En otros términos: es cuestión de haber tomado el apostolado en serio, como lo ha tomado el cura Brochero".⁽⁴⁾

Anhelamos vivamente que este gran sacerdote que tanto amó a su pueblo, sirva de modelo y estímulo para todos los sacerdotes del Pueblo de Dios, especialmente los de nuestra Patria, y que su figura aliente a todos los argentinos en la búsqueda fraterna, humilde y confiada del Reino de Dios. Pedimos al Señor por su pronta beatificación e invitamos a todas nuestras comunidades a unirse en la oración mediante la novena que hemos dispuesto realizar en todo el país con ocasión de este aniversario rogando al “Dueño de la mies” que regale a la Argentina pastores generosos y entregados como este fiel servidor de su Pueblo.

Notas:

- [1] Artículo periodístico: "El Cura Brochero" en Los Principios Córdoba 16 Octubre 1902, 1
- [2] Artículos periodísticos: "En la cárcel penitenciaria. Ejercicios Espirituales" en Los Principios Córdoba 14 Noviembre 1900, 1; "Ceremonia interesante" en La Libertad Córdoba 20 Noviembre 1900, 1; "En la Penitenciaría" en La patria Córdoba 20 Noviembre 1900, 2
- [3] Carta al Secretario del Obispado Pbro. Eduardo Ferreira (2 Febrero 1907)
- [4] Artículos periodísticos: "El Cura de aldea. José Gabriel Brochero" en El Interior Córdoba 5 Noviembre 1887, 1 [Año VIII n1 2106].

Buenos Aires, miércoles 23 de agosto de 2006
**144ª Reunión de la Comisión Permanente de la
Conferencia Episcopal Argentina**

V. R. Azcuay; C. M. Galli; M. González (Comité Teológico Editorial), *Escritos Teológico-Pastorales de Lucio Gera. 1. Del Preconcilio a la Conferencia de Puebla (1956-1981)*, Buenos Aires, Ágape / Facultad de Teología, 2006, Tomo 1, 926pp.

Este libro, una selección de textos de Lucio Gera del año 1956 al 1981, fruto de un importante esfuerzo conjunto de estudio y selección, recoge los escritos más significativos del teólogo argentino. La importancia de los textos está dada por su carácter teológico interpretativo de algunos de los momentos más destacados de la historia de la Iglesia universal y latinoamericana. En efecto, abarca los grandes interrogantes de la Iglesia preconciliar, sus movilizaciones internas, sus búsquedas de respuestas, los horizontes que se avizoran de renovación; el momento de la renovación conciliar y la profundidad de la perspectiva eclesiológica abierta a partir de una mirada de corte sacramental sobre la condición cristiana y su significación histórica. Abarca también los grandes momentos de la Iglesia en Latinoamérica desde Medellín a Puebla y, particularmente, este último acontecimiento, en el que la labor de Lucio Gera y sus aportes acerca de la cultura van a constituir uno de los momentos axiales del Documento final de la tercera Conferencia general del Episcopado latinoamericano.

La utilización de grandes acontecimientos históricos eclesiales para la periodización del libro tiene una justificación doble que supera la mera facilidad práctica de organizar las cosas así: en primer lugar, Gera es un teólogo cuya biografía se ubica de frente a estos momentos y preocupaciones eclesiales de un modo particular, que revela la peculiaridad de su posición existencial como teólogo-sacerdote-profeta; esto nos abre al segundo motivo, la teología de la historia como una forma de meditar sobre la acción de Dios entre nosotros, teología de los procesos históricos que hace que sus temáticas estén marcadas por los grandes acontecimientos histórico-eclesiales como mojones que van señalando su camino reflexivo. Por eso la organización de las temáticas tratadas en el texto tiene que ver con una cuestión profunda del método teológico de Gera que, más que regirse por problemáticas especulativas abstractas –sin menoscabar la importancia de ellas– se ha visto providencialmente intimidado a contemplar el libro de la historia como espacio teológico de interrogante y demanda. Si observamos el índice ya tenemos una primera aproximación a esta cuestión, si nos adentramos más profundamente en la lectura de la obra descubriremos la particularidad de la historia concreta, con temas que la definen, como la problemática burguesía/ clase obrera, el dolor, el pobre (y no la pobreza), la cultura, la dependencia, la liberación, la evangelización.

El texto está dividido en tres secciones, precedidas por un prólogo general escrito por M. González y una “biografía teológica” de Gera propuesta por V. R. Azcuay. Ambos momentos introductorios revelan la faceta del autor como un teólogo en diálogo, cuya reflexión supera el mero solipcismo para abrirse a la historia común y a la relación y deja la mera información para dar paso a la narración del misterio contemplado.

Las tres secciones están marcadas por los momentos señalados: la primera abarca el primer período 1956-1962, el tiempo preconciliar y recoge significativos textos que señalan las grandes preocupaciones teológicas del momento: clero y laicado, la relación de la Iglesia con la burguesía y la clase obrera, el pobre y la presentación de la revista *Teología*, de la Facultad de Villa Devoto.

La segunda sección abarca el período 1962-1968, el tiempo conciliar y la primera fase de la época posconciliar. Es evidente que el momento dominante de esta parte del libro estará dado por los textos eclesiológicos, que sin ser en sí mismos plausibles de ser vistos como un tratado de eclesiología, resultan de un valor sumamente significativo ya que en ellos se hacen presentes algunas de las grandes intuiciones de Gera acerca del Misterio de la Iglesia. Su artículo *Eucaristía y vida cotidiana*, en este momento del libro, representará un punto particular de inflexión en la teología eucarística y reviste una singular importancia.

Finalmente, la última sección abarca el período 1969-1981, de Medellín a Puebla, donde los temas que dominan la escena serán las grandes preocupaciones de la Iglesia en la Argentina y Latinoamérica durante ese momento. La situación eclesial posconciliar, la política y la teología, la cuestión de la dependencia y la opresión, la significación de la cultura para la evangelización, los desafíos y el reto de la tarea misionera de la Iglesia.

La obra se cierra con un epílogo escrito por C. Galli que recupera críticamente la obra de Lucio Gera abriendo caminos ulteriores de reflexión.

Los textos presentados en esta selección han sido elegidos (y en algunos casos retocados en su versión original) por el propio Lucio Gera, quien ha querido también hacer presente en la obra un itinerario intelectual que tiene que ver con su itinerario biográfico. Por eso considero que este volumen (que será seguido por otro que abarca de Puebla a nuestros días) representa no sólo una posibilidad de acceder a estos textos destacados sino de observar la evolución de un teólogo en la consideración de su obra y de sí mismo.

Él ha querido, como signo de una obra que ha surgido en el diálogo y la compañía, que sus textos fueran puestos en diálogo con otras “voces” significativas del momento. Voces, personas, que han sido compañeros del camino y que revelan su teología como una búsqueda comunitaria de la verdad de la salvación.

José Carlos Caamaño
Sacerdote de la Diócesis de San Nicolás